

Experiencias de profesores distinguidos en educación superior

Universidad Pontificia Bolivariana, 2022

Beatriz Elena López Vélez
Compiladora



Profesores distinguidos

Ana María Sossa Londoño
Carlos Alberto Builes Restrepo
Carolina Maria Horta Gaviria
John Fernando Vargas Buitrago
John Mario Sepúlveda
Jorge Iván Jiménez García
Jorge W. González
José Mario Cano Sampedro
José Valentín Antonio Restrepo Laverde
Juan Camilo Suárez Escudero
Juan Sebastián Gaviria García
Laura Lotero Vélez
Leidy Johanna Rendón Castrillón
Lina Marcela Estrada Jaramillo
Lina María Vélez Acosta
Maria Paula Valderrama López
Martha Sofia Prada Molina
Zulima Azeneth López Torres

Experiencias de profesores
distinguidos en educación superior
Universidad Pontificia Bolivariana, 2022

Beatriz Elena López Vélez
Directora de Docencia
Compiladora

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

**Experiencias de profesores distinguidos en educación superior.
Universidad Pontificia Bolivariana, 2022**

Dirección de docencia

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de Estilo: Editorial UPB

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2282-02-08-23

Contenido

| | |
|--------------------|---|
| Introducción | 8 |
|--------------------|---|

ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO

| | |
|--------------------------------|----|
| Martha Sofía Prada Molina..... | 18 |
| Facultad de Diseño Industrial | |

| | |
|----------------------------|----|
| John Mario Sepúlveda..... | 25 |
| Facultad de Diseño Gráfico | |

| | |
|---------------------------------|----|
| Ana María Sossa Londoño | 36 |
| Facultad de Diseño de Vestuario | |

ESCUELA DE CIENCIAS DE LA SALUD

| | |
|----------------------------------|----|
| Juan Camilo Suárez Escudero..... | 47 |
| Facultad de Medicina | |

ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES

María Paula Valderrama López 57
Facultad de Psicología

Zulima Azeneth López Torres 66
Facultad de Publicidad

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

José Mario Cano Sampedro 78
Facultad de Educación

ESCUELA DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Lina Marcela Estrada Jaramillo 88
Facultad de Derecho

Carolina María Horta Gaviria 95
Facultad de Ciencias Políticas

ESCUELA DE INGENIERÍAS

Jorge Wilson González 106
Facultad de Ingeniería Eléctrica

José Valentín Antonio Restrepo Laverde 116
Facultad de Ingeniería Electrónica

Laura Lotero Vélez 128
Facultad de Ingeniería Industrial

Leidy Johanna Rendón Castrillón 136
Facultad de Ingeniería Química

Lina María Vélez Acosta139
Facultad de Ingeniería Agroindustrial

Juan Sebastián Gaviria García151
Facultad de Ingeniería Aeronáutica

John Fernando Vargas Buitrago160
Facultad de Ingeniería en TIC

Carlos Alberto Builes Restrepo.....168
Facultad de Ingeniería Mecánica

ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

Iván Darío Carmona Aranzazu.....182
Facultad de Filosofía

Jorge Iván Jiménez García194
Centro de Humanidades

Introducción

Este libro presenta las narraciones de dieciocho profesores(as) de la Universidad Pontificia Bolivariana que fueron elegidos como **Profesores y Profesoras Distinguidos**. De acuerdo con la RAE, la palabra distinguido(a) alude a algo o alguien que se destaca entre los demás; es, además, una dignidad o prerrogativa que se otorga a una persona, o una cualidad o proceder que diferencia a alguien de otros.

En la Universidad, el Reglamento del Profesor Universitario establece, entre otras distinciones, la siguiente:

Profesor distinguido. Se concede al profesor que ha sido reconocido por los estudiantes, su jefe inmediato y sus pares académicos en razón de: su labor docente; calidad humana y profesional; gran sentido de pertenencia y lealtad con la Universidad; identificación con los valores y principios institucionales; respeto a las normas y políticas de la Universidad; responsabilidad, compromiso, dedicación y entrega a su labor; liderazgo, espíritu de servicio, sentido de solidaridad y excelente evaluación integral de desempeño. (art. 33, inciso c.)

Como puede verse en la definición universitaria, a estos profesores y profesoras se les reconocen cualidades académicas, valores y comportamientos ligados tanto a su función institucional como a sus maneras de

relacionarse con los demás. En el ámbito académico, ha sido recurrente la pregunta acerca de qué hace que un profesor deje huella en sus estudiantes y, en general, en la comunidad académica a la que pertenece. En algunos casos, estos(as) profesores y profesoras han sido nombrados como: “memorables”, “que dejan huella” o “inspiradores”.

Las narraciones que se presentan aportan significativamente al archivo de la docencia universitaria que ni recoge el quehacer del profesor en el aula, ni las prescripciones acerca de cómo ser un buen docente, ni un análisis acerca de la calidad de la enseñanza, sino, preferiblemente, la narración que cada educador hace de su propia vida en relación con la pregunta vital *¿qué lo llevó a ser docente universitario?*

Este archivo está compuesto por una fuente oral, trasladada luego al código escrito. Esta fuente recrea sucesos cotidianos, creencias, pasiones, anécdotas, recuerdos; constituye un fragmento de la vida de quienes narran. Aunque no son biografías llamadas a la rigurosidad del método, un intérprete avezado podría, con base en una lectura juiciosa y sobre todo empática, decir qué fue lo que los formó y cuáles fueron aquellas experiencias que les digirió y les permitió habitar la docencia universitaria.

Si se quisiera leer este libro desde una perspectiva de investigación, podría decirse que está compuesto por narraciones de “casos reputados”. Metodológicamente podría explicarse así: del universo de profesores universitarios, se eligió una población específica: profesores de una universidad privada de la ciudad de Medellín; de esta población, se seleccionó una muestra compuesta por aquellos profesores que fueron evaluados y reconocidos por la comunidad académica, con base en criterios, como distinguidos. Luego, estos fueron invitados a narrar su experiencia; quienes aceptaron de manera voluntaria el reto de narrar-se, con todo y los dilemas entre subjetividad y objetividad que eso presupone, son los que hacen parte de este libro.

Los profesores fueron elegidos como profesores distinguidos de la Universidad Pontificia Bolivariana en el año 2022; por tanto, este libro se constituye como un dispositivo que conserva sus memorias para que otros, estudiantes, profesores y directivos, sepan que existen y que esa existencia perdura en el tiempo como insumo formador. Las narraciones e historias que ellos presentan son, a su vez, un ejercicio en el que se conjugan la me-

moria y el acontecimiento. La práctica solo se convierte en experiencia si, en efecto, se resguarda en el recuerdo; lo que no se recuerda no puede ser reconocido como experiencia.

¿Por qué hacer narrativa de profesores universitarios?

La persona, entendida como personaje del relato, no es una identidad distinta de sus experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje. (Ricoeur, 2006, p.147)

Sobre los profesores, históricamente, han recaído distintos discursos prescriptivos que establecen qué son y qué deben hacer para lograr la excelencia. El profesor universitario, durante mucho tiempo, había estado ausente como objeto de prescripción, pues su reconocimiento académico, científico, profesional o investigativo era carta de presentación suficiente. Recientemente (más o menos desde mitad del siglo XX), la situación se ha modificado: en la medida en la que cambia la cultura de las instituciones universitarias y se les demanda la rendición de cuentas, el profesor universitario empieza a ser el foco de atención en relación con quién es, qué sabe, qué dice y qué hace.

Desde el ámbito pedagógico, han surgido una serie de críticas que se manifiestan en afirmaciones como las siguientes: “no basta ser experto en una materia o área o ser un investigador o profesional experimentado para ser profesor universitario, pues este debe hacerse la pregunta por el aprendizaje”¹, o en la frase según la cual “se acuestan profesionales (abogados, arquitectos, médicos, diseñadores, entre otros) y amanecen profesores”. Otras críticas provienen de las esferas administrativas de las mismas

1 Al respecto puede leerse a Flórez, Rafael (1994). *Hacia una Pedagogía del Conocimiento*. Colombia. Mc Graw-Hill Interamericana. S.A.

instituciones y, en general, del contexto de la educación superior, en las que se considera que el profesor debe cumplir unas funciones de docencia, investigación y extensión, y, al mismo tiempo, de gestión; esta última le implica no sólo pensar en su propio campo de conocimiento, sino entrar en la lógica de formatos, rendición de cuentas, estandarización de procesos y medición de impacto, con lo cual se amplía el campo de desempeño (que se torna operativo y técnico) y le resta posibilidades de desarrollo en términos de su propio quehacer académico, investigativo y de extensión.

Ahora bien, estos y otros discursos, aunados, objetivan al profesor universitario desde una serie de explicaciones y analíticas que, en la mayoría de los casos, no hablan propiamente de su condición, sino de sus condiciones ideales; lo que debe o no debe hacer, o lo que debe transformarse en él para que actúe de acuerdo con necesidades externas a sí mismo; en relación con el estudiante, con la investigación y, en general, con las condiciones institucionales.

El camino que toma este texto es radicalmente distinto: acercarse a la condición profesor universitario desde las narraciones o relatos de los mismos profesores, que, por efecto de la misma narración, construyen y dan cuenta de su identidad. Es importante llamar la atención sobre lo siguiente: al narrarse, el profesor está dando cuenta de sí como construcción narrativa en la que de manera simultánea se puede mostrar y ocultar; se da cuenta de rasgos que lo hacen único y, al mismo tiempo, de las identificaciones adquiridas como normas, valores, ideales y modelos (Ricoeur, 2006).

Sin la pretensión de hacer un análisis hermenéutico de las narraciones de los profesores, sí pueden mostrarse algunos rasgos comunes de las mismas, no con el objetivo de buscar identidades, sino para aportar al pensamiento acerca de cuál es o cómo se construye la experiencia de los profesores universitarios. Para este análisis, usaremos el concepto de experiencia, no entendido en términos del número años realizando una acción, sino como *“aquello que me pasa”*,² en este caso, aquello que les pasa a los profesores.

2 Al respecto de esta noción, puede leerse a Jorge Larrosa, quien en distintos textos presenta el concepto de experiencia, uno de los más destacados: *La experiencia de la Lectura: estudios sobre literatura y formación* (1996). Barcelona, Fondo de Cultura Económica. También es pertinente la referencia del pedagogo norteamericano John Dewey (2010). *Experiencia y educación*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S.L.

No son recurrentes las narraciones en las cuales los profesores inician o hacen énfasis en los títulos obtenidos, aunque entre estos haya doctores y magísteres; lo que sí es recurrente en las narraciones son hitos, acontecimientos o personas que marcaron sus experiencias de formación: la figura de una abuela, los libros que hacían parte de los objetos de la casa, las historias que contaban sus mayores, el paso por una institución o el encuentro significativo con un profesor o profesora, entre otros. ¿Eran buenos o excelentes estudiantes? No en todos los casos; sin embargo, sí tenían inquietudes: unos, por los libros; otros, por las historias o el trabajo con los demás; algunos más, por el arte, la música, o, en general, por el saber.

No todos soñaban con ser profesores universitarios; incluso, hay quien tenía claro que no quería serlo. Al tratar de responder a la pregunta de qué los llevó a ser profesores, las narraciones aluden a una invitación de un profesor, amigo o directivo docente, a una experiencia previa en sus años de estudiante, al ingreso a la universidad como segunda opción de estudio, a la empatía con una persona que fue referente (abuela, profesores, padres, amigos), a una salida laboral para mejorar condiciones económicas, entre otros. Si estas respuestas se leyeran sin el contexto completo de las narraciones, podría decirse que lo único que jugó en esta decisión fue el azar: un desempeño en la industria, un amigo, una invitación y la aceptación; una inquietud por el otro, por ayudar al otro, una oportunidad y la aceptación; podría no haberse aceptado la invitación, podría no haber habido oportunidad, ni invitación... en fin, podrían no haberse conjugado las condiciones para llegar a la docencia.

Una lectura más lenta de las narraciones permite encontrar un elemento común entre estos profesores que hicieron que ese azar de la invitación, la necesidad económica, la idea de explorar otros ámbitos de desempeño, etc., desembocara en la decisión de ser docentes: una inquietud por los libros, por el conocimiento, por la tecnología, por los otros; sin embargo, esta “coincidencia” tampoco es la causa por la cual son profesores, sólo es una condición más que posibilitó serlo. Este elemento común podría haber desembocado en otra elección; la palabra del otro, sin la escucha del otro, quizá no se hubieran decidido por la docencia.

Convertirse en profesores, luego de haber “tomado la decisión” de desempeñarse como tales, les significó (y significa) reconocerse a sí mismos: sus identificaciones, rasgos de personalidad, proyectos de vida, relación con los otros y con el conocimiento. En este sentido, puede decirse que esta “decisión” hace parte de la propia experiencia de formación de cada uno de estos profesores; *formación* en el sentido no de sus estudios formales de pedagogía u otras ciencias de la educación, sino como *bildung*, cuyo contenido es la vida misma (Fabre, 2011, p. 224).

Respecto a su relación con los estudiantes, es recurrente la referencia a éstos como personas en formación. Entre los verbos que utilizan para definir su intención con ellos están: ayudar, brindar, influir, transformar, establecer, acompañar, transmitir, servir y empatizar. Estos verbos son acompañados por expresiones como “mis estudiantes”, “hacernos mejores personas”, “escucha al otro”, “paciencia”, “afecto”, “conversación”. Estos verbos y expresiones evidencian el reconocimiento del estudiante como otro en proceso de formación, otro sobre el cual el profesor se siente responsable.

Al parecer, esta forma de referirse a los estudiantes y de encontrarse con ellos en el reconocimiento de la diferencia surte efecto, pues cuando se les pregunta a los estudiantes acerca de aquello por lo cual distinguen a sus profesores, las palabras recurrentes son las siguientes:



Los valores y comportamientos que se expresan son variados, desde aquellos que los comparan con un rol paterno o materno (tal vez ligados al cuidado o a la incondicionalidad), hasta aquellos que los reconocen plenamente desde conocimientos académicos que les han puesto a disposición. Pese a esta variedad de palabras, las expresiones refieren emociones y sentimientos positivos que tal vez les motivaron a la formación más allá del aprendizaje, es decir, que “tocaron sus vidas”. Eso es lo que hacen los profesores distinguidos de la UPB: tocan las vidas de sus estudiantes y colegas de una manera positiva, les impulsan a ser otros, a formarse y transformarse permanentemente.

Proceso formal de selección

En el año 2022, por acuerdo CDG 18, el Consejo Directivo General aprobó los lineamientos para el otorgamiento de esta distinción. En consonancia con esta normativa, el procedimiento que se llevó a cabo para la elección de los profesores distinguidos fue el siguiente: primero, se preseleccionaron los profesores que en el año 2021 obtuvieron un promedio igual o superior a 4.8 en la evaluación de los estudiantes. Es de anotar que, para ese año, el promedio general de la evaluación docente por parte de los profesores fue 4.67.

Posteriormente, se solicitó a los estudiantes que eligieran (de entre los preseleccionados) a aquel profesor o aquella profesora que les hubiese dejado huella en su vida personal y académica. Además de elegirlo o elegirla, debían escribir un párrafo en el que expresaran el porqué de la elección. De manera simultánea, se llevaron a cabo dos evaluaciones: por un lado, los colegas de los profesores preseleccionados evaluaban a estos a través de una rúbrica compuesta por tres dimensiones (características personales, características profesionales e interacción y participación); por el otro, los Consejos de Facultad o Comités de Currículo, en el caso de los centros, hicieron lo propio con una rúbrica que evaluaba los aportes a la facultad o unidad, el relacionamiento y la proactividad. Al mismo tiempo, se verificó el número de horas de cualificación que cada profesor había realizado en los últimos dos años (se solicitaban 70 horas como mínimo).

Los resultados de cada uno de estos actores que participaban en la evaluación tenían un peso en la valoración final, distribuido así: estudiantes, 40%; colegas, 30%; Consejos, 20%; y cualificación, 10%. Los supuestos sobre los cuales se seleccionaron los actores para participar de la evaluación y a partir de los cuales se les asignaron los pesos a la valoración fueron los siguientes:

- Si se tiene en la cuenta que la preselección de profesores tuvo como criterio aquellos que fueron evaluados con un promedio de 4.8 o superior por parte de los estudiantes, entonces se puede deducir que, de hecho, estos profesores eran reconocidos como de excelente calidad académica; sin embargo, más allá de la calidad académica de los profesores, la pregunta era para quiénes se distinguían ellos, quiénes habían dejado huella, quiénes habían sido memorables. En términos de experiencia, quiénes perduraban y perdurarían en el recuerdo de los estudiantes.
- El profesor no es un sujeto en solitario, hace parte de una comunidad académica o, como mínimo, de un cuerpo profesoral con el que debe interactuar cotidianamente; esta interacción, aunque profesional, involucra aspectos personales que hacen que la misma sea más o menos productiva, empática, solidaria, colaborativa. En este sentido, un profesor distinguido también lo es por sus colegas, que reconocen en él (o ella) rasgos, comportamientos y actitudes que valoran positivamente.
- Así mismo, el profesor hace parte de una institución que le posibilita y, al tiempo, espera de él unos desempeños que fortalezcan la calidad académica de los programas, la investigación o la proyección social. En términos generales, todos los profesores aportan a este fortalecimiento, pero algunos de ellos se distinguen en la medida en que aportan ideas o acciones que van más allá de lo que regularmente hace el colectivo.
- Finalmente, la formación continua del profesorado es un aspecto fundamental; sin embargo, en muchas ocasiones, una vez se ha ascendido en la carrera docente, ha obtenido las distintas categorías o cuenta con títulos de formación avanzada, se tiende a abandonar la cualificación permanente, pues se considera experto en un ámbito del conocimiento. El profesor distinguido es aquel que se reconoce en permanente transformación y actúa en consonancia con ello.

Una vez fueron seleccionados los profesores distinguidos de Facultad o de Centro, se seleccionaron los profesores distinguidos de Escuela (ocho profesores). La elección de estos estuvo a cargo de los Consejos de Escuela y de los Vicerrectores Académico, de Investigación y de Proyección Social a partir de una rúbrica. Finalmente, se solicitó a cada profesor que narrara su propia experiencia en un formato libre; para ello se les propusieron unas preguntas orientadoras, las cuales podían o no utilizar en la narración.

La invitación

La distinción a los profesores y profesoras es, más que una diferencia, un reconocimiento individual que en el colectivo de saberes de la UPB se torna una complementariedad. O sea: me distinguen para que me complemente en aras de la excelencia como búsqueda, como transformación permanente de mí, de los otros y de lo otro. Así mismo, la distinción que se le realiza a otros puede funcionar como acicate para quienes no hemos sido distinguidos, en el sentido de pensar nuestras prácticas, nuestras maneras de relacionarnos con los demás, y continuar, como los distinguidos, en el proceso de transformación permanente, que es parte de lo que nos hace humanos: el deseo de ser más.

Queda por reconocer a aquellos otros profesores y profesoras distinguidos que no han narrado, por distintas circunstancias, sus experiencias, pero que su presencia, práctica y huella está en todos quienes les han reconocido:

- Andrés Escobar Uribe, profesor distinguido de Administración de Negocios Internacionales.
- Carolina Patiño Cardona, profesora distinguida del Centro de Desarrollo Empresarial
- Isabel Álvarez Posada, profesora distinguida de Trabajo Social
- Jairo Alberto Henao Mesa, profesor distinguido de Teología
- José Guillermo Tamayo, profesor distinguido de Arquitectura
- Juan David Mazo Moreno, profesor distinguido de Comunicación Social y Periodismo

- Marcela Jaramillo Restrepo, profesora distinguida del Centro de Lenguas
- Rafael Jaime Carmona López, profesor distinguido de Administración de Empresas
- Raúl Adolfo Valencia Cardona, profesor distinguido de Ingeniería Textil
- William Alexander Torres Zambrano, profesor distinguido del Centro de Ciencias Básica
- Yolanda Bermúdez Niño, profesora distinguida de Enfermería

Una felicitación y un agradecimiento para nuestros profesores y profesoras distinguidos. Es un honor para la Universidad Pontificia Bolivariana tenerlos en esta casa de formación.

Beatriz Elena López Vélez
Directora de Docencia

Referencias

- Dewey, John (2004). *Democracia y Educación: una introducción a la filosofía de la educación*. Madrid. Ediciones Morata.
- Dewey, John (2010). *Experiencia y educación*. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva, S.L.
- Michel Fabre, “Experiencia y formación: la Bildung”, traducción del francés por Alejandro Rendón Valencia, *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 23, núm. 59, enero-abril, 2011, pp. 215-225.
- Flórez, Rafael (1994). *Hacia una Pedagogía del Conocimiento*. Colombia. Mc Graw-Hill Interamericana. S.A.
- Larrosa, Jorge (1996). *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul (2006). *Caminos de Reconocimiento*. México. FCE.
- Ricoeur, Paul (2006). *Sí mismo como otro*. Madrid. Siglo XXI de España Editores, S.A.



ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO

Profesora distinguida de Escuela:

Martha Sofía Prada Molina

Facultad de Diseño Industrial

Debo decir honestamente que nunca me proyecté como docente. Por mi formación universitaria, lo que me imaginaba para mi futuro profesional era trabajar en una empresa del sector manufacturero diseñando productos. En ese momento pensaba que podía hacer la diferencia aportando desde mis capacidades y viendo cómo los productos que yo diseñaba se producían de forma masiva y eran consumidos por las personas. Incluso había áreas de aplicación que me interesaban particularmente, como el diseño de empaques o el de productos del sector plástico o cerámico.

Como ven, me formé en el programa de Diseño Industrial de la Facultad de Diseño de la UPB, y luego complementé mi formación con un posgrado en los ámbitos de la gestión, la gestión tecnológica y la innovación.

Pero creo que la vida, como siempre, hace de las suyas; tenía un propósito diferente para mí, y fue moviendo sus hilos silenciosamente para crear la docente que soy hoy.

Tal vez mi primer recuerdo sobre cómo los hilos de la docencia se fueron metiendo en mí es el momento del almuerzo y la comida con mi familia. Mi familia estaba compuesta por cuatro personas, una típica familia biparental: papá y mamá, y un par de hijos: un niño y una niña. Sobra decir que yo era la hija, aunque es importante aclarar que era la menor. Ambos de mis padres cuentan con formación universitaria: mi papá, Manuel Ignacio Prada, ingeniero civil de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional, del cual solo puedo decir que es un hombre brillante, y mi madre, Caridad Molina, arquitecta de la Universidad Nacional, de las primeras mujeres que se rebelaron socialmente e hicieron una carrera profesional (para mi abuelo fue todo un dolor de cabeza); ella, muy valiente, se pagó solita sus estudios de arquitectura dibujando planos y haciendo maquetas para oficinas de arquitectos.

En ese contexto entre la Universidad Nacional y las oficinas de arquitectura se conocieron, se hicieron novios y se casaron mis padres. Podría decir que la Universidad Nacional fue la cuna de mi familia y la consolidación también, porque ambos papás, después de trabajar un tiempo en el sector de la construcción, se vincularon como profesores; obviamente, a la Universidad Nacional en la Facultad de Arquitectura. Por muchos años (prácticamente toda su vida), fueron profesores de planta. Resalto aquí un primer hilo: la universidad como mi cuna.

Volviendo a los primeros hilos que se tejieron en mi vida alrededor de la docencia, recuerdo cómo, en el almuerzo y la comida, mis padres conversaban acaloradamente (siempre con mucho entusiasmo y vehemencia) sobre sus clases, sus estudiantes, sus compañeros de docencia, la facultad y la universidad. Así fue como crecí escuchando sobre vigas, formaletas, estructuras, morteros, planos, cortes, pruebas de laboratorio y muchísimos otros términos de la jerga del sector, y claro, entretejido con reflexiones sobre la práctica de la enseñanza.

Recuerdo particularmente, y me veo reflejada en ello, que ambos también ejercieron labores académico-administrativas dentro de la universidad (coordinaciones de área, del laboratorio o incluso la dirección de la facultad), así que en sus diálogos también salían a flote reflexiones sobre la transformación del currículo, la evaluación, las reuniones administrativas y demás haberes de la administración educativa. Segundo hilo: la universidad en la vida cotidiana de mi hogar.

Hay otros recuerdos que me atraviesan y creo también configuraron internamente, no muy conscientemente, a la cercanía a las aulas de clase, y es que mi madre, también encargada del hogar y los hijos, nos llevaba con ella a la Universidad Nacional cuando salíamos del colegio; así ella se podía dedicar a sus labores académicas y yo a recorrerme todos los rincones de la Facultad de Arquitectura y Construcción. Es importante decir que en ese mismo bloque estaba la Facultad de Artes Plásticas, así que vi montones de entregas de proyectos de artes, arquitectura y construcción; navegué, probé, toqué y dañé cosas en los laboratorios; me senté en los corredores y las cafeterías viendo los estudiantes; caminaba libremente por las oficinas de los profesores, tomé café, asistí a clases, hui de los baños de los estudiantes que olían horrible... ¡era una más de la comunidad! Viví profundamente la vida universitaria durante toda mi etapa escolar y secundaria. Ahora que escribo esto, veo que la vida tenía algo planeado para mí unido a la docencia desde el principio. Tercer hilo: la universidad como mi casa.

Bueno, aquí recordando, debo decir que siempre dije abiertamente que no quería ser docente. Lo que tenía presente en la vida cotidiana de mi familia era que yo no quería seguir ese camino; quería explorar otros mundos que para mí eran más atractivos, como lo era el mundo empresarial.

Ahora bien, ¿cuándo se terminó de desviar mi camino idealizado de la empresa? Cuando, nuevamente, ¡la vida hizo de las suyas! Fue durante mi formación en la Facultad de Diseño de la UPB. Realmente fui una estudiante “ideal” (responsable, juiciosa, estudiosa... en fin, todo lo que se espera de una buena estudiante), cosa de la que me arrepiento un poco ahora porque no disfruté todas las tentaciones (buenas y malas) que ofrece ese momento de la vida. Por ejemplo: no fui a muchas fiestas universitarias, solo participé una vez en una actividad denominada los juegos múltiples, no era la chica más popular (es más, podría decir que mis mejores amigos de la facultad eran los más *nerds*, los más comunes y corrientes de ese zoológico de Arquidiseño)... estuve muy dedicada a hacer muy bien mi carrera para construirme un buen futuro a partir de ella. Cuarto hilo: la universidad se despliega en mi formación.

Y de alguna forma eso fue cierto, ya que la entonces decana de la Facultad de Diseño, Clemencia Restrepo, reconoció unas habilidades y vio el potencial docente que yo todavía no veía en mí. Eso llevó a que más adelante, ya egresada de la carrera, ella me invitara a ser docente cátedra en los cursos de proyecto, espacio del plan de estudios donde los estudiantes se enfrentan al diseño de artefactos. En ese momento de la vida ya llevaba cuatro años trabajando en la industria como diseñadora de producto, y la facultad consideró que esa corta experiencia, sumada a mi acertado desempeño en la carrera, me permitía ser profesora. Acepté la invitación, inicialmente pensando en que serían solo unas horas adicionales a la semana, interesantes y retadoras, que complementarían mi experiencia empresarial. Quinto hilo: la universidad se teje en mi vida profesional.

Y ahí empieza mi vida como profesora universitaria. No planeada, insisto; más movida por la vida que por mí. Y aquí ya empieza la urdimbre.

Y bueno, si ya estaba en mi mundo ideal de la empresa como diseñadora de producto, ¿por qué decidí vincularme de tiempo completo a la Facultad? Creo que hubo dos razones. La primera: mi desencanto y desilusión del mundo empresarial. Me pareció vacío, tosco, quieto, aburrido, rígido. Sentía constantemente que me cortaban las alas. Estaba triste de ver que esa idealización se había destruido completamente, y solo pensar que estaría en ese entorno el resto de mi vida me pareció traumático. La segunda: el

espacio de clase, los martes y jueves de 6 a 10 p.m. en la facultad, para mí era un respiro, un oasis, un ventarrón, un lugar dinámico, cambiante, fluido, caótico y divertido al que añoraba ir.

En esos siete años de experiencia en el mundo empresarial, realmente me fue bien; aprendí mucho, fortalecí mi formación profesional, amplíe la mirada con la realidad de la dinámica industrial de la ciudad e incluso nació en mi un interés genuino por las áreas asociadas a la gestión y su vínculo con el diseño. Pero, definitivamente, no era feliz.

Nuevamente, estando como profesora cátedra, la decana Clemencia Restrepo me ofreció la posibilidad de vincularme a la Facultad para realizar la coordinación de las prácticas empresariales, inicialmente medio tiempo. Otro hilo que ahora reconozco que la vida tejió. Y yo, como conté, desilusionada del entorno industrial, vi la oportunidad para equilibrar mi vida. Y bueno, ahí me terminó de conquistar la vida universitaria. Encontré que mis habilidades eran valiosas para una Facultad aun joven que necesitaba muchas manos para seguir consolidándose.

Este 2022 cumplo veintitrés años con una vinculación de tiempo completo a término indefinido, veintitrés años que me han llevado a experimentar todos los posibles roles de la carrera de un profesor universitario de la UPB: docente, coordinadora de área y de ciclo, coordinadora de autoevaluación, directora de facultad, coordinadora de grupo de investigación, investigadora, líder de los procesos de emprendimiento e innovación institucional desde la jefatura del CDE y la Dirección de Innovación, coordinadora de los programas de Doctorado en GTI y, actualmente, del Doctorado en Estudios de Diseño. Muchos años de experiencias cambiantes y profundamente significativas que arman la tela de mi vida.

Ahora, ¿quién soy como docente?

Es una pregunta bastante difícil de responder para mí. Creo que es una construcción que se ha ido creando con el paso de los años y de la experiencia académica en la UPB.

Cuando inicié mi vida como docente, nunca lo vi como una carrera o un proyecto de vida; fue más un complemento para mi ejercicio profesional, un lugar que me permitía tomar aire para volver a la “realidad empresarial”. Esa forma de ver la docencia muestra, de alguna manera, la poca conciencia

que existe sobre lo que significa ser un profesor: Vivía el espacio de la docencia en los cursos de proyecto como una extensión de la labor de diseñar para una organización. La pregunta por lo formativo nunca se pasó por mi cabeza y seguía reacia a reconocermme como profesora.

Entendí el significado de lo que es una “Facultad” en un ámbito de conocimiento, las implicaciones académicas y formativas que envuelve y la complejidad de este mundo universitario cuando me vinculé de tiempo completo a la universidad para asumir labores de coordinación de ciclo y de autoevaluación. Ahí emergieron esos tejidos hechos por la vida, esas pequeñas urdimbres que se habían ido gestando desde mi infancia y en mi vida universitaria; comprendí, entonces, la labor del profesor como un articulador que es capaz de tejer el conocimiento en la formación a partir de diversas facetas, roles o niveles, y la complejidad que conlleva la danza que gira alrededor del currículo.

Posteriormente, mi visión sobre que es un profesor se complementó. Me di cuenta de que un académico es una persona que domina conceptual y metodológicamente su disciplina, lo que plantea un reto que me llevó a explorar mi formación de posgrado, especialización, maestría y doctorado. También me hizo reconocer qué campos del conocimiento dentro del diseño que me mueven “la fibra”, como son la teoría y la metodología del proyecto de diseño, la innovación social y tecnológica, la gestión del diseño, el diseño social y comunitario y, más recientemente, la filosofía de la técnica y la tecnología y la cultura de los artefactos.

Tal vez en estos últimos ocho años es que he entendido más a profundidad lo que significan los procesos de enseñanza y aprendizaje, haciéndolo tras incursionar en la comprensión del fenómeno de la innovación en el entorno de la educación superior. Esto me ha permitido entender el tecnicismo que rodea la educación superior, así como las dinámicas internacionales y nacionales, e incluso captar tanto el propósito superior que tiene la educación en el desarrollo de un país, del ser humano y de la vida en general como el rol tan importante que tiene un profesor en la vida de otros.

¿Ha sido satisfactorio mi quehacer profesoral? Yo diría que en un 90% lo ha sido. Creo que es la dimensión más satisfactoria de mi vida. Algunas veces lo hablo con mi madre; ambas decimos que “el trabajo en la

universidad es el mejor”. La universidad es un espacio dinámico donde cada semestre es completamente diferente al anterior, y donde he podido conocer personas de todas las áreas del conocimiento de las que aprendo cada vez más y las cuales me retan a seguir creciendo. Es un mundo joven que te llena de energía joven. Es un lugar profundamente humano y en el que he encontrado amigos del alma, un repositorio de conocimiento que te cuestiona permanentemente. Sí, efectivamente, ha sido muy satisfactorio.

Ahora cuando reviso mi proceso de vida, identifico rasgos de mi personalidad que son afines a este hermoso oficio de la docencia, por ejemplo: dedicación a lo que hago, resiliencia, capacidad de trabajo en equipo, ser afectiva, cercana, horizontal e incluyente. Y eso refleja un principio de mi vida: todos tenemos derecho a ser valorados y reconocidos; cada uno es especial y merece un espacio en el mundo, y por lo menos yo defenderé para que todos lo podamos tener.

Creo que no puedo dejar otro mensaje que ese: todos merecemos un lugar en este mundo. Somos valiosos, y como docentes tenemos la capacidad de influir a esos jóvenes que están iniciando su vida, llenos de incertidumbre y temores y darles a entender ¡que se puede!, ¡que ellos pueden! Que cada uno de ellos tiene un potencial inmenso y que cuentan conmigo para encontrarlo.

Ahora en mi papel de mamá de una hija hermosa de veintiún años, universitaria, a la que intento enriquecer con el hilo, la urdimbre y la tela de la universidad (y que declaro ¡estoy fallando contundentemente!), me doy cuenta de que la universidad y la docencia para mí ha sido la vida, la cuna, el hogar, el lugar para crecer y explorar, el espacio para desarrollarme como profesional y en el que dejo huella en otros. Definitivamente, para mí la universidad y la docencia se resumen en **un camino en libertad**.



ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO

Profesor distinguido de Facultad:

John Mario Sepúlveda

Facultad de Diseño Gráfico

Historia de vida

Crecí en una familia campesina en una vereda llamada La Cibeles (Betulia) en el suroeste antioqueño. Yo fui el segundo de cinco hermanos, cuatro hombres y una mujer. Mis papás, Francisco Javier y Luz Estella, siempre se han querido mucho y así nos criaron a todos sus hijos. Procuraron darnos lo mejor de lo que ellos habían aprendido, como la honestidad, el respeto, la persistencia, la paciencia y, principalmente, la responsabilidad en todo. De niños, mamá siempre nos llevaba a todos a donde ella fuera, nos cuidaba lo más que podía y nunca nos faltó lo más importante: el amor y el respeto por parte de ella.

Mi padre trabajaba muy duro como albañil para sostener a toda la familia y mi madre se encargaba de que nosotros estuviéramos bien mientras crecíamos, y les ayudábamos con las labores campesinas. Mi papá había estudiado hasta el grado segundo de escolaridad y mi mamá estudió hasta tercero. Sin embargo, ambos coincidían en que si hubieran podido estudiar más lo habrían hecho sin vacilar; por eso querían que sus hijos estudiáramos en la escuela.

En la finca teníamos un poquito de todo: un hato de vacas, dos cerdas crianderas (pero nosotros les decíamos marranos porque nos hacían lavarlos muchas veces al día), un gallo (con el reloj biológico adelantado) con varias gallinas, una perra y un par de palomos. Podíamos usar una mulita mansita (mula roma: del cruce de una burra y un caballo) tan viejita que toda la familia ya había montado en ella y aunque era de los abuelos, la queríamos mucho por su baja estatura y su gran paciencia.

Por ser una zona templada (mil seiscientos metros sobre el nivel del mar) teníamos de casi todas las frutas, pero el principal producto era el café. Esa hermosa planta —con sus diversos aromas, desde la floración hasta la miel de su fruto, con sus colores tanto en los verdes de las hojas, sus ramilletes de flores blancas y los variados cambios en la maduración de los frutos— dejó en mí una marca indeleble que me acompaña desde que tengo recuerdos.

En mi niñez vivimos principalmente en la casita de la finca, la cual era de material. Contaba con la electricidad de una planta eléctrica que había instalado mi abuelo paterno; surtía todas las casas de la finca para el alumbrado, un

radio y un televisor. Recuerdo con mucho agrado cómo mi abuela esperaba a que llegara el mercado para desenvolver los productos que se empacaban en papel, como la panela, para luego estirar los periódicos y ponerse a leer. La radio en las tardes era una ventana a la imaginación con las radionovelas como *Kalimán*, *La Ley contra el hampa*, *Las aventuras de Montecristo* y también la educación campesina por radio con el programa *Radio Sutatenza*.

La adolescencia la pasé entre el pueblo y la finca porque en la vereda no había bachillerato, y la adultez la viví en la ciudad de Medellín porque no había universidades cerca de la zona donde vivía. Esa fue una época muy especial porque pude aprender la importancia de la disciplina gracias al deporte. Todo era entrenamiento: subir en bicicleta al pueblo, ir a las clases de Educación Física con un profesor que no había olvidado de sus años en el ejército, competir en los torneos del colegio, el municipio y participar en los juegos Intercolegiados o los departamentales de fútbol de salón y de atletismo. Una verdadera época de construcción de los hábitos personales que hoy todavía me permiten cuidar mi salud y valorar cada vez más la vida.

Desde pequeño me ha gustado interactuar con animales, en especial montar a caballo acompañado de un perro. Por eso siempre que venían a pedir que alguien hiciera un mandado yo decía que iba a donde fuera, pero a caballo. Esto me hizo ser obediente, pues tenía que manejar una bestia desde los ocho años, y también ser responsable, porque tenía que cuidar al caballo, al perro y a mí. Todo esto me enseñó a tener confianza en mí mismo, a estar presto a aprender sobre los lugares a los que vaya, a tratar a las personas mayores con respeto, a ser diligente si se trataba de una emergencia, a madrugar por algún alimento o para llevarle un mensaje a alguien y a ser hospitalario y generoso; o, como de costumbre, ir a recoger al abuelo a la carretera los sábados cuando llegaba con el mercado. Eso me hizo ser laborioso, porque mientras llegaba el carro, pasaban las personas en la mula para que no se mojaran o se empantanaran en la quebrada que se crecía por las fuertes lluvias, y claro, me pagaban y el abuelo me daba cincuenta pesos como incentivo, pero yo ya me había hecho el día.

Todos estos hechos y ejemplos de las personas grandes a quienes respeto mucho, que siempre tuve a mi lado, me ayudaron a crear una personalidad estable, constante y persistente. El trabajo duro del campo me enseñó a

comportarme con humildad y paciencia. La creación que tenía alrededor, con todas las evidencias de sabiduría y poder infinito, me ha enseñado que hay un ser supremo mucho más poderoso a quien debía temer, a no desagrado, alguien superior a los seres humanos. Era sobrecededor disfrutar la belleza de las montañas, los ríos, los árboles, los animales que siempre encontraban alimento para sus crías, ver los cambios de clima, los ciclos del agua, las tormentas. Tener el privilegio de sembrar las semillas y esperar las épocas de calor o lluvia para que crecieran las plantas y dieran su fruto, esos fueron mis grandes maestros.

Hace más de diecisiete años que aprendí a guiarme por los elevados principios bíblicos. No solo creo en Dios, sino que me esfuerzo por servirle de la mejor manera: enseñando a otros sobre él y sus propósitos como Testigo de Jehová junto con mi amada esposa. He aprendido que la vida de los seres humanos tiene un verdadero sentido, y que conocer a Dios, nuestro creador, hace que seamos muy felices. Eso me motiva a tratar a todos con el amor con que me ha tratado nuestro padre celestial.

Proceso de formación

Terminé la primaria en la Escuela Rural Mixta Unitaria la Cibeles (Betulia) y me gradué del colegio San José del mismo municipio. Terminé la Licenciatura en Matemáticas y Física en la Universidad de Antioquia e hice la maestría en Educación en la Universidad Pontificia Bolivariana. Siempre me ha gustado mucho estudiar; sentía que estaba adquiriendo un poder especial cuando aprendí a leer y escribir. Sabía que mis papás nos estaban dando la oportunidad de estudiar y yo no la quería desperdiciar. Reconocía que aquella decisión de enviar a los hijos a la escuela era impopular en la familia y que, a pesar de las críticas, mis padres no desfallecieron en darnos educación, por encima de todo pronóstico; era algo que yo debía valorar, aunque confieso que pensaba que era mucho si terminaba el bachillerato.

Algo que pasó en la escuela me empezó a perfilar hacia la docencia. Como mi escuela era unitaria, una sola maestra debía atender todos los grados de primaria. Pero ella contaba con herramientas importantes de la metodolo-

gía de Escuela Nueva: guías para cada grado y materia que nos permitían avanzar a diferentes ritmos, más bien rápidos, para poder salir en octubre para la cosecha de café; aunque, a veces, la profesora precisaba de ayuda.

Ahí es donde entraba yo. Resulta que cuando estaba en cuarto ya me llevaban a las olimpiadas de matemáticas y, como me iba bien, me pedía que les enseñara las operaciones básicas a los niños de primero y segundo y a mí eso me gustaba mucho, así también lo hice en quinto.

Otro momento en mi formación que también me impulsó a seguir el camino de la docencia fue haber elegido la modalidad de Bachillerato en Ciencias Matemáticas. Desde el primer año de la modalidad (décimo grado), debíamos diseñar juegos para estudiantes de sexto a octavo del colegio. Nuevamente tuve la oportunidad de desempeñarme como aprendiz en actividades de docencia; eso me gustaba porque reforzaba lo que estaba aprendiendo y me permitía enseñar lo que había aprendido de matemáticas, que era mi área favorita.

Cuando terminé el colegio, tuve la oportunidad de hablar con un amigo de mi padre. Se llama Iván Arango Arcila; es un motor del desarrollo de los caficultores a través de la Federación de Cafeteros y un líder para el desarrollo del municipio. Me preguntó si iba a ir a la universidad y yo le contesté que “Los campesinos no podemos ir a la universidad” porque no tenemos apoyos. Él me dijo que, si yo quería, podía ser un profesional.

Experiencia docente

Todo cambió el año después de graduarme del colegio. Con la ayuda de mi familia compré el formulario para presentarme a la Universidad de Antioquia y, para mi sorpresa, pasé... a mi segunda opción, Licenciatura. La primera había sido Ingeniería, pero luego me di cuenta de que así fue mejor.

Cuando estaba en sexto semestre pude hacer parte del Servicio Social Educativo Universitario de la Universidad EAFIT. Nos capacitaron y nos enviaron a colegios de la ciudad para enseñarles sobre incorporación de TIC en la educación con la creación de clubes de estudiantes. Luego les enseñamos sobre tecnología, robótica, física y matemáticas, cosa que me

encantó y reforzó mi deseo por continuar como docente. Tuve muchas oportunidades de aprendizaje: asistí a congresos, entré a formar parte de grupo de investigación y después como Joven Investigador de Colciencias.

Durante toda la carrera, pude aprender de excelentes maestros que comprendían muy bien lo que se necesitaba para ser un docente en Colombia. Me dieron ejemplo a seguir con su experiencia, pues ellos tuvieron que desaprender para actualizarse en lo nuevo que estaba transformando la educación en todos los niveles. Los maestros de toda la ciudad, y en especial los de los pueblos, mostraron gran empeño y muchos deseos de capacitarse para transferirlo a sus propias comunidades. Todas estas necesidades de conectividad, de capacitación y de divulgación me convencieron de que debía ser un maestro. Luego, al graduarme de la Licenciatura, se me abrieron nuevas puertas para instruir a formadores en varias regiones de Colombia con un proyecto de la Universidad EAFIT y la Universidad Pontificia Bolivariana llamado Conexiones.

Al trabajar con docentes de diferentes regiones del país, me di cuenta de que ser un maestro tiene un gran impacto en la construcción de sociedad. Durante varios años tuve la oportunidad de conocer de primera mano cómo los maestros de Colombia motivaban a sus estudiantes a aprender a leer y escribir, maestros que libraban todos los días una lucha con las dificultades de acceso a material bibliográfico actualizado, capacitación en tecnologías de la información y la comunicación, los cambios en las políticas educativas, falta de valoración y apoyo a sus iniciativas de mejoramiento a la educación y otras muchas situaciones adversas. Fueron mi modelo del optimismo. Hasta se veían más jóvenes que otras personas de menos edad; eran todo un estímulo para mí. Todo esto me hizo entender que en la docencia era donde yo quería quedarme, y que, si había algo que me haría feliz, sería enseñar.

Satisfacciones e insatisfacciones

A lo largo de mi trayectoria docente, he tenido muchas experiencias muy satisfactorias que han marcado mi historia como educador. La primera

experiencia ocurrió entre los años 1997 y 1998. Sucedió cuando trabajaba en un colegio de Medellín. Allí tuve la oportunidad de ayudar a crear un club de estudiantes de varios grados de secundaria. Este club tenía acceso a una sala de computadores que contaba con equipos para cada alumno y un banco de títulos de software educativo de ciento ochenta CD, entre ellos la Enciclopedia Encarta de Microsoft. Empezamos a trabajar; ya se habían hecho planes para participar en eventos de ciudad como encuentros de informática, visitas a los parques interactivos, etcétera.

Pasadas unas semanas, los estudiantes se habían llevado para sus casas más de veinte CD. Fue muy impactante para mí, pues estaban cargados a mi inventario. Los estudiantes los querían para ellos, y cuando los puse al descubierto, algunos dejaron de asistir. Con un poco de persuasión, logré que los devolvieran casi todos; se recuperaron los materiales, hicimos borrón y cuenta nueva y se comprometieron con trabajar durante los siguientes dos años.

Después de llevar a los estudiantes a varios eventos educativos, a participar en talleres de aplicación con expertos y a conocer algunos escenarios de divulgación científica y astronómica de la ciudad, el grupo de estudiantes se estabilizó. Al pasar de un año al otro, la mayoría de los integrantes del club que se iban a graduar del colegio se pusieron la meta de ir a la universidad. Con el tiempo, fue muy satisfactorio encontrarme con algunos que estaban estudiando ingenierías, educación y medicina en la Universidad de Antioquia. En esos momentos, sentí que esas oportunidades educativas donde se puede elegir entre varias opciones de vida, tan escasos en esa época para los jóvenes de ciertas comunas, fueron un salvavidas para los que quisieron aprovecharlas, algo que me hizo muy feliz.

La segunda experiencia como docente sucedió en otro colegio de Medellín entre los años 1999 y 2000; en esta ocasión, debía capacitar a los docentes en el uso de tecnologías de información y comunicación para que las pusieran en práctica en la clase. Al principio solo se asomaban para ver si yo estaba allí, especialmente los más mayores que desconfiaban de las tecnologías y de la juventud, como se referían a mi inexperiencia. Con un poco de persuasión, logramos crear un club de docentes, y con el apoyo de otro club de estudiantes que los apadrinara, se empezaron las clases de

informática para los profesores de la jornada de la tarde. Luego de casi un año, tres docentes lograron usar esos computadores para realizar sus trabajos de postgrado usando el software de ofimática. En paralelo, los estudiantes del club de informática les ayudaban a algunos profesores a usar software educativo, montar planillas en Excel, hacer algunos juegos y, más importante, la primera versión de la página web del colegio, que luego llevaron para que participara en un congreso. Era como si se revirtieran los papeles: los estudiantes eran los maestros y los maestros estuvieron dispuestos a aprender de nuevo, pero de sus propios estudiantes. Fueron momentos determinantes para afianzar mi deseo de continuar como docente.

La tercera experiencia fue muy especial porque en el año 2001 ya era un licenciado en Matemáticas y Física. Me había enfocado al uso de las tecnologías de información y comunicación y tuve el privilegio de participar en un proyecto de investigación en Matemáticas y TIC con el Ministerio de Educación Nacional. Se trataba de la incorporación de calculadoras gráficas en algunos colegios de la ciudad. En paralelo a ese proyecto, yo enseñaba un curso de cátedra en la Licenciatura en la Universidad de Antioquia. Parecía mentira: un campesino que no creía que podía estudiar en la universidad ahora estaba enseñando en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia; era algo increíble. Traté de integrar todo lo que pude al curso: el uso de mapas conceptuales, simuladores de matemáticas y videos multimedia; me fui con toda ese primer semestre. Logré terminar el curso con muy pocas deserciones y con algo de aceptación. Esta fue la experiencia más retardora que jamás habría pensado culminar, pero me gustó mucho.

Adicionalmente, el proyecto con el ministerio me había brindado la oportunidad de capacitarme en otras tecnologías, como sensores que permitían registrar variables físicas e interpretación de variables en problemas reales, pero lo más impresionante era la facilidad con la que las usaban los estudiantes de los primeros años de la básica. Nosotros creíamos ser los expertos en TIC, pero al lado de algunos de esos niños y niñas, todo era nuevo. Cada día, lograban interpretar los gráficos de algunas ecuaciones que no se enseñan en esos niveles escolares. Los profesores se preocupaban más porque esos aparatos no se dañaran que por aprender y nosotros por tratar de validar algunas hipótesis de cosas que no entendíamos. Por ejemplo, si

las calculadoras hacían automáticamente lo que convencionalmente hacían los estudiantes en sus exámenes, ¿qué preguntas debían hacerse? ¿Cuál era el papel del docente en ese nuevo rol con el uso de las TIC? ¿Qué iba a pasar con la clase de convencional de matemáticas? Todas esas preguntas le fueron dando un enfoque significativo a la incorporación de TIC en educación matemática. Fue una experiencia motivadora para mí y ayudó a perfilarme.

Luego de todo eso, tuve la fortuna de participar de un gran proyecto interinstitucional con la Universidad EAFIT, el Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia, la Gobernación de Antioquia y el Palacio de Cultura Rafael Uribe Uribe. Con la capacitación de una colombiana candidata a doctora del MIT en relación con la EAFIT para el aula de robótica y de la Universidad Nacional para el aula de Matemáticas, se creó el proyecto Aulas Taller Explora, que funcionó entre los años 2003 y 2007 bajo la figura del Servicio Social Educativo Universitario SSEU. Estas aulas funcionaban en los bajos del Palacio de la Cultura; se habían dispuesto y dotado para complementar la formación de niños, niñas, jóvenes y maestros del área metropolitana de Medellín y municipios de Antioquia.

El trabajo era muy cercano a lo que yo siempre había deseado: traer a los estudiantes de los pueblos y brindarles otras oportunidades educativas para que se abrieran sus horizontes y se apropiaran de herramientas matemáticas y tecnológicas a través de la lúdica y el aprender haciendo. Fue una experiencia muy especial porque me sentía tan feliz como los niños que visitaban esos nuevos ambientes educativos. Se cumplía a gran escala lo que desde mi escuelita rural había querido recibir, y ahora se los estaba dando como una pequeña retribución o expansión de lo que había aprendido.

Pero de todas las experiencias que había vivido, la más significativa que he experimentado ha sido como docente de Diseño Gráfico de la Universidad Pontificia Bolivariana, aventura que comenzó en el año 2008 y se ha extendido hasta la actualidad. Luego de haber vivido la decepción de la falta de apoyo a proyectos como las Aulas Taller, la suspensión de la financiación y el abandono de toda esa infraestructura y de que no nos contrataran más, se abrió una gran pero *gran* puerta en mi experiencia profesional. Inicié como docente cátedra del curso de Geometría para el Diseño, en el cual tuve una excelente mentora: mi colega Diana Bravo. Ella me enseñó que

ya no venía a enseñar geometría ni a construir conceptos para cuadernos sino para el diseño, algo totalmente nuevo para mí. En este viaje junto a mis colegas, a quienes aprecio mucho, he podido comprender el importante papel que cumple la geometría en los procesos de producción que realizan los estudiantes a lo largo de su formación.

Fue un reto convencerme de que ya no primaba la repetición de los principios geométricos, sino cómo hacer que esos conceptos ayudaran a los estudiantes en la diagramación, la creación de patrones, la imagen en movimiento, la descomposición de la luz, las simetrías y los volúmenes para sus procesos proyectuales. Estos cambios de mentalidad han sido una transformación total de mi estructura de enseñanza-aprendizaje-evaluación, porque los resultados de esos procesos se ven ahí, inmediatamente aplicados al diseño, cosa que no ocurría en la educación matemática.

Mensaje para la comunidad educativa

A lo largo de mi trayectoria como docente he aprendido que no soy nada trabajando solo; en la experiencia con mis colegas tan diversos, me he dado cuenta que siempre he necesitado trabajar con otros. Confiar en los demás me ha hecho una persona agradecida porque me enseñan con sus ejemplos y siento que me falta mucho para ser como ellos. Reconocer mis limitaciones me ha impulsado a cualificarme para aplicarlo en la clase. Compartir lo que hago y someterlo a evaluación constante me permite quedarme por fuera de una zona de confort, transitando hacia el conflicto cognitivo y emocional con el propósito de sentir que aún puedo maravillarme y que nunca voy a terminar de aprender en la docencia.

Estar presto al cambio y a explorar otras metodologías me mantiene en forma como docente. Sigo asombrándome por las maravillas de la creación. Disfruto de la vida en familia y con los amigos. El mantener el trabajo en el lugar que le corresponde no me aleja de seguir viendo lo que puede serme útil para el aula en mis tiempos de ocio. He comprendido que soy un servidor; el saber que mis conocimientos son para compartir me conecta con la realidad. Soy un docente, amo lo que hago y el saber que “no hay

nada nuevo bajo el sol” me da la confianza de que otros ya han trabajado en lo que yo hago y que, de alguna forma, el conocimiento se mantiene en movimiento. Todo esto me hace mantenerme atento para ver cuándo el placer de aprender volverá a pasar por mi órbita.



Fotografía por Juan Luis Balvín Tabares, 2022.

ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO

Profesora distinguida de Escuela:

Ana María Sossa Londoño

Facultad de Diseño de Vestuario

*No tenemos pertenencias sino equipaje
Vamos con el polen en el viento
Estamos vivos porque estamos en movimiento
Nunca estamos quietos, somos trashumantes
Somos padres, hijos, nietos y bisnietos de inmigrantes
Es más mío lo que sueño que lo que toco”
Movimiento de Jorge Drexler*

De ningún lado del todo, de todos lados un poco...

*Óigame compa usted no es del Valle
del Magdalena, ni de Bolívar
pues se me antoja que sus cantares
son de una tierra desconocida
– “El cantor” de Fonseca de Carlos Huertas.*

Dice el dicho que uno no es de donde nace si no donde se hace, y si me preguntan hoy si soy costeña o cachaca o paisa, les diría que tanto de lo uno como de lo otro, o “de todos lados un poco”. Nací en la ciudad de Neiva, en el departamento del Huila, donde pasé un par de meses frente al Embalse de Betania en Yaguará. Me críe frente a las playas de Santa Marta, en el departamento del Magdalena, donde pasé toda mi infancia y parte de mi adolescencia, y he pasado los últimos catorce años de mi vida estudiando y trabajando entre las montañas del Valle de Aburrá. Esta mezcla inusual da como resultado una construcción amplia de mi identidad como colombiana; una mezcla tan rara que en Medellín me conocen como costeña, pero para mis amigos de Santa Marta ya soy muy paisa.

Esta identidad con fronteras geográficas difusas se hace evidente en mi árbol genealógico. Mi papá Rubén Darío nació en Armenia, Quindío; mi mamá María Inés es de Nemocón, Cundinamarca; y mi hermana María Paula nació en Santa Marta, Magdalena. Siguiendo la línea familiar hacia

arriba, por un lado, está mi abuelo paterno, Gonzalito, que es de Circasia, Quindío y mi abuela paterna, Estercita, que es de Calarcá, Quindío. Por el otro lado está mi abuelo materno Tito que es de Santa Fe de Antioquia y mi abuela materna Tita que es de Buga, Valle del Cauca. Y yo, aunque nací siendo opita, me siento más samaria que el cayeye.

Tengo raíces afianzadas por toda Colombia, desde el Valle de Cauca hasta el Quindío, desde Santa Fe de Antioquia hasta Bogotá. De un lado para otro me la he pasado visitando a las abuelas, tíos, primos, a mis papás, mi hermana y mi sobrino, viajando recomendada desde que era una niña muy pequeña en los aviones de Aces o Aero República, o pasando incontables horas en los buses de Copetrán mientras se deslizaban por la infinita carretera al mar. Andar de un lado para el otro siento que ha definido mi manera de ser de manera especial; visitar otros lugares diferentes a los nuestros, alimentarme de otros platos diferentes a los típicos, escuchar las otras cadencias en el habla de la gente y pensar en realidades distintas a la mía han hecho que mi mente se expanda, que sea más empática y sensible con esos otros, tan parecidos y a la vez tan diferentes a mí misma.

Me contaron los abuelos que hace tiempo
– “La piragua” de José Barros

La sabiduría de los abuelos es una preparación de conocimientos y experiencias cocidos a fuego lento a lo largo de muchos años, un saber que no siempre se encuentra en los libros ni se aprende en las universidades. Mi abuela Estercita me acercó a la costura, al tejido y a la cocina; mi abuelo Gonzalito, quien fuera homeópata, me enseñó las posibilidades de lo alternativo, de la curación con la ayuda de las plantas. De mi abuelo Tito, a quien no conocí, siento que llevo su espíritu alegre, y de Tita aprendí la capacidad de unirnos como familia sin tener mayores motivos más allá que el compartir, estar juntos y celebrar la vida. Y de mis papás recibí, aparte de amor incondicional, muchas otras enseñanzas, entre las que se destacan las habilidades para administrar y optimizar recursos, planificar todo y a manejar muy bien el dinero. Soy muy afortunada de haber crecido en este ambiente, rodeada de estos maestros de la vida.

Hago parte de una familia enorme con muchos tíos y primos de sangre y otro montón de tíos y primos del corazón. Mi experiencia de vida siempre ha estado marcada por la presencia de muchas personas a mi alrededor. En los lugares que hemos habitado, hicimos nido y construimos comunidad, estrechamos lazos, vínculos vecinales, de afecto, amistad y amor, creando familia donde no la había. Entender la importancia de una red de apoyo ha sido esencial en mi crecimiento personal y profesional.

Estas redes se han ido extendiendo más allá de los humanos, tratando de incluir a los demás animales. Hace casi tres años tomé la decisión de ser vegana, una decisión detonada al cuestionar mi rol como diseñadora y la responsabilidad que tiene la industria textil, diseño, moda y afines con los animales y el medio ambiente. Esto implica una tarea activa de problematizar mis acciones y decisiones constantemente para reivindicar el papel del diseño de vestuario a partir de su capacidad de mediar, reparar, sanar, reclamar, denunciar, recuperar y mejorar.

Nada se pierde, todo se transforma
– “Todo se transforma” de Jorge Drexler

Mi formación escolar la inicié en un colegio católico, de esos que muchos conocemos: salones repletos de estudiantes distribuidos en orden alfabético por apellido; estar en la segunda mitad del alfabeto nunca me permitió mayor participación en este escenario académico. Conté con la fortuna de que mis padres entendieran que estaba necesitando otras alternativas para poderme desarrollar de la mejor manera. Por eso, al iniciar el bachillerato, me cambiaron a un colegio de educación semipersonalizada con múltiples escenarios de desarrollo de talentos en diversas áreas del conocimiento, donde la mayor ventaja era tener la posibilidad de poder probar si algo me gustaba, si tenía talento para ello o si solo era un capricho. Pude hacer parte de los equipos de danza, gimnasia, porrismo, fútbol, voleibol, natación, teatro, pintura y cerámica, triunfando en unos y fracasando en otros. Además, este nuevo colegio era campestre; no sentía temor de jugar, correr, ensuciarme y podía vivir de manera más libre, algo que marcó mi personalidad y mis decisiones de vida en la adultez.

En este colegio, de donde me gradué con reconocimientos, me gustaba irme a los salones de preescolar o primaria en las horas de descanso para acompañar a las profes en las actividades que estaban desarrollando. Siempre me ha gustado trabajar con los niños; me gusta la posibilidad y el reto que significa liderarlos y guiarlos. En las pruebas vocacionales siempre aparecía la docencia como una alternativa y todos los profes del colegio estaban convencidos de que estudiaría una licenciatura.

En ese camino de ser fiel a mí misma, me debatía entre dos mundos: estudiar Diseño de Vestuario o estudiar gastronomía. Fue una de esas decisiones en donde aparecían los pros y contras del futuro laboral, de las expectativas salariales y consideraciones sobre los campos de acción profesional. Finalmente, llegué a Medellín a estudiar Diseño de Vestuario en enero de 2008. En los primeros semestres nunca me destacué más allá de ser la costeña bullosa y alegre, pero a medida que iba avanzando en la carrera, me di cuenta de que no me sentía cómoda haciendo propuestas de moda por sus implicaciones éticas, ambientales, económicas y políticas. Me fui perfilando hacia otros campos de acción donde me sentí más cómoda: los ejercicios de diseño con comunidades o diseño social. Se reafirmaba en mí la necesidad de trabajar de manera colaborativa, de conformar redes de trabajo donde el diseñador no hiciera encargos o pedidos, sino que pudiera participar de manera horizontal, sin jerarquías, con la comunidad.

Mientras estudiaba la carrera hice parte del Equipo de Promoción Universitaria, convocado desde la dependencia de Mercadeo (donde nos capacitaron en varias habilidades como hablar en público, atención al cliente, expresión oral, trabajo en equipo, entre otros) para ser la representación visible de la universidad en las visitas a los colegios o ferias de aspirantes. También fui monitora administrativa, acercándome a los procesos burocráticos de la universidad y empezando a reconocerla desde adentro. Más tarde, fui la representante estudiantil principal de Diseño de Vestuario y la representante suplente de la Escuela de Arquitectura y Diseño, una experiencia que me permitió ejercer el liderazgo en escenarios reales y trabajar de manera colaborativa con las otras carreras.

*Imagine all the people
Livin' life in peace*
(Imagina a toda la gente viviendo en paz)”
– “Imagine” de John Lennon

Durante los últimos semestres de mi carrera, tuve la oportunidad de participar en dos proyectos en los que trabajé directamente con comunidades y que me ayudaron a definir un perfil distintivo como diseñadora de vestuario. El primero fue el Proyecto Especial “Carnaval de Riosucio: Hacia una etnoestética del vestir”, donde tuve mi primer acercamiento al trabajo con comunidades; para este caso con los integrantes de la cuadrilla infantil



Carnaval del diablo en Riosucio, Caldas (2013). Diseño de vestuario para la cuadrilla de adultos “De Infiernos y Esperanzas” del Resguardo Indígena Escopetera Pirza.

“Esdrújulas del Carnaval” y la cuadrilla de adultos “De Infiernos y Esperanzas” del Resguardo Indígena Escopetera Pirza, donde aporté al diseño del vestuario y la puesta en escena para el Carnaval del Diablo 2013 en un ejercicio colaborativo y horizontal responsable.

Luego, en ese ejercicio de complementar aquel perfil especial, realicé la práctica profesional como gestora social universitaria de la Gobernación de Antioquia en alianza con la ONG Enseña por Colombia, la cual hace parte de la red global Teach For All. Esta fue la primera práctica con enfoque social que se realizó en la Facultad.

Este semestre de trabajo implicó el traslado por seis meses al municipio de Carepa, en la subregión del Urabá antioqueño. Había sido asignada a la Institución Educativa Rural Zungo Embarcadero, donde realicé actividades de apoyo académico en las áreas de inglés y español con estudiantes de pre-escolar, primaria y bachillerato, y en la jornada contraria de los estudiantes



Práctica profesional en la Institución Educativa Rural Zungo Embarcadero (2013).



Práctica profesional en la Institución Educativa Rural Zungo Embarcadero (2013).

propuse actividades de desarrollo artístico con el objetivo de disminuir los escenarios de violencia en el corregimiento.

Este semestre de práctica me retó al enfrentarme, de manera cercana, a realidades muy diferentes a la mía. Me hizo ver los resultados del conflicto y de la inequidad de este país, donde muchos sufren las consecuencias de las decisiones de unos pocos.

Cuando me gradué de Diseño de Vestuario en el 2014, sentí la necesidad de continuar mi formación académica, ahondando en esas intenciones a las que me había acercado en los proyectos que realicé en el pregrado. Ese espacio fue la Maestría en Desarrollo de la UPB, la cual me continuó abriendo las puertas hacia otras disciplinas. También me permitió entender que no es el ideal trabajar solos y que la riqueza del conocimiento está en el relacionamiento entre diversos saberes y diversas posturas frente al mundo.

Durante esos dos años de formación, desarrollé uno de los proyectos que más me ha atravesado como persona y como profesional: el proyecto “El tejido y la sororidad y su aporte a la construcción de memoria a partir del Costurero Tejedoras de Sonsón”, el cual me demostró que se puede hacer mucho con poco, que para ser resilientes se requiere de mucha berraquera y que en la unión está el poder. Hoy en día cuento con un grupo de amigas en el municipio de Sonsón que recuperan la memoria, aportan a la paz, visibilizan la verdad en un ejercicio de reparación simbólica para recupe-

rar la confianza y sobreponerse a las afectaciones que el conflicto armado colombiano dejó en ellas y en el municipio.

A partir de este ejercicio me acerqué al feminismo. Comprendí el poder de la sororidad, un concepto desarrollado por la antropóloga e investigadora mexicana Marcela Lagarde de los Ríos que se sustenta en el saber solidario de las mujeres. Se trata de una alianza profunda basada en los principios de igualdad humana y reciprocidad; una alternativa política que busca la cohesión, confluencia y sintonía de las mujeres como base del relacionamiento; un camino que las mujeres decidimos recorrer de manera colectiva para aportar desde nuestros conocimientos, experiencias, percepciones, cotidianidades y narrativas a la construcción de procesos de apoyo mutuo, solidaridad, reconstrucción del tejido social y fortalecimiento de las relaciones comunales, vecinales, de género, entre otras.

Working 9 to 5, you've got passion and a vision
(Trabajando de 9 a 5, tienes la pasión y la visión)
– “9 to 5” de Dolly Parton

A los pocos meses de graduarme del pregrado, me dieron la oportunidad de trabajar como docente en la Facultad de Diseño de Vestuario, con labores administrativas en la proyección al medio de la Escuela de Arquitectura y Diseño. Aquí me acerqué a la logística y al montaje de eventos y ferias en las que había presencia de la Facultad y en las que encontré la oportunidad de poner en práctica las enseñanzas gerenciales que me habían entregado mis papás mientras crecía.

En estos ocho años y medio de trabajo en la Facultad de Diseño de Vestuario he tenido grandes maestros. Algunos compañeros siguen estando presentes y otros se han ido, dejándome inmensos aprendizajes que me han permeado como persona y como profesional. En este tiempo he crecido de la mano de la Facultad, participando en diferentes roles como Colegio-universidad, donde pude visitar muchas regiones del país promoviendo nuestra carrera y nuestra universidad. Igualmente, he aprendido a trabajar en equipo y a liderar como coordinadora del grupo de Investigación en

diseño de vestuario y textiles. En mi experiencia, la colaboración es un elemento esencial; como docentes hemos establecido unos vínculos de confianza, sinergia y compromiso que hacen que el trabajo en red sea significativo y siempre apunte hacia un horizonte común.

Las maneras en las que el modelo de docencia se transforma a veces nos impiden tomarnos el tiempo de reflexionar sobre nuestro ejercicio como docentes y formadores de futuros profesionales, profesionales con capacidad de ser agentes transformadores de la realidad social, política o ambiental del país. Me hace muy feliz estar en un lugar en el que se le da valor a los procesos de reflexión y autoevaluación, que estos nos permitan retornos, aprender, mejorar las prácticas, verificar si eso que hemos hecho durante tanto tiempo sigue impactando de igual manera a los estudiantes y también tener la posibilidad de reconocer que a veces no tenemos las herramientas para solucionar algunos problemas; pero, superando el ego, podemos pedir ayuda, entendiendo que no tenemos por qué saberlo todo.

Considero que debemos ser cada vez más flexibles con la manera en la que entregamos el conocimiento. Me he dado cuenta de que a veces el aula de clase es el único lugar donde los estudiantes se sienten cómodos para mostrar sus inseguridades, contar sus problemas y pedir ayuda, a veces de manera silenciosa y otras veces en formas que nos son difíciles de comprender. Tomarnos el tiempo de identificar las necesidades particulares de nuestros estudiantes y adaptarnos a ellos hará una gran diferencia.

Se me hace importante incentivar un despertar reflexivo en nuestros estudiantes, promover el diálogo, la escucha atenta y el pensamiento crítico, buscando unos sujetos que se involucren en su formación con un rol activo y colaborativo; no que “hagan caso”, sino que tengan la capacidad de argumentar sus decisiones en el proyecto de diseño y que tomen partido de manera informada. En los últimos semestres he sentido que, cada vez más, los estudiantes plantean unos proyectos de diseño que les permiten reivindicarse y pertenecer, por lo que en mi ejercicio docente es importante ser ese lugar seguro que les permita empoderarse de su propia realidad y de la posibilidad que tienen de cambiar esa realidad si así lo desean.

Ser el lugar seguro de los estudiantes (y de los compañeros y amigos de trabajo) implica establecer vínculos de confianza para poder acompañar, de manera asertiva, las situaciones difíciles. Una de las pequeñas acciones que hago cada inicio de semestre es preguntarles a los estudiantes cómo les gusta ser nombrados, porque aquello que no se nombra no existe, y siento que si no se tienen en cuenta sus preferencias, estamos invalidando su construcción de la identidad, por lo que este es un llamado a trabajar en la empatía todos los días.

Más allá del horizonte, a nuevas tierras lejanas
– “Movimiento” de Jorge Drexler

Haber recibido esta distinción ha sido una experiencia muy bonita y enriquecedora, no sólo por el hecho de ver reconocido el trabajo duro que hago a diario por parte de mi institución (que se suma con las acciones pequeñas que no siempre se ven materializadas en algún resultado tangible), sino por tener la posibilidad de recibir los comentarios de los estudiantes y los compañeros de trabajo. Saber que lo que hacemos tiene resonancia en las vidas de estos maravillosos seres es una motivación esencial para continuar creciendo y aprendiendo cada día.

De vivir frente a la playa me ha quedado el recuerdo del horizonte, del infinito océano y del sol que se funde en sus aguas. Ver un horizonte sin límite me ha enseñado que mis sueños pueden ser así de amplios, que puedo ver las posibilidades sobre los obstáculos y que bajo ese enorme espacio que parece vacío, la mitad está, en efecto, llena; llena de mar.



ESCUELA DE CIENCIAS DE LA SALUD

Profesor distinguido de Escuela:

Juan Camilo Suárez Escudero

Facultad de Medicina

Definitivamente, la docencia no es el simple acto de solo dar clase; para ser docente, es necesario estar inmerso en ella.

Tal como dicen los estudiantes (o un docente tras haber sido un estudiante y luego profesor compartiendo con alumnos y colegas), existe la tendencia, fundamentada o prejuiciosa, de clasificar a los profesores entre *formales* y *no formales*, *exigentes* y *no exigentes*, *cuchillas* y *no cuchillas*; incluso hay una dicotomía basada en “aspectos maternales” entre profesores *madres* y *no madres*, *amigos* o *parceros* y aquellos que conservan una línea (límites) entre el estudiante y ellos. También es común la clasificación entre buenos, muy buenos, excelentes, regulares, malos, no tan buenos y aquellos que están aparentemente en *otro nivel*.

Este otro nivel que menciono, sin ánimo despectivo ni mucho menos de forma sobrevalorada ni codiciosa, se da, tal vez, al ser diferentes en la forma de dar las clases: en su compromiso pedagógico o en su manera de transmitir experiencias y conocimientos; a la hora de exigir, de ser neutral al evaluar, de interactuar o hacer seguimiento constructivo a los alumnos; de saber combinar la investigación con la docencia, de tener sentido crítico ante la aparente “normalidad” del sistema o que simplemente piensan que no todo está bien, así otros lo digan o lo hagan creer por un aparente bien institucional, entre otro sinnúmero de aspectos, cualidades o características; pero parece ser que aquellos docentes calificados, clasificados o visualizados como muy buenos, excelentes o de otro nivel pueden ser disruptivos, marcar o delimitar pautas, generar puntos de inflexión o simplemente se tornan en polos a tierra cuando se pretenden dar cambios (saltos) pedagógicos, académicos y hasta de infraestructura al sugerir más medida que desbocarse en decisiones rápidas, algunas sin fundamentos, mostradas como innovadoras en el afán.

En diferentes momentos de nuestra vida educativa, sea formal o no, nos hemos topado con personas que han asumido, de una forma diferencial, el ejercicio de la docencia, y puede que el nivel educativo que hayan alcanzado no sea directamente proporcional a sus estudios de posgrado o su manejo de otros idiomas; incluso no es sinónimo o equivalente a cumplir todas las reglas que supuestamente hay que acatar en las instituciones para ser muy

buenos docentes o profesores, o que simplemente se niegan a creer que ser docente es equivalente a recitar y cumplir de memoria y beneplácito las reglas y directrices elaboradas por el personal administrativo de las instituciones educativas. Con todo respeto, la docencia y aquellos docentes que son identificados como muy buenos, excelentes o de otro nivel en su quehacer diario van más allá de eso.

Tener una especialización médico-quirúrgica, especialización no médica, maestría o un doctorado no equivale, necesariamente, a contar, primero, con la vocación de ser docente de pregrado o posgrado, y segundo, no asegura la calidad del ejercicio de la docencia. Es un complejo paradigma en el que se encuentran nuestras instituciones educativas desde hace varios años, puesto que para ascender en el escalafón docente se requiere contar con dichos estudios, y para contratar a un profesional que desea ser docente (sea mediante un contrato de medio o de tiempo completo) habitualmente se le exige tener algún estudio de posgrado; pero la práctica muestra que un buen, muy buen, excelente o un docente fuera de categoría puede lograrlo aún sin esto. Digo esto con profundo respeto y admiración por aquellos afortunados de tener varios estudios, posgrados y títulos, pero la experiencia y el desarrollo de la docencia en el terreno con los estudiantes va más allá de esto.

Ahora bien, aquellos docentes con capacidades investigativas pueden enriquecer sus clases y contenidos al adaptar sus hallazgos o resultados de investigación al nivel o momento de formación de los estudiantes. En mi caso, por ejemplo, los estados del arte en neurociencia y anatomía y los reportes de caso de pacientes con determinadas condiciones de salud publicados en revistas científicas hacen parte de las lecturas en ciertos cursos, y según su complejidad y el propósito de integración que deseo obtener en un tema básico o clínico, lo propongo para estudiantes de pregrado o posgrado. De igual forma, comparto estudios originales, metaanálisis y guías de práctica clínica acorde a los propósitos de los cursos sea en pregrado o posgrado, claro está que varios resultados de investigación tienen mayor interés y aplicabilidad en determinados cursos de posgrado especialmente en estudiantes de residencia médico-quirúrgica y estudiantes de maestría y doctorado. En otras palabras, los resultados de investigación que he logrado obtener en compañía de otros colegas y estudiantes de la línea de

investigación en discapacidad y rehabilitación (Grupo de investigación en Salud Pública, UPB), alimentan varios aspectos del ejercicio docente, pero hay que analizar el momento, lugar y nivel oportuno de integrarlos con los alumnos de cada curso bajo mi responsabilidad.

No todo docente necesariamente tiene que investigar, así como no todo investigador es docente. Hay excelentes profesores que no tienen formación en investigación ni el deseo de investigar y docentes con grandes capacidades en investigación que desarrollan su ejercicio de la docencia de forma regular, buena, excelente o en otro nivel. Creo que, en estos tiempos modernos, es necesario seguir relativizando las cosas y no ser tan dogmáticos; en la docencia, al igual que en la vida misma, no todo es blanco o negro.

Para todas aquellas personas que lean estas líneas, sean docentes, estudiantes, personal administrativo o directivo, el ejercicio de la docencia, independiente de su nivel de calidad aparente (regular, bueno o excelente), va más allá de un escritorio, de un contrato laboral, de un plan de estudios, de una carta descriptiva, de un cronograma y de innumerables formatos (antes en Excel y ahora en Forms) que registran el cumplimiento de horarios entre horas de labor instruccional y no instruccional, y de justificar ante aquellos profesores o personal con rol administrativo de coordinadores de núcleo, área o ciclo profesional, por qué a veces las horas contratadas de los docentes no se reflejan simétricamente en las tablas de Excel de forma matemática y exacta. Es así como la docencia no equivale necesariamente ni se totaliza por cada hora de clase dictada, tema dictado, curso realizado y formato diligenciado. Ejercer la docencia, promover la enseñanza y ser personal educativo es un asunto humano, generalmente difícil de comprender y sintetizar en tablas de Excel y en proyecciones económicas de crecimiento y rentabilidad financiera institucional. La docencia no es un ciencia exacta ni parametrizable.

Alguna vez, siendo médico asistencial de una institución de salud, fue necesario decirles a los directivos del momento que no cursé mis estudios médicos en una facultad para que me enseñaran medicina basada en cuadros y proyecciones de Excel; mi ejercicio médico se basa en personas, no en archivos ni formatos administrativos. Ahora, creo que es momento de decir que aquellos que decidimos ser docentes no desarrollamos nuestro

ejercicio docente basado en hojas de cálculo. No somos docentes para que las tablas se vean bonitas. Simplemente tenemos el oficio y responsabilidad de formar personas y no hojas de cálculo, archivos y modelos virtuales.

Así como el medio natural para desarrollar las habilidades adquiridas es el cielo para un piloto, el universo para un astrónomo y astronauta, la madera y carpintería para un carpintero, y la web para un programador, para los docentes en ejercicio son los estudiantes, ya sea que se encuentren en el aula de clase presencial, en sesiones sincrónicas o asincrónicas, en los laboratorios o en cualquier espacio (sea tangible o intangible). En comparación con hace diez, quince, veinte o más años, los sitios actuales para ejercer la docencia son más diversos, cambiantes y flexibles ante los desarrollos tecnológicos y las realidades y emergencias sociales. Sin embargo, es bueno tener en cuenta que la presencialidad y la (ahora muy de moda) virtualidad son medios, no la totalidad del ejercicio docente.

Hay quienes piensan que la virtualidad, la simulación y la certificación en plataformas web (*online* y *offline*) son el presente y futuro de la educación. La cuestión es que, en el fondo, solo son medios para llegar a la información y contenidos y para afianzar habilidades, mas no aseguran en sí mismos el proceso educativo. Lo mismo puede ocurrir con procesos educativos formales y presenciales: el hecho de que un estudiante tome un curso presencial con uno o varios docentes y cumpla fervorosamente con la asistencia o apruebe quices y exámenes no asegura que el proceso educativo y de aprendizaje se lleve de la mejor manera. Es decir, el medio, sea virtual o presencial no asegura necesariamente el proceso de aprendizaje.

Gran parte de las líneas aquí redactadas las realicé acompañando a varios docentes (médicos jóvenes recién egresados que, en algún momento de su formación médica, estuvieron en clase conmigo y que ahora inician su vida docente con contratos de hora cátedra) en el salón de clases del curso de anatomía humana, donde asisto como docente principal siguiendo el cronograma y también como docente de apoyo para acompañar las clases y laboratorios prácticos. Si bien no tengo tanta edad ni tanta experiencia como sí las tenían mis docenes en mi época (llenos de sabiduría, maestros con una devoción casi religiosa hacia la docencia que ya no están con nosotros: Dr. Bernardo Gallego, Dr. Mauricio Giraldo, Dra. Marta García,

Dra. Angela Restrepo, Dra. Myrtha Arango, Dr. Christian Pérez Nielsen, Dr. Iván Molina Vélez, Dr. Luis Fernando Ramírez, Dr. Jairo Bustamante y, como guía y norte académico-administrativo, el padre Jorge Iván Ramírez, entre otros más), asumí la coordinación académica del curso de Anatomía Humana y Médica de la Escuela de Ciencias de la Salud de la Facultad de Medicina de la UPB hace ya casi once años, de manera que trato de acompañar a los docentes y monitores del curso tal cual lo hicieron mis docentes conmigo, y que, gracias a su guía, me mostraron el camino de la docencia en medicina y en ciencias de la salud.

Los maestros que mencioné, y otros más, vivieron la docencia de una forma total y hablaron en el momento y lugar oportuno, además de formar varias generaciones de estudiantes y docentes. Varios de los que somos docentes en la actualidad aprendimos a ser docentes gracias a su estilo o forma de enseñar, que, a la luz de las tendencias modernas, podría decirse que seguían un modelo clásico o tradicional; esto no significa que sea un modelo obsoleto o que hay que dejar de usar. En mi caso, trato de tomar lo mejor del modelo clásico e integrarlo con nuevas didácticas y modelos de aprendizaje. No trato de destruirlo ni decir, mucho menos, que es obsoleto y mandado a recoger. De igual forma, ¿quién soy yo para dar tal calificativo?

Dentro de los cursos que dicto en la UPB está el curso de Anatomía Médica, un curso particular de diez créditos académicos con una intensidad horaria cuatro horas diarias (6:00 a 10:00 a.m.) de lunes a viernes y con un gran componente teórico y práctico. Este curso se ha apoyado principalmente en el modelo clásico de enseñanza y aprendizaje de la anatomía humana conocido pedagógicamente como el *modelo descriptivo* (*modelo regional* para otros), el cual se centra en el cadáver para dictar clases magistrales con detalladas descripciones en cuanto al peso, las relaciones cerebrovasculares, las formas de cada región y estructura corporal y la disección de cuerpos y piezas anatómicas guiada en el laboratorio por parte del docente, todas aunadas con el uso continuo de libros de anatomía descriptiva, atlas con dibujos y fotografías para guiar al estudiante en su comprensión de la anatomía humana.

Sin embargo, a la luz de algunas tendencias o malas lecturas e interpretaciones de la educación médica moderna, el modelo clásico ha sido me-

nospreciado e incluso denominado como algo que hay que dejar de hacer; pero con toda honestidad, esto no puede ser así. Los modelos tradicionales de enseñanza, en este caso el modelo descriptivo basado en el cadáver, no es obsoleto; se puede mejorar e integrar en el ejercicio docente actual y futuro. Semestre tras semestre, día tras día, como docente de anatomía humana, trato de combinar lo mejor del modelo clásico con otros cuatro modelos tanto en el pregrado como en los posgrados, a saber: el modelo de anatomía funcional, el modelo de anatomía aplicada a la clínica, el modelo de anatomía del desarrollo y el modelo de anatomía informática. Mi decisión de integrar modelos viene de querer vivir en el terreno real de la docencia entre las aulas de clases, en el laboratorio de anatomía y en medio de prácticas en centros de salud, mas nunca la anulación de uno de ellos, como varios colegas con cargos administrativos pretenden en varias instituciones de educación superior con programas de ciencias de la salud.

El párrafo anterior me permite reivindicar la importancia pedagógica, académica y social de contar con y mantener los laboratorios de ciencias básicas en las facultades de medicina, enfermería y de otras profesiones de la salud. Si bien la simulación y la virtualidad son didácticas que complementan lo real, no pueden ser asumidas falsamente como modelos únicos o ideales de docencia. Nuevamente reitero: lo importante no es acabar con las didácticas y modelos; lo fundamental es su integración acorde al proceso y nivel de aprendizaje.

El modelo tradicional, presencial y con prácticas de laboratorio no puede dejar de ser la base del plan de estudios de los cursos de ciencias básicas en los programas de salud de la UPB y de otras instituciones universitarias. La virtualidad y la simulación son herramientas que no totalizan los otros modelos y metodologías pedagógicas. Una educación de calidad puede salir adelante con tecnologías y medios inadecuados, pero difícilmente una tecnología de última generación podrá sacar adelante un proceso educativo de baja calidad que no tenga clara la continuidad de los modelos pedagógicos en ciencias básicas (como el caso de la anatomía humana).

He tenido la oportunidad y el privilegio de desarrollar mi actividad docente en otras instituciones diferentes a la UPB, pudiendo conocer en el terreno, en vivo y en directo o con conocimiento de causa, los retos, las

reflexiones y las adaptaciones que un docente debe hacer usualmente para transmitir y tratar diferentes temas o, incluso, desarrollar temas similares pero acorde a diferentes niveles de formación o áreas de conocimiento. En cuanto a universidades, he trabajado con la Universidad de Antioquia en el centro NACER, Salud Sexual y Reproductiva en el acompañamiento y formación de personal de la salud en ejercicio y sociedad civil en el tema del funcionamiento humano y discapacidad; en el Instituto del Envejecimiento de la Universidad del Bosque en temas de neurodesarrollo y envejecimiento cerebral para profesionales de la salud; en el programa canguro Alfa en la sede caleña de la Pontificia Universidad Javeriana para la formación y aplicación de la Clasificación Internacional del Funcionamiento, Salud y Discapacidad (CIF-2001) en médicos pediatras en ejercicio; en el centro asociado suramericano en salud visual y desarrollo en la sede bumanguesa de la Universidad Santo Tomás no solo en procesos de formación en pregrado y posgrado en optometría y oftalmología en baja visión, sino en proyectos colaborativos de investigación en discapacidad visual; en el curso de Neurofisiología de la Universidad CES, extensión continua de la facultad de medicina y psicología con diplomados y cursos en deglución y disfagia, corteza cerebral y rehabilitación neuropsicológica para profesionales de la salud y en ciencias sociales, y también en la Facultad de Psicología, primero coordinando la especialización en Rehabilitación Neuropsicológica y luego construyendo de manera colaborativa con colegas neuropsicólogos la maestría en Neuropsicología Clínica y Rehabilitación (donde he tenido la oportunidad de ser docente de posgrado en los cursos de Fundamentos I y II de Neurociencias y Rehabilitación Neurológica); y en el curso de Fisiología Aplicada en la maestría en Ingeniería Biomédica del Instituto Tecnológico Metropolitano, donde he podido interactuar con diferentes áreas de la ingeniería, biología y ciencias exactas.

En la parte de centros e instituciones de salud, donde también se ejerce la docencia, he trabajado con el centro EDUK (formación en salud y educación) dictando cursos de neuroembriología, neurodesarrollo, neurofisiología y neuroanatomía para profesionales en fonoaudiología, terapia ocupacional, enfermería, psicología, terapia respiratoria y fisioterapia en ejercicio; con la Clínica CardioVID en el tema de bases embrionarias de

los grandes vasos toracoabdominales dirigida a médicos radiólogos e intervencionistas cardiovasculares; con la Institución Prestadora de Servicios en Salud Solaz para la capacitación y formación en salud de gerocultores, auxiliares de enfermería, cuidadores, psicólogos, tecnólogos en actividad física y recreación, y fisioterapeutas en bases neuroanatómicas de las demencias, el envejecimiento, la estimulación y rehabilitación neuropsicológica; y con la Asociación Científica Colombiana de Medicina Estética (ACICME) en temas de anatomía funcional del rostro dirigidos a médicos en formación en medicina estética.

Ahora, mi labor docente con la UPB ha sido y es en varios niveles y programas: he dictado cursos específicos de cardioembriología a los estudiantes de maestría y doctorado en Ciencias Médicas; soy docente del curso de Anatomía Médica y de embriología del pregrado en Medicina, del curso de Neuroanatomía del pregrado de Psicología y de los cursos de psiquiatría, ortopedia, otorrinolaringología y oftalmología con los temas de discapacidad humana y categorías de discapacidad intelectual, física, auditiva y visual respectivamente; soy el profesor del internado en el curso taller de Fundamentos Médicos de Discapacidad y de Bases de Rehabilitación, el responsable de los cursos anuales de Anatomía Clínica y Funcional (según mi especialización médico-quirúrgica) para los residentes de primer año de medicina deportiva, cirugía, dermatología, psiquiatría, ortopedia y traumatología.

Como pueden ver, tengo la oportunidad docente de acompañar y de ser parte del proceso de aprendizaje de estudiantes de medicina en cursos de ciencia básica en el segundo semestre y luego de ciencia clínica (aplicada) en séptimo y octavo semestre, más el segundo semestre de internado, y posteriormente acompañarlos en cursos de profundización cuando deciden iniciar sus especializaciones medico quirúrgicas. De igual manera, tengo la oportunidad de volver a acompañar a varios estudiantes del pregrado de psicología de la UPB en el posgrado, cuando pasan a la maestría en neuropsicología clínica y rehabilitación de la Universidad CES.

Este honroso y sorpresivo reconocimiento que han realizado estudiantes y colegas de la facultad de medicina de la UPB equivale, en mi vida, a seguir cuestionando por qué tome la decisión de ser docente (profesor o

maestro), cómo la ejerzo y también cómo puedo ayudar en la preservación de modelos docentes que se consideran falsamente inadecuados u obsoletos, pero que, a la larga, son la base y fundamento para formar profesionales de la salud integrales con pensamiento crítico.

JCE



ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES

Profesora distinguida de Facultad:

María Paula Valderrama López

Facultad de Psicología

En este año 2022 me sorprendió la noticia de que había sido elegida docente distinguida de la Facultad de Psicología a través de un nuevo mecanismo de selección que incluye a toda la comunidad académica: estudiantes, compañeros y directivos. Este texto es producto de la invitación que recibo desde la Dirección de Docencia con el fin de sistematizar esta experiencia.

A continuación, comparto algunos aspectos relevantes de mi carrera como docente.

Historia de vida

Nuestras elecciones están marcadas por experiencias de las que no somos conscientes; hoy me esfuerzo en identificar cuáles fueron aquellas que pudieron incidir en mi decisión de ser docente. Hubo una historia que me marcó sobre mi abuela paterna, quien fue docente de una institución educativa durante los cincuenta en Medellín; recuerdo que me llamaba la atención, en particular, que la abuela se hubiera dedicado a un oficio tan exigente en una época en la que las mujeres solían ser amas de casa. No pude conocerla porque soy la nieta menor; cuando nací, ella ya había muerto, pero me sentía orgullosa cuando mi padre me decía que mi abuela había sido maestra.

Recuerdo una maestra con la que me crucé en mi edad escolar. Recuerdo con cariño y admiración a quien fue mi maestra de lengua castellana en bachillerato; podría haber sido mi abuela porque era una persona mayor. Su nombre era Teresita; tenía la capacidad de causarme admiración y algo de temor porque era una maestra exigente que no se iba con rodeos cuando calificaba o daba una retroalimentación. Pienso que su clase me implicaba estar más atenta, en un principio, para evitar un llamado de atención, pero también porque era fascinante su forma de estar en el grupo; su presencia generaba respeto y su dominio sobre la literatura capturaba mi atención. Su insistencia en los dictados para fortalecer la ortografía y las lecturas sugeridas me formaron en un estilo de enseñanza donde la dificultad y el esfuerzo eran constantes.

Este estilo hoy lo identifico como la marca que han tenido las figuras más representativas en mi historia de vida; reconozco que se parece a mi propio estilo.

Proceso de formación

Mi proceso de formación lo realicé en la Universidad Pontificia Bolivariana, institución que elegí para estudiar Psicología. Esta fue una decisión importante, porque recuerdo que también me presenté a otra institución privada que era reconocida por ser la de mejor trayectoria en la carrera de Psicología. Cuando supe que había sido aceptada en las dos universidades, tomar esta decisión fue más difícil porque mi familia y algunos profesores me sugerían estudiar en la otra institución; sus razones eran que esta carrera llevaba pocos años ofreciendo sus cursos en la UPB.

Por alguna razón que aún no tengo muy clara, decidí entrar a la UPB. Recuerdo que su campus me cautivó porque la otra institución me daba la impresión de ser más un colegio que una universidad. Mi carrera comenzó en el año 2000, y de esta experiencia formativa, recuerdo también algunos maestros que han sido fuente de inspiración en mi ser y quehacer como maestra. En estos maestros encontré esa misma marca que ha definido mis identificaciones: la exigencia, la dificultad y el respeto, aspectos que fueron determinantes en mis elecciones posteriores, específicamente, en lo que se entiende por psicología como la orientación teórica y el campo de acción. Así, fue claro para mí, una vez graduada, cuál era mi interés formativo, aunque aún no apareciera la docencia como una posibilidad.

Después de casi cinco años de egresada de la Facultad de Psicología, decidí ingresar de nuevo a mi *alma mater* a la Especialización en Psicología clínica con énfasis en Salud Mental. En esa misma época comencé a trabajar como psicóloga en el Centro de Atención Psicológica de la UPB, y unos años después ingresé a otra universidad como docente. Fue allí donde comenzó mi interés por la docencia, siempre motivado por acompañar cursos que tuvieran una relación con mis intereses teóricos y con mi experiencia como psicóloga clínica, pero con la convicción de que ese camino requería mayor formación y experiencia docente por la exigencia que implicaba y, más que nada, por el ejemplo de esos maestros que habían sido influyentes para mí.

Por esta razón, decidí continuar un año después de haber terminado la especialización con la formación en la maestría en Psicología y Salud mental. En ese momento ya tenía la convicción de querer fortalecer mi

carrera como docente y hacerlo en la UPB que, para ese entonces, ya había implementado la modalidad de las convocatorias para la selección de nuevos docentes. Pude presentarme en el momento en el que dos grandes maestros se jubilaron y se abrieron nuevas plazas en la Facultad. Todo parecía un sueño. Finalmente, ingresé como docente vinculada a la Facultad de Psicología en el año 2014.

Sobre el proceso formativo debo decir que decidí presentarme al doctorado en Ciencias Sociales de la UPB en el año 2017 y que me gradué en febrero de este año 2022. Sin duda, estos han sido los cinco años más retadores y exigentes de mi carrera profesional, pero, con pocos meses de haberme graduado, puedo decir con satisfacción que ese esfuerzo valió la pena, porque el regreso a las aulas de clase ha sido diferente tanto en el aspecto académico y en el personal.

En el académico porque hay algo de la exigencia con la que se debe afrontar un doctorado que es formativo, es decir, encuentro la necesidad de preparar cada clase con rigurosidad, de realizar lecturas constantes sobre las temáticas de los cursos con el fin de conocer autores y estar a la altura de la época. Sin duda, este tiempo ha forjado en mí el hábito de la lectura y el de la escritura que a veces se ven obstaculizados por otras responsabilidades que restan tiempo, pero considero que un mayor nivel de formación en el docente puede, en algunos casos, significar rigor.

De la experiencia como estudiante del doctorado en Ciencias Sociales me marcó una profesora de investigación que es docente vinculada a la escuela. En sus clases ella usaba un método, seguro adquirido de su experiencia docente e investigativa, que consistía en que hacía una introducción al tema o a cada uno de los documentos que como estudiantes debíamos leer. Esta introducción consistía en dar una clase magistral que implicaba una escucha atenta de nuestra parte, pero que era cómoda de seguir por la claridad en su exposición, por el conocimiento que demostraba tener sobre el tema y, sobre todo, por el respeto que mostraba ante las preguntas que surgían. Luego pasábamos a un segundo momento de la clase en la que un estudiante presentaba, frente al grupo, una relatoría sobre el texto asignado previamente. Destaco este ejercicio de la relatoría porque implica el proceso de lectura, su comprensión y luego la escritura de la relatoría

como tal. Esta es una metodología que hoy utilizo mucho para mis clases que suelen ser teóricas porque si bien soy flexible antes algunas solicitudes que realizan los estudiantes, me guía en la formación la exigencia que implican los métodos clásicos de enseñanza; con esto me refiero a la escucha, la lectura y la escritura.

En el aspecto personal, considero que el proceso formativo y, especialmente, el doctorado, me han permitido una mirada integral sobre las problemáticas de la psicología clínica, el área a la que pertenecen los cursos que acompaño actualmente en la facultad. Así mismo, el rigor investigativo que se forja en un doctorado incide en el estilo y contenido de los cursos que se acompañan, lo que, en mi caso, va acompañado de la experiencia clínica que considero es necesaria para los cursos que he elegido acompañar. Le agradezco a la universidad por el apoyo recibido como docente para la realización del doctorado; sin este, no hubiera sido posible hacerlo. Además, por la experiencia como docente recién graduada, puedo confirmar que este tipo de incentivos tienen un impacto en la calidad de la formación que se imparte en la universidad y que hacen parte del sello UPB.

Experiencia docente

Mi carrera docente comienza en el año 2008 cuando sentí el deseo de complementar mi experiencia como psicóloga clínica. En ese año participé en una convocatoria para docentes de cátedra en otra universidad privada: la Corporación Universitaria Lasallista. En esta institución estuve como docente de cátedra durante seis años y tuve la posibilidad de irme perfilando hacia el área clínica por la cual tuve un interés decidido desde la carrera. Así mismo, fue durante ese tiempo que realicé mi formación como especialista y magíster a la vez que trabajaba en el Centro de Atención Psicológica (CAP) de la UPB.

Fueron muchos años de recorrer largas distancias entre una y otra institución. Algo que siempre tuve claro, es que deseaba ser docente en la UPB; pero, como lo afirmé antes, sabía que debía continuar con mi proceso formativo porque ahí estaban aquellos maestros que continuaban siendo un ejemplo para mí. A finales del año 2013 me enteré de una convocatoria

para dos plazas de tiempo completo y supe en ese momento que estaba preparada para presentarme. Recuerdo que fueron unos meses de mucho trabajo mientras alistaba la documentación, presentaba la prueba de inglés y escribía las propuestas solicitadas en la convocatoria. Luego vinieron las entrevistas que se llevaron a cabo en lugares que conocía, como el CAP, al cual ya no pertenecía desde hacía dos años, y en la facultad, donde me encontré con un antiguo profesor que estuvo a cargo de entrevistarme.

Ingresé a la facultad de psicología a comienzos del año 2014; llevo aquí como docente de tiempo completo ocho años. De esta experiencia ha sido muy significativo compartir con antiguos profesores que ahora son colegas y compañeros de trabajo. Sin duda, las comunidades académicas son el pilar más importante de cada facultad. Las reuniones que se dan en torno a los procesos curriculares han sido de gran aprendizaje porque, además de ir comprendiendo el modelo pedagógico de la UPB, es en esos momentos en los que compartimos como profesores distintas experiencias y métodos de enseñanza.

Un tiempo después, fui invitada a acompañar un curso de posgrado, y desde ese momento también participo como docente de formación avanzada. De esta experiencia destaco que es un reto que vivo cada semestre porque implica realizar ajustes en los contenidos y tener presente que me dirijo a colegas que cuentan ya con experiencia profesional. Esto mismo hace que, en algunos casos, las dinámicas grupales sean diferentes a las que me encuentro en el pregrado, pero me anticipo a introducir, además, la parte magistral, ese método en donde el estudiante puede tener un rol más activo y en el que previamente necesitar haber realizado un ejercicio de lectura y escritura que permita su participación y debate.

En estos doce años de experiencia docente han sido más los gozos que los desagrados. La satisfacción es la constatación de poder transmitir el deseo de saber a algunos estudiantes, evidenciado no sólo por el interés que demuestran durante las clases, sino por el establecimiento de un lazo que va más allá del aula con preguntas de más, sugerencias de otras lecturas y propuestas de grupos de estudio para continuar abordando algunos temas que se vean durante el semestre, lo cual da cuenta de una transferencia que se establece y crea vínculos. Las insatisfacciones también han hecho parte

de este recorrido y seguro seguirán estando presentes; la mayoría se han presentado cuando la dedicación y el esfuerzo de la preparación de alguna actividad no es asumida con la responsabilidad que se espera por parte de algunos estudiantes.

Hoy es más frecuente encontrarnos con algunos estudiantes que no están acostumbrados a la dificultad y al esfuerzo que implica el saber y, con ellos, se presentan los mayores impedimentos porque aparecen obstáculos académicos y actitudes que a veces son irrespetuosas. En estos casos he aprendido que es fundamental mantener una posición firme. Nuestra labor como formadores de los estudiantes no se limita a lo académico; nosotros también formamos en lo personal cuando sabemos qué responder, qué exigir y cuándo es necesario ceder, pues la escucha hace parte constante del quehacer del docente.

Los docentes que dejan marca son aquellos que logran transmitir ese deseo de saber que, como lo he dicho antes, implica rigurosidad, exigencia y dificultad; pero, ante todo, son los que lo transmiten desde una posición ética en la cual el respeto está siempre presente, respeto que implica límites con los estudiantes en asuntos tan sencillos como qué preguntar y cuándo hacerlo, implica escucharlos cuando nos buscan para hablar sobre una situación personal y orientarlos e implica saber guardar silencio.

Mensaje a la comunidad educativa

A mis compañeros docentes me gustaría decirles que nosotros no somos amos de ninguna verdad. La mejor forma de transmitir un saber, cualquiera que este sea, es desde una posición de aquel que sabe que está en un proceso que es continuo y que nunca termina, es decir, desde una posición que implica un deseo de saber que nunca estará acabado. Esta posición permite situarse ante el estudiante como un par en el sentido que de este también aprendemos a partir de sus preguntas y elaboraciones. Es común encontrar estudiantes que antes de hacer una pregunta afirman que esta puede ser irrelevante, a lo cual siempre respondo que ninguna pregunta lo es porque esto indica la posición de ese estudiante en relación al saber.

Esta posición transmite un deseo que perdura porque no damos cuenta de saberes acabados, un saber se construye permanentemente. Ser capaces de decir “no sé” cuando nos hacen preguntas difíciles, pero salir a leer para comprender y luego aclarar, da cuenta de la posibilidad que se abre ante la duda. En la preparación de mis clases tengo en cuenta las discusiones y preguntas que realizaron los estudiantes, realizo un balance de lo que considero que quedó claro y cuáles pueden ser algunas dudas que aún permanecen en relación con los temas para comenzar en la siguiente clase por ese punto. Hago un esfuerzo para que cada clase siga un hilo conductor con la anterior y con la siguiente, y realizo preguntas que me permitan sondear la comprensión del grupo, obligando un poco a que los estudiantes más silenciosos tomen la palabra.

Creo que esta posición no es forzada cuando estamos atravesados por un deseo de transmisión que tiene asidero en aquello que enseñamos. Ésta es otra cuestión fundamental para los docentes: estar en los cursos que imparten un saber que les interese, es ésta la posición que realmente se transmite en la docencia. Esto me evoca una novela de la escritora antioqueña Piedad Bonnett que se llama *El prestigio de la belleza*, relato que ella misma ha calificado como una autobiografía falsa, en el cual la protagonista, una niña, encuentra en las palabras y la literatura un deseo de saber que le permite sortear las incertidumbres y temores propios de la vida. En un diálogo que sostiene con su tío mientras está leyendo la *Historia del mundo*, éste le pregunta qué época le había interesado, pregunta que desata la siguiente conversación:

La pregunta me sonó absurda, le expliqué que iba en la prehistoria y que seguiría en orden hasta agotar los veinte tomos. —Vas a demorarte en esa empresa lo mismo que los que levantaron las pirámides de Egipto. ¿Y se puede saber qué buscas con eso? —Quiero ser culta —dije, en un susurro, consciente de lo vergonzoso de mi respuesta y esperando que se desatara en carcajadas. Pero no sólo no lo hizo, sino que, muy serio, se quedó mirándome con la barbilla encajada en su mano, en actitud dubitativa.

—Voy a contarte una cosa —dijo—. No está nada mal leer la *Historia del mundo*, que es un libro interesante. Pero eso no te va a hacer más culta sino mejor informada. Son dos cosas enteramente distintas.

Yo me quedé mirándolo mientras acomodaba aquello en mi cabeza. Y él añadió: —Y siento decirte que no hay método para hacerse culto. Ni hay que leer en ningún orden. Lo que hay que hacer es apasionarse por algo. (2010, p. 91)

Esta cuestión del método la pienso tanto para los docentes como para los estudiantes. No hay un orden establecido, no existe uno mejor que otro, lo importante es que, como docentes, hayamos encontrado una pasión por algo porque es esto lo que se transmite. Una última reflexión es si queremos formar estudiantes para que estén mejor informados o si queremos dejar huella, en ellos, de un deseo que perdure.

Referencias

Bonnett, P. (2010). *El prestigio de la belleza*. Penguin Random House.



ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES

Profesora distinguida de Facultad:

Zulima Azeneth López Torres

Facultad de Publicidad

Una apuesta por la humanización de la educación, o de cómo una llegada circunstancial se convirtió en una filosofía de vida

Introducción

Los apartados y líneas que a continuación se presentan solo tienen un fin: abrir una ventana a lo que han sido las experiencias de vida que me han llevado a asumirme desde la docencia. No es pretensión presentar un panorama idílico; solo se busca poner en consideración aquellos elementos que han configurado mi práctica docente desde hace ya veinticinco años y que hoy me definen en el presente y me trazan rutas a futuro.

Una muy corta historia de vida

Soy la primera de tres hijos. Mi madre fue un ama de casa un poco atípica, pues parte de su “vida productiva” la dedicó a trabajar arduamente en una pequeña empresa de confecciones de ropa médico-hospitalaria que teníamos en casa mientras atendía, al mismo tiempo, las labores del hogar. Pero eso vino después de mi primera infancia. Puedo decir que tuve la fortuna de tener una mamá dedicada a mí 100% del tiempo, tanto así que a los cuatro años leía y escribía. Creo que inicié con gran ventaja. Hoy, en su “vejez”, es una mujer que admiro cada vez más, pues su “vida productiva” no se ha acabado; por el contrario, se dedica a explorar su creatividad, convirtiéndose en una artista que crea y busca aprender cada vez más.

Mi papá fue un ingeniero mecánico al que admiré hasta casi el endiosamiento en mi primera infancia. Amaba verlo llegar de trabajar, cansado a más no poder, lavarse, comer, jugar conmigo y luego nos sentábamos él, mi mamá y yo (aun no estaban mis hermanos) a leer un gran libro o el periódico. Siempre que recuerdo esos momentos, pienso en cómo él saboreaba los libros; gracias a eso, leer hasta el límite de la cordura es de las cosas que más me apasionan. Pero lo que más me gustaba de mi padre era que sabía de todo; su conocimiento en varios campos era bastante amplio. Así que,

en algún momento de mi infancia, decidí que sería como él y eso seguro formó mi carácter tan inquieto intelectualmente hablando. Murió en el 2013 por un accidente, pero su legado quedó.

Mi hermana llegó a mis siete años —fue un gran trauma— y mi hermano cuando tenía once; ambos son un par de seres excepcionales que, aunque diametralmente opuestos a mí, son parte de mi fortaleza, y seguimos muy unidos pese a la distancia (viven en otros países).

A pesar de este panorama tan paradisíaco, fui una niña retraída, muy solitaria y bastante introvertida debido a una enfermedad congénita que me incapacitaba permanentemente (de la cual estoy viva por “milagro”) y porque nos movíamos bastante por asuntos laborales de mi padre. Ello me trajo muchos problemas en los procesos de socialización en el colegio y aunque en la universidad la interacción mejoró, mi timidez era tal que me generaba pánico escénico cualquier interlocución en público (lo comento por lo paradójico que es en relación con la docencia).

De esa introversión hoy quedan solo algunos vestigios. No obstante, debo reconocer que ese carácter introvertido contribuyó a forjar mi gusto por el estudio, mi reflexividad permanente, mi sensibilidad por la naturaleza (animales, plantas, ambiente), mi obsesión con la música y la lectura; a disfrutar intensamente de mis hobbies (como la fotografía, el dibujo, la talla en madera, etc.); mis ganas de aprender de todo, desde astronomía hasta cómo sembrar una semilla de rábano; a saborear cada minuto que paso con mi familia humana y animal; a trazarme retos de la índole que sea; a ser feliz con mi cuerpo y mi esencia; a buscar siempre nuevas experiencias que abran un poco más mi comprensión del mundo y la humanidad; al deseo permanente e insaciable de viajar; y, sobre todo, a la construcción consciente de mi código ético basado en el respeto y a la búsqueda de permanecer sana mental y espiritualmente.

Por supuesto que, a lo largo de los años, no solo me desembarqué de la introversión recalcitrante, sino que fueron emergiendo esos otros rasgos mencionados que son lo que hoy me permiten definirme y, sobre todo, sentirme profundamente feliz con mi recorrido de vida, felicidad que impacta mi quehacer como docente. Mientras se pueda, la vida es para disfrutarla, y eso busco transmitirle a mis estudiantes.

Formación Académica y Recorrido Profesional: la Inquietud Constante

Psicóloga por convicción, magíster en antropología por pasión, no-doctora por rebeldía política (invito a una interpretación libre de esta expresión). En esas tres frases se condensan no solo mis particularidades académicas y profesionales, sino también mis claridades y posturas éticas, filosóficas y ontológicas.

Por supuesto que, en el camino, se han integrado otros saberes y experiencias que me han alimentado significativamente en los planos profesional y personal. Tales saberes van desde lo académico, como una formación en educación experiencial y un máster en Museología y Gestión Museal, hasta aquellas cosas cuya única función ha sido llenar mi espíritu curioso, inquieto y negado a concentrarse en una sola cosa (he pasado por carpintería, talla en madera, cerámica, dibujo, fotografía, jardinería, horticultura y un largo etcétera). Todas estas, insisto, han contribuido a formar mi carácter, a ser reflexiva casi hasta la exasperación y, sobre todo, profundamente sensible con todos los seres vivos y que, particularmente, en mi ejercicio de docencia me ha permitido ver en mis estudiantes seres que se están formando como profesionales, pero principalmente como humanos y ciudadanos.

Retomando las ideas iniciales. A mis trece años, con una determinación irrevocable, decidí ser psicóloga, y lo hice en la Universidad San Buenaventura, de la cual egresé en 1994. He de confesar que estaba convencida que podía cambiar el mundo —creo que muchos profesionales recién egresados desean eso más o menos inconscientemente—, pero de manera casi inmediata, me di cuenta de que esto no solo era imposible, sino que era la mayor utopía a la que se puede aspirar, así que me dediqué a mi entorno inmediato.

Inicié trabajando en lo que más me gustaba, la psicología deportiva, pero otro golpe me devolvió a la realidad: el deporte en este país es de “chiste”, no por los deportistas en sí, sino por la manera como se concibe y la estructura político-económica alrededor de esta categoría social. En ese momento lo alterné con el que fue mi segundo trabajo como egresada —psicóloga de la Secretaría de Educación de Girardota—, pero la sensación de incompletitud y, sobre todo, de estar luchando permanentemente con

el sistema político —o, más bien, politiquero— en función del bienestar de los niños me rebasó hasta el hastío.

Luego de estas dos inauguradas, en 1994 comencé una larga carrera laboral de casi doce años en uno de los “hospitales de guerra” de la ciudad: La Clínica León XIII, que por aquel entonces era del ya extinto Seguro Social y que posteriormente se convertiría en Empresa Social del Estado (y que ahora es otro hospital universitario de la Universidad de Antioquia). Se podría decir que formé mi carácter y experiencia como profesional en psicología entre las enfermedades denominadas *catastróficas* que allí se atendían a diario —me dio el “ojo clínico”—, pero la sensación de incompletitud no solo seguía presente, sino que se exacerbaba. A esto se le sumaba que las condiciones laborales eran bastante precarias por el tipo de contrato prolongado en el tiempo.

Paralelo a ello, le empecé a apostar a mi práctica clínica privada y aunque en este contexto la sensación fuera más placentera, no era todo lo que yo esperaba del quehacer psicológico, especialmente porque me generaba muchas preguntas y varias de ellas quedaban sin responder o con unas respuestas tan poco satisfactorias que me desgastaban mucho.

Como mi espíritu inquieto y reflexivo no me dejaba quedarme quieta, durante este tiempo —más exactamente desde 1997— comencé a dar mis primeros pasos en la docencia, por supuesto, en todo lo que tenía que ver con psicología, formando desde lo técnico, pasando por lo tecnológico y hasta lo profesional. ¡Qué aprendizajes! Desde ese momento hasta el día de hoy, salvo unos cortos períodos, no he dejado de ejercer lo que considero mi vocación. Más adelante volveré sobre ello.

Así que, a mitad del camino, decidí cumplir el otro de mis sueños profesionales: ser arqueóloga (sueño que se había ido cuajando antes de egresar del colegio). No obstante, aquí en Medellín no hay formación directa en arqueología, sino en antropología, y luego ya en el proceso académico se sigue la línea arqueológica como tal; así que comencé mi pregrado en Antropología en la Universidad de Antioquia. He de decir que, desde el primer minuto de la primera clase del primer semestre, sentí un amor profundo por ese saber que se comenzaba a develar para mí. No lograba entender cómo había pasado toda mi vida como profesional en psicología desconociendo esta riqueza;

más aún, no entendía cómo un profesional en psicología no contaba con una formación en estos fundamentos esenciales en la comprensión del ser humano como ser cultural, que es sobre lo que se asienta nuestra condición de *homo sapiens sapiens*. Mis preguntas comenzaban a responderse.

Infortunadamente, mis ritmos laborales no me permitían disfrutar plenamente de la academia, y bueno, yo tampoco podía permitirme dedicarme solo a lo académico; sí o sí tenía que trabajar, pues mi familia atravesaba por grandes problemas económicos y yo era el único respaldo. Avanzaba lentamente, y lo más lamentable era que no podía participar en los procesos de salidas arqueológicas, así que la arqueología se fue quedando guardada en lo más profundo de mí; siempre lo he dicho: soy arqueóloga de corazón. En su lugar, el armazón de la antropología cultural me sedujo inexorablemente. De esta manera, cada clase se convirtió en un exquisito banquete que disfruté bocado a bocado. Sin ánimos de ser exagerada, era un despertar a la consciencia.

Así pasé algún tiempo, corriendo desde los pisos de hospitalización de la León XIII al salón de clases y luego otra vez a los pisos de hospitalización, hasta que llegó la hora de salir de ese hospital de guerra; era necesario trascender esa incompletitud. Decidí aceptar un nuevo reto y me fui a hacer algo en lo cual no tenía ni formación ni experiencia: gerenciar administrativa y comercialmente una empresa de capacitación empresarial.

Me fui a trabajar a Aventura en Equipo; así como su nombre, fue una aventura total. Gracias a ello no solo aprendí elementos básicos de administración empresarial (elementos que luego me servirían en otros campos), sino que fue lo que me abrió las maravillosas puertas a la educación experiencial (pues todos los procesos que se hacían con las empresas eran esta metodología), la cual es hoy mi filosofía por excelencia en mi quehacer docente.

Pero no solo fui su gerente; no, eso de estar solo pensando en lo administrativo no es para mí, así que durante los cuatro años que permanecí allí me moví entre gerenciar y ser facilitadora en los procesos empresariales, convirtiéndose en una experiencia y un aprendizaje inconmensurablemente enriquecedor desde todo punto de vista. Fue una época entrañable en la que me divertí hasta el infinito.

Mientras tanto, seguía en mi proceso (más bien, mi delirio) del pregrado en antropología, y lenta pero seguramente me acercaba a obtener mi título; no obstante, en medio del camino, el departamento de Antropología finalmente abrió su primera cohorte de la maestría en Antropología. Mis profesores, conocedores de que ya tenía el otro pregrado, me alentaron a dar el salto. Eso hice. Tuve una mezcla de sentimientos, pues sentía una profunda tristeza por dejar abandonado el proceso universitario que ya había avanzado hasta el sexto semestre, pero a su vez, una gran alegría por lo que pasar a la maestría significaba.

Comencé mi formación de posgrado en 2007, y el enamoramiento de esta disciplina solo tenía movimientos ascensionales (aún es así), lo cual me ratificaba que ese era y es mi lugar. Por supuesto, no desdeño a la psicología, y es claro que una vez psicóloga, por siempre psicóloga; pero también es claro que mi corazón y mi mente le pertenecen a la antropología.

Tuve la buena estrella —bueno, me ayudó bastante el que ya tuviese una publicación sobre sistematización de experiencias significativas— de haber sido seleccionada como becaria adscrita a un proyecto de investigación de la Facultad de Enfermería de la misma Universidad de Antioquia. La directora de este proyecto era una doctora en salud pública y siempre he considerado que tuve en ella una maestra excepcional en procesos investigativos. Gracias a su acompañamiento y a todos los otros fundamentos de investigación que obtuve en la maestría, hoy puedo decir que mi formación como investigadora es bastante sólida, cosa de la cual me siento profundamente orgullosa.

En mi camino de formación, en el segundo semestre de 2009, me incorporé a la Universidad Pontificia Bolivariana como docente cátedra para el curso de Antropología Cultural de la Escuela de Ciencias Sociales. ¿Me podía pasar algo mejor? Imposible.

Me gradué de mi maestría en 2010, y literalmente al día siguiente, me dirigí a la decana de Ciencias Sociales de ese entonces. Le manifesté mi deseo de involucrarme en más procesos en la universidad, y ella me encaminó a la Facultad de Publicidad porque debido a las casualidades de la vida, se requería un perfil como el mío. Me presenté, hice el proceso y pasé. Un nuevo reto emergía: no tenía la más remota idea de la publicidad,

pero, aquí estoy desde hace doce años y puedo decir que hago parte de una comunidad académica enriquecedora hasta la excelencia misma. Aunado a ello, esa profunda inquietud intelectual que siempre me ha acompañado, lejos de menguar, ahora es mayor; cada día es un reto distinto, cada día quiero saber de algo más, cada semestre se me plantean nuevas cosas y yo solo puedo dar gracias al universo por ponerme en este camino.

En la UPB, pero especialmente en mi comunidad académica, he sentido una profunda valoración por mis saberes y mis experiencias limitadas. Esto ha llevado a que no solo pueda poner al servicio de los estudiantes mi conocimiento y mi pasión por la antropología misma desde los cursos en pregrado, especializaciones y maestrías día tras día, sino que también he podido gestar, poner en marcha y liderar proyectos importantes como la maestría en comportamiento del consumidor y el primer museo de la publicidad en Colombia, siendo este último una de las mayores demostraciones del impacto de la educación experiencial en los procesos educativos, sean estos de la dimensión que sean¹.

Hoy veo este proceso en retrospectiva y pienso que cada paso dado solo ha servido para nutrirme intensamente. Me sigo nutriendo, por supuesto, solo que los “alimentos intelectuales” que ahora consumo vienen de muy diversas fuentes, de áreas que jamás creí que exploraría o que habían instaladas en el deseo. Esto me ha llevado a embarcarme en proyectos personales de gran envergadura, pero siempre enmarcados en la pedagogía, tales como el apostarle a escribir la historia de Colombia en cómic para públicos de todas las edades (en especial la infantil).

Otras tantas experiencias se podrían entretener en este relato profesional-laboral, pero son anexos. No obstante, no por ser anexos dejan de ser importantes, pues me han reiterado que esto del echarle cabeza a lo que es el Otro desde las dimensiones psicológica, cultural, educativa, histórica, estética, etc., ha sido y es mi lugar ontológico.

1 El Museo de la publicidad es la estrategia pedagógica-didáctica-evaluativa preponderante en el curso de Historia y Consumo.

Experiencia docente: la humanización de la educación

Como lo expresé anteriormente, mi experiencia docente comenzó hace ya veinticinco años. Ese inicio fue como el de muchos que llegan a la docencia: por accidente, por azar o por necesidad, pues, aunque pueda existir el deseo, el conocimiento o se sienta la vocación, es claro que no hay una formación para enseñar saberes específicos en un nivel profesional. Me explico: los psicólogos se forman para ser psicólogos y los antropólogos para ser antropólogos, pero no para ser docentes, y cuando se asume esta función es, en esencia, desde la intuición. Posterior y eventualmente, se hacen ajustes con formaciones largas o cortas que ayudan a perfilarme y eso mitiga la miopía con la que se llega a los primeros cursos en la vida docente; no obstante, es claro que formarse como tal es un proceso que se hace mientras se ejerce.

En tal sentido, yo fui una gran miope cuando me enfrenté por primera vez a un grupo; confieso que hasta me aprendí de memoria lo que dictaría en el curso. Por supuesto, esa torpeza fue menguando con el tiempo, pues ya no necesito aprenderme de memoria lo que deseo enseñar, y aunque cada vez que comienzo un nuevo curso me invade una cierta ansiedad, es un espacio que me llena profundamente; sin temor a la exageración, cada clase es un despliegue de adrenalina que busco transmitirle a mis estudiantes. No siempre lo logro, pero nunca lo dejo de intentar.

No obstante, creo necesario hacer énfasis en mi formación en la educación experiencial como elemento fundamental en mi proceso de crecimiento y fortalecimiento. Como bien se sabe, este es un tipo de educación que se fundamenta en el principio del Aprendizaje Significativo de David Ausubel. Desde ese momento, ello se convirtió no solo en una metodología, sino en *mi* filosofía de vida. Eso transformó por completo mi percepción de la docencia y, por supuesto, mi quehacer desde ese lugar; a partir de ese conocimiento e incorporación metodológica, comprendí que el proceso de enseñanza y aprendizaje tiene que estar atravesado por el disfrute, la diversión, la alegría y el amor profundo, ya que es la vía más expedita para la reflexión y la incorporación de lo que se desee enseñar. No se me interprete que debamos ser payasos ni mucho menos; solo es la *humanización de la educación*.

La educación experiencial me dio una herramienta aún más valiosa: la empatía y la sensibilidad con mis estudiantes. Sin dejar de lado la rigurosidad y la exigencia que se requiere para la formación de un profesional integral, me permito comprender las particularidades de mis estudiantes y, en el caso que se requiera, no dudo en establecer estrategias diferenciales que les ayude con sus procesos de aprendizajes y hasta con sus procesos personales; estoy convencida de que necesitamos enterrar de una buena vez la vieja frase con la que nos educaron a muchos: “La letra con sangre entra”.

Nuestra labor como docentes, además de enseñar un acervo de conocimientos especializados, es dotar a los estudiantes de recursos emocionales y afectivos para afrontar a un mundo cuyas condiciones agrestes les impelen a ser más fuertes, más competitivos, más, más, más... sin posibilidad o permiso de fracasar, o con castigos sociales severos si así sucede. Es necesario comprender que antes que estudiantes, tenemos sujetos con una gran vulnerabilidad desde todo punto de vista, y si queremos seres humanos y ciudadanos éticos, empáticos, respetuosos y responsables, se requiere, insisto, la humanización de la educación.

Hoy han pasado veinticinco años de docencia. Creo que mi cuenta de estudiantes va por unos cuantos cientos (desde las técnicas hasta las maestrías). Cada curso me representa un reto. He aprendido (y sigo aprendiendo) más de lo que he enseñado, y hoy me lleno de una profunda emoción cuando me encuentro con alguno de esos chicos, egresado o no, que me abraza y me dice: “¡Cuánto disfruté la clase contigo!”.

La vida ha sido muy generosa conmigo y por eso le doy gracias infinitas por haberme permitido llegar “accidentalmente” a la docencia. No hay mejor lugar en el cual pueda poner todo mi empeño en ayudar en esta construcción (y deconstrucción en el sentido derridasiano) de una mejor sociedad.

Palabras finales: No son la “generación de cristal”

En los últimos años he venido escuchando con mayor frecuencia la expresión “generación de cristal” para referirse a los estudiantes y, en general, a los jóvenes de hoy. Debo confesar que cada que escucho dicha expresión me

genera un profundo malestar. Este malestar va en dos sentidos que quiero desarrollar muy sucintamente y a manera de interrogantes deliberadamente provocadores, solo con el fin de generar unos mínimos reflexivos.

En primera instancia, se dice de ellos que son “de cristal” porque cualquier cosa los rompe. Ello es relativo, pero supongamos que sí, que se rompen con cualquier cosa. Preguntémosnos entonces: ¿se les dieron las suficientes herramientas emocionales para afrontar el mundo, cuando sus padres, que muchos son de nuestra generación, estuvieron en gran medida ausentes? ¿Se les enseñó a lidiar con la frustración y el fracaso desde niños? ¿Se les enseñó desde la empatía y el respeto por el otro? ¿Se les ayudó en su construcción de autoconfianza y afirmación como sujetos participantes de una sociedad con derechos y deberes? ¿Se les consoló la tristeza, se les comprendió su ira y se les acompañó el miedo (todas emociones de *emergencia vital*)? ¿Se colocaron límites desde la convicción y el razonamiento o desde la prohibición y el castigo? ¿Cómo fueron fortalecidos para que no se rompieran ante los vaivenes de un mundo social (real y virtual) complejo? ¿El amor, la seguridad y la alegría (emociones sanas) fueron alentadas? ¿Fueron (o son) sanos los núcleos familiares de estos chicos? Seguramente se caerá en la tentación de decir que muchos de nosotros pasamos por cosas muy duras en nuestra niñez y juventud y hoy “estamos bien” o “no nos quebramos” (y aquí cabría una pregunta más: ¿estamos realmente bien?); pero no teníamos la cantidad de estímulos ni la cantidad de exigencias en relación con la competitividad para afrontar un mundo voraz en el cual, desde todos los frentes, el mensaje es “si no estás a la vanguardia, mueres”.

En segunda instancia, ¿se rompen? Sí, claro, como todos los seres humanos de hoy, ayer y mañana, adultos, niños y viejos. También es claro — y las estadísticas lo demuestran — que hoy la salud mental de los jóvenes está en condiciones preocupantes por el aumento de los trastornos de ansiedad, depresión, consumo de sustancias psicoactivas y un sinnúmero de otros problemas que limitan o afectan sus interacciones sociales, sus rendimientos académicos o que hace que se desmoronen ante las exigencias que les hace el mundo. No obstante, están aquí, dando la pelea, enfrentando y enfrentándose con lo mucho o lo muy poco que tienen, entonces ¿qué tal si en lugar de ver en ellos una generación que se rompe, comenzamos a verlos

como una generación de valientes que, a pesar de todas las falencias y vacíos emocionales que tienen, son capaces de salir a enfrentar ese mundo? ¿Qué tal si en lugar de una larga crítica, comenzamos a virar la mirada que tenemos sobre ellos? ¿Qué tal si en lugar de posiciones de poder, retomamos el rumbo de la real esencia de la docencia, la de acompañar y guiar tanto en la formación profesional como en la de sujetos individuales y colectivos?

A esto le llamo *humanizar la educación*. Esa es mi apuesta.



ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

Profesor distinguido de Escuela:

José Mario Cano Sampedro

Facultad de Educación

Ser profesor

Todos tenemos un comienzo

Hablar de mi trayectoria de vida es todo un reto, pues implica no solo recopilar los hechos importantes que han marcado mi ser y mi manera de ver y entender el mundo, sino, además, reconocer cómo me he configurado como profesor, cómo me formé, cómo llegué a ser lo que ahora soy, cómo fundé mi estilo, como dice Mario Benedetti en *Fundación de un recuerdo*.

Todo parte de mi familia, de unos padres colmados de virtudes y valores, que me forjaron bajo el tesón de la responsabilidad, el respeto y el amor por lo que se hace: una madre hecha de amor y de ternura, cuyo nombre la describe tal como la llama mi esposa: Ángel(a); un padre dedicado a su familia y a su trabajo para “levantar” los hijos; cuatro hermanos con quienes construí una cofradía de felicidad, o más bien tres: una con mi hermano mayor para las andanzas y las aventuras, otra con mis dos hermanos menores para la protección y el cuidado, y una tercera, con mi hermana, de emoción, sensibilidad y novelería (veíamos novelas).

El centro de la vida variaba constantemente: la calle, el juego, la música y las tareas, tanto del hogar como de la escuela. Volver al hogar, en la memoria, solo me llena de nostalgia, de ese *dolor bonito* que describe Jairo Aníbal Niño.

De igual manera, mis abuelos paternos: un abuelo músico, empírico y encantado con el llanto de las cuerdas, que daba clases de guitarra sin haber pasado por la academia; una abuela, matrona en todo su esplendor, que lideró a la familia: líder social, comerciante, cocinera, modista, profesora de este arte, homeópata, actriz, cantante (cuya voz prodigiosa disfrutábamos en cada encuentro familiar), y que hacía una café con un sabor que siempre llevo en la boca, sobre todo cuando escucho la canción *Qué lejos* de Francisco Céspedes: “el humo del café que nos detiene a veces... siempre será mejor el que la abuela hacía”.

Siempre es maravilloso volver al hogar, a esos primeros veintiséis años de mi vida.

De la familia que conformé con mi esposa, Magnolia, y mi hijo, Juan José, tengo los veintinueve años restantes de mi vida, la configuración como esposo y como padre fueron otra escuela de formación. La perseverancia en las acciones, la lealtad en la convivencia, el orden de las cosas y de la casa, el apoyo constante, el diálogo cotidiano. El reconocimiento de las cosas grandes, poco importantes; pero mucho más el de las pequeñas cosas, fundamentales para la vida: el amor, la ternura, el abrazo, la risa, el llanto, el aprendizaje de la felicidad, que me mantiene cautivo y que me permite vivir a Amado Nervo cuando dice que: “La felicidad es como la neblina, cuando estamos dentro de ella no la vemos”, con la salvedad de que yo la veo, y tiene el rostro de mi esposa y de mi hijo.

De mis padres, de mis hermanos, de mis abuelos, de mi esposa y de mi hijo tengo embebida el alma: yo soy ellos adonde quiera que vaya. A ellos debo mi relación cercana con la palabra, con la música, con el arte, que siempre llevo a mis clases. También les debo mi actitud reflexiva ante la vida y la relación con los otros desde el afecto, la mirada, el discurso y el abrazo.

Por ellos creo en la humanidad, en el hombre, en el otro, en el estudiante, en el colega, en la bondad de todos, en el pensamiento, en la palabra; creo en lo que hago, en lo que soy cuando me paro al frente, en un salón, a dar una clase. Por ello, como educador disfruto del trabajo de ser formador, disfruto ser compañero, ser empleado; por eso asisto feliz al trabajo, me gozo preparar y dar clases, las que vivo desde el ser y el hacer.

La alegría que me caracteriza viene de la familia, pero la he cultivado y prodigado en los espacios que habito; por ello no me amilano ante la seriedad de la vida y le busco el mejor partido desde el lenguaje con el humor, pues nada más gracioso que una palabra descontextualizada, o bien utilizada con toda la intención, como suelo hacerlo en mis clases, expuesto a la aprobación o a la burla de mis estudiantes, que igual me tienen sin cuidado porque todo lo baso en los juegos de lenguaje.

El camino

Mi proceso de formación ha sido de constante avance y aprendizaje, nunca termino de hacerlo. De mi infancia tengo remembranzas de dos escenarios

maravillosos, en el municipio de Caldas: el kínder de doña Juventina y la Escuela Urbana de Varones Federico Ángel. En ambas tuve, creo yo, los cimientos de mi profesión, pues conocí unos profesores muy significativos en mi aprendizaje, que emulo en mis clases constantemente. Vienen a mi mente sus nombres y sus clases mágicas: Luz Estella y Nohelia Rico Santamaría, y Rosalbaba Rivera Viuda de Piedrahíta; en ellas todo giraba en torno al lenguaje —cuentos, poesía, rondas, adivinanzas, retahílas—. Aún me parece estar en aquel inmenso salón, moviendo los pupitres hacia las paredes para tirarnos en el piso a escuchar los relatos maravillosos de ensoñación que nos llevaban lejos de allí, a nuestra fantasía, a nuestra imaginación: El renacuajo paseador (RinRin), La pobre viejecita, Los cinco hermanos Liu, el gato con botas, Blanca Nieves, Caperucita Roja, El árbol, Las memorias del maíz, etc. Así pasaron los primeros cinco años de mi aprendizaje.

Luego el colegio José María Bernal. Allí estuve tres años: 1º, 2º y 3º de bachillerato. Esa fue otra época en la que el aprendizaje se centró más en la lingüística. Hay tres profesores importantes en esta época: una, de quien no recuerdo su nombre, pero que pasaba del rigor de la gramática a la flexibilidad y sensibilidad de las Vocacionales con una sorprendente facilidad. Orlando, que nos instigaba con la Real Academia y con el análisis literario soso reducido a un formato intrascendente sobre los libros que ni leíamos. Y Ángela, una profesora de Historia, encantadora, que nos trataba muy bien y se preocupaba de que conociéramos nuestros orígenes, pero sobre todo de que nos expresáramos bien de manera oral y por escrito; decía que eso hacía una diferencia significativa en las personas. En el grado 3º de bachillerato apareció un interés particular por la escritura y empecé a hacer ejercicios de invención de historias y de generar algún verso para tratar de construir un poema.

Para el grado 4º me fui a estudiar al Seminario Menor de Medellín, en la vía a Las Palmas, llegué al mejor escenario educativo que he tenido en toda mi vida: la infraestructura, el espacio campestre, la calidez humana de cada uno de sus empleados, los tiempos y los ritmos de las clases que compartían el cultivo del espíritu, del intelecto, del arte; y del cuerpo, por medio del deporte.

Este es un hito en mi formación escolar y no puedo dejar de nombrar a mis maestros de vida, que me dieron las bases y la estructura de muchas de

mis acciones como profesor: Elkin Arango, Rubén Darío Villegas (QEPD), Hugo Castaño (QEPD), David Estrada (QEPD), Leonardo Ceballos, Óscar Alzate, Luis Fernando Escobar, Ómar Piedrahíta, César Muñoz.

La sabiduría y la búsqueda de conocimiento constante en los profesores del bachillerato, así como el factor humano en la formación del ser y del saber para el hacer. La cercanía, la orientación, el acompañamiento constante desde lo académico y lo personal para gestar seres humanos que sirvieran a la sociedad.

Pero merece capítulo aparte el profesor Luis Carlos Cano Velásquez, profesor de Español y Literatura, en los grados 10° y 11°. Un maestro en toda su expresión, un hombre que me hizo amar la lengua española y la literatura. Sus clases eran únicas, pues pasábamos de la comprensión de la lengua con ejercicios de oralidad y escritura, que nos hacían tomar conciencia del uso preciso del español, hasta las aventuras literarias de escucharlo durante largas horas, mientras nos contaba *El Hobbit* y *El Señor de los anillos*, y luego nos proponía la lectura de cuentos de Borges, Cortázar y Poe para que los relatáramos en la clase a nuestros compañeros.

Estas son solo algunas de las maravillosas estrategias que utilizaba en clase. Pero lo que más me impactaba de su labor de maestro era el gusto, la pasión, la emoción con las que hacía cada una de las actividades que llevaba al aula de clase y el respeto por nosotros, sus estudiantes. Eso a muchos nos hizo enamorarnos de la literatura y a otros, como a mí, enamorarnos de la enseñanza, fue por eso que cuando me presenté a la Universidad solo tuve dos opciones: Licenciatura en Filosofía y en Español y Literatura, y para mi fortuna, pasé a la segunda, en la Universidad de Medellín., en Belén Los Alpes.

Allí inicié la licenciatura; solo estuve dos semestres, pero en ellos conocí otro profesor que desbordaba pasión por la literatura: Mauricio Vélez, quien nos llevó por los caminos de la novela a partir de la lectura de un cuento: *Continuidad de los parques*, de Julio Cortázar. Si hay algo que recuerdo de él era su teatralidad al hablar de las obras y de los conceptos. De igual manera, conocí al escritor Mario Escobar Velásquez, quien dirigía el taller de escritores de la Universidad, al que me inscribí para hacer mis pinitos como escritor. Con él todo eran relatos de aventuras y de juegos

lingüísticos para llegar a los diversos ejercicios de escritura, y uno de los que más recuerdo: la invención de palabras para contar una historia que nadie comprendiera, solo el autor.

Proseguí mis estudios en la Universidad Pontificia Bolivariana, en la sede de La Playa, en la Licenciatura en Lingüística y Literatura, en esta hubo una conexión total con los profesores, lo que me hacía ratificar mi decisión por la enseñanza. El despliegue de profesores fue maravilloso, pues cada uno tenía una riqueza que nos legaban en cada paso por el aula: Jorge Echavarría y su facultad para vincular la literatura con el arte y el cine. Marcos Mejía con su enorme sensibilidad para llevarnos a la lectura infantil. Guillermo Echeverri con su elocuencia y su rigor personal y literario. Clemencia Ardila y su exigencia en el análisis y en la escritura. Sonia López, la lingüística hecha dulzura. Mónica Ayala y el reto de una mejor escritura. Clara Beatriz Uribe, la pronunciación y la oralidad hecha pasión. Beatriz García, y su metodología amable de investigación. Víctor Villa y su risa lingüística, Miguel Carrero y su fonética paisa. Tarsicio Valencia, su música y su poesía que nos hacía soñar. Julio Sampedro y los viernes de noches poéticas... mis profesores, mis maestros, mis formadores. Preparado por ello me fui a las aulas a enfrentar la docencia...

Unos años después de ser docente en varias instituciones educativas sentí la inmensa necesidad de recuperar mi condición de estudiante y quise volver a sentarme en las aulas y a sentirme, otra vez, como en mis años de aprendiz. Volver al salón de clase fue, de nuevo, un reto. Empecé la Especialización en Literatura, producción de textos e hipertextos. En este nuevo proceso tuve otros referentes para reafirmar la cercanía con mi profesión, pero más orientada hacia la literatura.

Estar en clase con Sergio Pérez, Juan Carlos Echeverri, Miguel Ángel Ruiz, Óscar Hincapié, Luis Arturo Giraldo, Juan Diego Parra, Guillermo Echeverri, Federico Medina, fue una *experiencia* en el sentido preciso de lo que dice Jorge Larrosa en su texto *La experiencia de la lectura*. En sus clases tuve otras experiencias: la deformación de los vicios adquiridos en mis aprendizajes; la transformación de mi relación con la docencia, con los estudiantes y con los libros; la formación de una nueva forma de ser profesor. En este período mi relación más significativa fue con los libros,

en especial uno que me acompañaba en mi reflexión del hipertexto: *Opio en las nubes*, de Rafael Chaparro Madiedo, a partir del cual construí mi ejercicio final de la especialización, con la orientación, la compañía y la complicidad responsable, exigente y generosa del profesor Óscar Hincapié.

Además, tuve la oportunidad de compartir con otros maestros en proceso de formación, que me enseñaron tanto como quienes servían los cursos. En especial recuerdo a Inés Posada, quien con su sensibilidad poética terminaba dándonos clase de la profundidad simple de las palabras y del reconocimiento fundamental de los sentidos para la literatura. Allí también estaba mi compañero Richard Uribe, quien nos aproximó a lectura, en Inglés, de Poe y de su Anabelle Lee.

Y mi último ejercicio educativo, la Maestría en Educación, con énfasis en ambientes de aprendizaje mediados por TIC. Esta fue otra dimensión de la formación, mi interés por las TIC había aparecido muchos años antes, pero ahora tenía la oportunidad de estudiarlas para vincularlas a mi ejercicio docente. En ella tuve como profesores a mis compañeros de la Facultad de Educación: la maestra María Elena Giraldo, que lideraba el énfasis y dirigía el grupo de investigación Educación en Ambientes Virtuales. Gloria Álvarez, cuyo rigor investigativo marcó el trabajo de grado. Andrés Peláez, quien fue un orientador y asesor siempre dispuesto y cercano. Lina Cano, que nos ayudó a salvar del naufragio investigativo. Mercedes Vallejo, apasionada de la evaluación y de la escritura hipertextual. Todos compañeros, colegas, formadores; de quienes aprendí a ser más profesor.

En cada nivel hubo una huella importante, dejada por el oficio de verdaderos maestros que se han convertido en un referente y en un reto para mi ejercicio profesional. Cada una de sus palabras, actividades, ejercicios, trabajos, fueron un reto del cual salí con nuevos conocimientos y nuevas disposiciones para el aula de clase, para mis estudiantes. Con ellos comprendí, después de muchos años, que uno se forma para sus estudiantes, no para uno, y que el verdadero sentido de los saberes está en lo que se adquiere para brindar y orientar a los jóvenes que se sientan en el aula, que esperan a alguien que los acompañe en el camino del aprendizaje.

Las experiencias

Llegué a ser docente por el ejemplo de un gran maestro: Luis Carlos Cano Velásquez, como ya le referí, mi maestro de español y literatura en el Seminario Menor de Medellín, quien me llevó al español y a la literatura de una manera diferente, desde su experiencia, desde su goce, desde su disfrute, más allá de los estructuralismos, de los formalismos y de todos los ismos. Fue con él con quien emprendí el camino de la lengua como una experiencia, muchos años antes de que Larrosa escribiera su ya citado libro *La experiencia de la lectura*.

Con él descubrí, además, la magia de las palabras, la riqueza de su esencia, la grandeza de su simpleza para construir el universo humano y darle al mundo la medida precisa en el dibujo de los trazos que las configuran, que abren la mente y el espíritu para convertirse en imágenes que trascienden el lenguaje.

También hubo una experiencia en particular que definió mi quehacer docente. En un momento de la vida suspendí el estudio de la licenciatura y decidí trabajar. Lo hice en tres empresas diferentes, durante un año. Y al estar sentado allí, frente a un gigantesco animal mecánico que producía accesorios eléctricos, ante unos muebles de acrílico que debía pulir hasta dejarlos transparentes y al ser utilero de un mecánico industrial, comprendí la inmensidad de los libros, de las letras, de las palabras, del discurso, de los libros, de la academia, de la escuela. Fue así como volví a mi punto de partida: estudiar la licenciatura para enseñar, para ayudar a otros... Me tocó asumir el reto de trabajar y estudiar, que me forjó en la disciplina de los ritmos y los tiempos para responder a ambos asuntos, sin desfallecer en ninguno.

Este trabajo fue como caído del cielo. Me cayeron libros del cielo y aprendí a hacer "*biblioteca*"; fui bibliotecario del Seminario Menor de Medellín durante cuatro años y de la mano de Melvil Dewey y de su sistema de clasificación decimal, recorrí introducciones, presentaciones, prefacios, prólogos, tablas de contenido, reseñas, en fin, varios de los componentes de la diversidad de libros que llegaban a la biblioteca para clasificarlos y llevarlos a los entrepaños metálicos que formaban parte de aquel maravilloso espacio.

Posteriormente, cuando era estudiante oficial de la licenciatura en la UPB me invitaron a ser parte del grupo de docentes, fue así como empecé a alternar entre cuidar, prestar y clasificar libros a llevar estos mismos a las clases. Siempre tratando de poner en contexto lo que veían en mis clases universitarias. Este ejercicio alternado, entre salón de clase y biblioteca, fue una gran escuela para mí. Cuatro años después, el Pbro. Nazareno Sánchez, por quien había llegado a estudiar al Seminario, y que era rector del Colegio de la UPB, me llamó para que trabajara allí, era el año 1991, el último de mi formación profesional.

El colegio de la UPB fue el escenario en el que puse a prueba mi formación, mi primera clase fue el 16 de mayo en el bloque 6, piso 3, grupo 7°A, imposible de olvidar. Trabajé durante 6 años allí, recorrí todos los grados y fui director de grupo. Una de las actividades más significativas de mi paso por el colegio fue el festival de poesía, en el cual trabajábamos durante todo el año con un grupo de estudiantes que preparaba la puesta en escena de un poema para presentarlo en la Semana Bolivariana.

De la misma manera que fui invitado a trabajar en el colegio, recibí la oferta para laborar en el ámbito universitario, en el Centro de Lenguas, fue así como pasé a formar parte del grupo RCL (redacción y comprensión lectora), un curso que se ofrecía a todos los programas de la universidad, allí tuve grandes aprendizajes de mis compañeros: Olga Arbeláez, Adriana Álvarez, Sonia López y Clemencia Ardila, Arcadio Castaño, Francisco Vanegas, Guillermo Correa, Juan Fernando Saldarriaga, Laura Pineda. Entendí la diferencia entre el trabajo en bachillerato y el pregrado, la exigencia, la demanda, la necesidad de estar actualizado. Comprendí que empezaba a ser parte de otra cofradía, de un grupo maravilloso de seres humanos que tenían mucho conocimiento y del cual debía aprender a diario. También entendí cómo funcionaba la relación con jóvenes más cercanos a mi edad y que la autoridad era un asunto del saber, no del rol, como sí ocurría en el colegio.

Tres años después., por cambios de orden administrativo, pasé a la facultad de educación, al área de español y desde entonces he estado ligado a este maravilloso oficio de formar los futuros maestros, con el compromiso de orientarlos para que hagan su docencia como yo lo aprendí desde el ser, primero, y desde el saber, después.

Luego de 31 años de trayectoria en la Universidad tengo la satisfacción de mi formación. La fundación de mi estilo. Tengo varias distinciones sin diplomas, sin escudos, sin bonificaciones, en muchos lugares: un teatro, un cine, un supermercado, la calle, una sala de espera, un hall... personas que se acercan y me llaman por mi nombre y recuerdan esas clases, esas experiencias de formación que vivimos juntos en las aulas de la UPB. Esas que valen por el recuerdo, por la gratitud, por la palabra, por la felicidad del reencuentro y que, absolutamente nada, puede pagar.

La invitación

Para terminar, quiero decir que la docencia no es una vocación, no es una profesión, no es un oficio. La docencia es un estilo de vida, es la consolidación del ser humano, es la formación del profesor, la constitución del conocimiento, es la formación de un hombre que busca su proyección en otros que lo escuchan, lo siguen y tratan de llegar a su condición. La docencia es el mejor ejercicio de empatía, es la mejor manera de aprender para enseñar a aprender. La vida de un docente son sus estudiantes, sus clases, el aula, la interacción, la palabra, la conversación dentro y fuera del aula...



ESCUELA DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Profesora distinguida de Escuela:

Lina Marcela Estrada Jaramillo

Facultad de Derecho

Historia De Vida

Aquel uniforme de cuadros negros y blancos fue mi anhelo desde los tres años de edad porque mi hermana Isabel Cristina siempre lo llevaba puesto. Esperaba con ansias cumplir los seis años para iniciar a estudiar en el pre-escolar de la Normal Superior Antioqueña para formarme como maestra, mujer y líder capaz de influir en su medio y transformarlo.

En aquella época, todo lo que hacía Isabel quería imitarlo; al fin y al cabo, era mi hermana mayor: la forma cómo se vestía, jugaba y aprendía las tablas de multiplicar para cuando se las preguntaba mi madre, Lucía, la hiciera quedar mal ¡Mira que Lina se las aprendió primero! Su ejemplo de responsabilidad y dedicación al estudio llevó a que cada año nos compararan las profesoras del colegio, pero yo tenía la vara muy alta para alcanzar su excelencia, y para mi fortuna, eso trazó un camino para lograr lo que soy hoy.

Mi madre siempre fue la maestra más innovadora y creativa porque se ideaba canciones, coplas, trovas y semejanzas entre las palabras para que mi hermana y yo aprendiéramos las lecciones; pero también porque todos los días camino al colegio nos mostraba el Cerro Pan de Azúcar para identificar el camino de ascenso del año escolar hasta llegar a la meseta, que era la meta; aprendizaje que también aprendimos de mi padre, Arnulfo: “Siempre con paso lento pero seguro”.

El colegio fue un espacio para compartir con mis amigas, quienes han sido un tesoro en mi vida; con ellas preparaba las clases que debíamos impartir para las pequeñas de preescolar y de primaria, hacíamos carteleras, organizábamos obras de teatro como la del *Maestro Ciruela*, en la que personifiqué al profesor Teófanos con el cabello esponjado, un vestido de colores y un loro enjaulado que lo acompañaba. De esta obra aprendí la importancia de enseñar desde lo humano, salirse de lo cotidiano para revolucionar el proceso de enseñanza-aprendizaje a través del juego, la solidaridad y la amistad.

En 10° y 11° pedagógico, además de prepararme como profesora, tuve un maestro llamado Eddison Durango que me motivó para que estudiara química; no le hice caso, porque quería ser abogada para aprender de leyes

y defender a todos los niños, especialmente a los que salían en televisión antes del noticiero de las siete de la noche en el espacio “Los niños buscan su hogar”. Me motivaba, además, ver las series de televisión que mostraban al abogado en los juicios orales, la destreza para manejar los casos, sus argumentos y alegatos para defender las causas ajenas como propias.

En mi último año del colegio busqué una universidad que me ofreciera, además de la formación profesional e integral como abogada, oportunidades en el campo profesional de la investigación y la docencia. En la Universidad de San Buenaventura encontré la posibilidad de vincular estas dos pasiones de mi vida, con la fortuna que el decano Juan Guillermo Sánchez me permitió ser docente luego de graduarse de la primera promoción de abogados con este perfil profesional. Allí, en mi *alma mater*, inicié mi experiencia profesional en docencia con funciones administrativas: fui decana (creo que fui la más joven del país con tan solo veintisiete años), coordinadora del Programa de Derecho, jefe del Área de Derecho Privado y directora del consultorio jurídico y del centro de conciliación.

Mi maestra en el derecho, María Cristina Gómez, me invitó a vincularme a la Universidad Pontificia Bolivariana en el año 2009 para la creación de las prácticas corporativas, las que permitirían un vínculo de los estudiantes con la empresa privada. Me motivó encontrar un nuevo espacio en la universidad para continuar mi formación personal y profesional, y aportar con mi conocimiento y experiencia a la formación de abogados bolivarianos en pregrado y posgrados. Fue así como hice parte de grupos de trabajo que crearon la maestría en Derecho y el pregrado de Derecho en la seccional Palmira y aporté a la construcción del Reglamento de Prácticas de la Universidad por encargo del Pbro. Jorge Iván Ramírez, quien fue uno de mis mentores y de quien aprendí un enfoque de educación centrado en la formación del ser.

En estos trece años en la Universidad siempre he tenido las ganas de seguir aprendiendo, porque los maestros son los que más aprenden en el aula de sus estudiantes. Cada semestre me matriculo en dos o tres de los cursos de cualificación docente ofrecidos por la Dirección de Docencia, pues el camino a la excelencia viene de un aprendizaje constante y permanente para la actualización en contenidos, la aplicación de nuevas metodologías

de enseñanza-aprendizaje y la adopción de nuevas habilidades para las necesidades del contexto.

En este camino he tenido muchos logros personales y académicos; pero, sobre todo, he sentido la alegría de compartir y aprender de mis amigos, compañeros y colegas de la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas y de otros programas, como Trabajo Social y Psicología. Ellos me han permitido ampliar la mirada a través de la investigación en el derecho de familia y al derecho de los niños, áreas jurídicas que me apasionan y en las que apporto como miembro de la Red Universitaria en Programas Familia de la ciudad en representación de la Universidad.

Precisamente la psicología ha sido una disciplina muy cercana a mi vida; mi compañero, amigo y esposo, Carlos Marín, psicólogo clínico, me ha orientado para abordar los conflictos familiares que asesoro como abogada de familia y ha promovido hábitos para mi salud mental desde la alimentación, el ejercicio y la meditación, pilares indispensables cuando mis fuerzas y ganas se rinden por dificultades, problemas cotidianos y una que otra pandemia.

Y es cierto que, porque los abogados tenemos poca tolerancia a la frustración, todo lo queremos ganar, pero en la vida no siempre sucede lo que se quiere; este es uno de los aprendizajes que más les reitero a mis estudiantes del Semillero de Investigación de los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes: “Si pierdes, cómete un helado de chocolate, reflexiona sobre lo que pasó y qué aprendiste de esa experiencia. Mañana será otro día para dar lo mejor de ti. Lo que pasó y cómo lo enfrentaste es lo que te define en el futuro”.

Ser docente de una de las mejores facultades de derecho del país, acreditada en alta calidad, implica ser responsable de formar abogados en el sentido de lo ético, del interés público y de una enseñanza centrada en competencias y el relacionamiento de la disciplina jurídica con otros saberes. Es esta enseñanza debe primar una actitud participativa y dialógica en búsqueda de una formación integral en un país con una creciente oferta de formación jurídica¹.

1 De acuerdo con Gaviria y Londoño (2022) existe una sobre oferta tanto de educación jurídica como de abogados en Colombia: “126.000 personas matriculadas en casi 200 escuelas de

De allí que quisiera compartir dos experiencias significativas en mi experiencia como docente del curso de Derecho de Familia para cumplir con los mencionados propósitos en este espacio. Las he elegido porque han permitido fortalecer habilidades esenciales de los estudiantes en escritura de textos jurídicos, oralidad y la aplicación del conocimiento a casos concretos desde el saber hacer.

Uso de los métodos alternativos de resolución de conflictos en el aula

Educar en mecanismos alternativos de resolución de conflictos tiene como objetivo generar habilidades y competencias en los estudiantes para que no todos los conflictos familiares vayan a un juez. El derecho de familia implica emocionalidad, narración de sentimientos, frustraciones, miedos, rabias y tristezas, por lo cual los estudiantes se enfrentan a estas realidades y utilizan el dialogo, la escucha y la empatía para abordar dichas situaciones como abogados en formación en este ejercicio.

Ejemplo: realizo una simulación de una audiencia de conciliación y se asignan tres roles: conciliador, parte solicitante y parte solicitada. A una de las partes se solicita que recree su papel con algún trastorno de personalidad: pasivo-agresivo, narcisista, desafiante, histriónico.

El conciliador no conoce que una de las partes va a actuar bajo dichas características de personalidad. El propósito es conocer qué herramientas utiliza y cómo usa su lenguaje, expresiones y creatividad para orientar la situación en un contexto que pone a prueba sus habilidades para el manejo de la audiencia.

derecho colombianas en 2016, mucho más que los 18.000 estudiantes en 1974, 36.000 en 1994 y 55.000 en 2000".

Concepto del derecho

Decía Reale (1980): “Dime qué piensas del derecho y te diré cómo lo interpretas”. En el aula se revisa, interpreta y aplica la norma jurídica; también se entablan diálogos más cercanos a las necesidades del país, a través de propuestas críticas a los contextos de desigualdad, para comprender los problemas de los demás como propios (empatía) y no de otros (exclusión). Esta es una tarea del docente que puede apoyarse a partir de informes periodísticos, estudios de la jurisprudencia, informes de distintas ONG, etnografías de la ciudad y el entorno.

Ejemplo: los estudiantes elaboran una demanda de inconstitucionalidad de una norma del ordenamiento jurídico a partir de la revisión de la normatividad en derecho de familia y evalúan si se adecua al espíritu de la Constitución y persigue una finalidad constitucionalmente legítima.

El propósito es evaluar la capacidad de razonar y argumentar jurídicamente a través de la redacción de un texto jurídico —demanda de constitucionalidad— la manera como el estudiante conoce, interpreta y aplica los principios constitucionales a una norma de derecho de familia.



Conclusión

La docencia ha sido mi propósito de vida. Escribir estas páginas me permitió revisar este camino de satisfacciones, sentimientos y de puentes que se enlazan entre sí para llevarme hasta donde estoy ahora. Continúo aprendiendo, siendo fiel a mis principios de responsabilidad y compromiso en mi labor docente porque el sentido de mi vida es cosechar para que mis estudiantes florezcan, impacten, transformen e influyan en un país que requiere abogados éticos y con sentido desde lo humano y lo social.

Referencias

- Gaviria, J. A. y Londoño, N. R. *Lawyernomics en Colombia. Efectos económicos derivados del alto número de abogados y los excesivos niveles de actividad jurídica*. *Revista Derecho del Estado*, Universidad Externado de Colombia, N.º 52, mayo-agosto de 2022, 207-245. doi: <https://doi.org/10.18601/01229893.n52.07>
- Reale, M. (1980). “Para una hermenéutica jurídica estructural”. En: *Estudios en honor del Dr. Luis Recasens Siches, tomo I*. México: Universidad Autónoma de México. P. 759-768.



ESCUELA DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Profesora distinguida de Facultad:

Carolina María Horta Gaviria

Facultad de Ciencias Políticas

Historia de vida

Nací en Medellín, Antioquia, el 26 de junio de 1983, en la familia de una pareja joven: mi mamá, Gloria María Gaviria Velásquez, y mi papá, Francisco Javier Horta Aguilar. Fui la segunda hija: mi hermano mayor es Alejandro Horta Gaviria y mi hermano menor, José Daniel Horta Gaviria.

Desde niña, siempre quise demostrar que las mujeres teníamos las mismas capacidades que los hombres para estudiar y mis hermanos me apoyaron para lograrlo. Mi mamá influyó mucho en mi formación académica; ella siempre me dijo que todos mis propósitos podían cumplirse en la vida si le ponía empeño, dedicación y si confiaba en Dios. Así que mis papás vieron la oportunidad para lograr todos mis sueños en la educación brindada por las hermanas del Colegio de la Presentación. Nunca tuve delirio de princesa; me incomodaba pensar que lo único que podía obtener en la vida era un matrimonio, por lo que vi una oportunidad en estudiar bastante en el colegio para llegar a la universidad.

En los años ochenta, Medellín vivía una situación de orden público compleja asociada al narcotráfico, manifestándose con prácticas de terror como bombas y otros atentados en espacios públicos de la ciudad, así que mis papás crearon una burbuja para educarnos alejados de los peligros. No obstante, los libros, las noticias de la prensa y la televisión me mostraban lo que pasaba tras los muros de mi casa.

Mi papá era odontólogo y mi mamá le ayuda en su consultorio. En cuatro paredes hacíamos las tareas escolares; no se podía correr libremente porque el espacio era pequeño, así que yo encontré una ventana muy amplia para saber qué pasaba allí afuera, en la ciudad, en el país y en el mundo entero: los libros. Mi papá siempre mantenía textos de política y de historia en su consultorio y yo me divertía leyéndolos.

Mi mamá era una mujer dulce cuya mayor satisfacción estaba en las actividades del cuidado del hogar; sus lecturas siempre giraban en torno a cómo ser la mejor madre y esposa. Le gustaba escribir cartas, leer novelas de amor y mantener su hogar como una taza de cristal. Mi mamá era huérfana y vivió en un internado educada con hermanas de la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor hasta que se casó con mi papá. Ella tenía dieciséis años y él, veinticinco.

Cuando yo tenía cuatro años entré al Colegio de La Presentación, de las Hermanas Dominicanas de La Presentación, en el barrio La América de Medellín y siempre fui una estudiante destacada en todas las áreas del conocimiento y reconocida por mi liderazgo. Cuando terminé el último grado (11°), soñé con ingresar a la Universidad Pontificia Bolivariana para estudiar Comunicación Social o Derecho. Lastimosamente, los recursos económicos de mi casa eran escasos y no obtuve una beca para lograrlo. Mi única opción era pagar mis estudios con ICETEX, lo cual ya era arriesgado; implicaba adquirir un crédito a largo plazo en un país que no ofrecía muchas oportunidades laborales iniciando la primera década del siglo XXI. Mi papá me dijo que mis únicas alternativas eran estudiar en una universidad pública o que buscara ser muy eficiente en las actividades del hogar para que pudiera construir uno pronto. Ante lo que fue mi primer fracaso en la vida —no poder ingresar a la UPB— la Universidad Nacional de Colombia fue mi refugio hasta convertirse en mi segundo hogar.

Elegí estudiar en un programa nuevo de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas: Ciencias Políticas. Lo primero que me dijo mi papá fue: “De qué va a vivir; se va a morir de hambre. Su papá no pertenece a ningún partido político”; pero mi mamá dijo: “Si a usted le gusta esa carrera, le va a ir muy bien la vida, o por lo menos va a disfrutar mucho mientras la estudia. Dios proveerá”. El pénsum de esta carrera me gustó mucho porque integraba varias áreas del saber. No tenía claro para qué podía servir, pero estaba asegurado que iba a ser feliz esos años de mi vida.

En el año 2002 me matriculé en la Universidad Nacional. Los ánimos estaban enardecidos ante la elección del entonces presidente, Álvaro Uribe Vélez. Según la prensa de ese año, 2792 agentes del Estado hicieron un allanamiento sin precedentes en el claustro educativo. El rector era Víctor Moncayo, quien justificó la acción ante algunos incidentes ocurridos el 22 de noviembre cuando detonaron algunas granadas cerca a la Fiscalía General de la Nación y la embajada de los Estados Unidos (El Tiempo, 2002). En las universidades públicas localizadas en Medellín —Universidad de Antioquia y Universidad Nacional— también hubo presencia permanente de policía antimotines y tanquetas. Se denunciaba la presencia de explosivos, armas y luchas territoriales de actores armados (ELN, FARC, AUC) dentro de los claustros.

En mi casa me tenían prohibido salir a protestar, aunque consideraban justas las causas de los estudiantes. Me decían que debía cuidarme, que nadie iba a pagar mi vida; pero mientras tanto, yo sentía que debía hacer algo. Yo intenté escribir; llevaba una bitácora de todos los periódicos y tomaba fotografías de las pancartas que veía en la universidad, evidenciando las causas inconstitucionales que vivíamos cotidianamente en nuestro país.

Todas las personas que habitamos la universidad pública sabemos lo difícil que fue estudiar mientras nuestro país se derramaba en sangre. Vimos compañeros y compañeras inmolarsse por causas políticas. La ausencia de una de mis compañeras en el salón de clase después de morir en una de las protestas de estudiantes todavía duele en el alma; su memoria se hace presente con uno de los grafitis del *alma mater*. No solía tener muchos amigos en la Universidad porque mis lecturas ocupaban todo mi tiempo; pero un día, nos reunimos cuatro compañeras y, con el apoyo de una docente de la Facultad, creamos un grupo de estudio en donde realizamos trabajo comunitario con niños de comunidades vulnerables en Bello. Les enseñábamos valores ciudadanos y esto marcó mi vida como docente e investigadora social; además, conocí a Margarita, una gran amiga.

Me fui convirtiendo, poco a poco, en investigadora; me gustaba entender las causas profundas de los conflictos urbanos y regionales. Realicé mi tesis de pregrado sobre la cooperación internacional para la paz en Colombia. Mi trabajo fue laureado y me ofrecieron una beca en la misma Universidad Nacional para hacer estudios de posgrado tras ser destacada con grado de honor en mi promoción. La beca jamás llegó, pero me matriculé en una maestría —Estudios Urbanos y Regionales— de la Universidad Nacional.

Una vez estando en la maestría, sin empleo, comencé a vender ropa para sostener mis estudios con ayuda de una tía. Obtuve un curso como docente de cátedra en la Universidad San Martín con veintidós años de edad gracias a la recomendación de una de mis maestras de la Universidad Nacional; allí, Mauricio Blair y Ana Carolina Arboleda fueron mis primeros jefes y me ayudaron a adquirir habilidades en la docencia.

En la maestría, también conocí un gran amigo y maestro, Luis Carlos Agudelo Patiño, quien me dio empleo en la Universidad Nacional como auxiliar de investigación para varios proyectos territoriales en Urabá y en

el Oriente de Antioquia. La labor era apoyar al Gobierno Nacional en el proyecto del Incoder y de Acción Social de protección y titulación de tierras para poblaciones desplazadas por el conflicto interno armado. Mi tesis de maestría analizó la mendicidad causada por la expulsión de población en territorios del conflicto armado en el espacio público. El profesor Luis Carlos fue inspirador cuando, a través de semilleros de investigación, hacíamos pasantías territoriales y leíamos problemas sociales y ambientales en territorios con presencia de grupos armados.

Una vez terminé mis estudios de maestría, entré a hacer investigaciones sociales para una organización no gubernamental, el Instituto Popular de Capacitación (IPC), donde investigué el despojo de tierras en una frontera territorial entre el Magdalena Medio y el Oriente Antioqueño. Se trataba de una zona de paramilitarismo y narcotráfico donde se daban muchas expulsiones de población ocasionadas por proyectos de desarrollo y extracción de recursos naturales. Hasta ese momento no tuve estabilidad laboral ni económica, pero había obtenidos aprendizajes sobre mi país y había escrito varios documentos que ayudaban a la memoria del conflicto interno armado del país, especialmente de Antioquia.

Tuve, además, la oportunidad de laborar en la Universidad de Medellín como catedrática en el Programa de Negocios Internacionales de la Facultad de Administración de Empresas en el 2008, y luego, en el 2009, obtuve una plaza de tiempo completo. Realicé proyectos de investigación en el ámbito de las instituciones internacionales y su impacto en la paz de Colombia con varias de mis amigas, especialmente para el caso de los Observatorios de Paz. También realizamos un proyecto sobre la cooperación internacional y el desarrollo urbano de Medellín, teniendo consideración especial por poblamiento de los barrios de borde de Medellín. Conformamos un gran semillero de investigación y hoy podemos decir que dio fruto, pues varios de estos estudiantes hoy son docentes; los negocios internacionales adquirieron una dimensión social y política.

Al crecer el programa de Negocios Internacionales, tuve la oportunidad de crear, con algunos colegas, la Maestría en Relaciones Internacionales, donde se abordaban temas de política internacional más allá de la línea del comercio exterior que era tradicional en la Facultad. Se matricularon

principalmente docentes universitarios y de colegios que buscaban la internacionalización de la educación. Esto me inspiró a participar en una red de investigadores sobre la universidad en América Latina perteneciente a CLACSO (Concejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). Pertenzco a esta red desde el año 2015 gracias a su coordinadora, Judith Naidorf.

Así pues, todos estos proyectos me inspiraron para matricularme en un programa de doctorado y elegí entre algunas opciones el doctorado en historia de la Universidad Nacional de Colombia; otra vez, la universidad pública me permitía el acceso a una educación de calidad. Me presenté a la convocatoria y pasé con un proyecto de investigación sobre memoria del conflicto armado y ruralidad en Colombia, el cual fue cambiando hasta convertirse en un estudio de caso de la historia regional en el Urabá colombiano, ampliando la unidad de tiempo de análisis y evidenciando que el problema por la tierra en el país no obedecía a la memoria del conflicto armado del siglo XX, sino a la colonización y al proceso de formación del Estado desde el siglo XIX.

Como todo en la vida no es academia, mientras hacia el doctorado decidí casarme con un hombre maravilloso, Diego Herrera, quien ha estado conmigo en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y la riqueza. Asumimos primero un compromiso civil y luego un compromiso católico cuando nuestra hija Sarita nació. Mi princesa de Dios nació en medio de mi proyecto de tesis doctoral; dadas las presiones laborales, académicas y personales, tuve preeclamsia y riesgo de morir en mi embarazo. Allí me di cuenta de que la vida era más que libros, y que debía comprender mejor el libro de la vida y tomarme todo con más calma.

Mis padres estaban pasando un mal momento con uno de mis hermanos. A él la vida lo llevó por un mal camino y conoció un mal maestro —la drogadicción— lo que marcó a mi familia de dolor. Mi papá fue amenazado de muerte varias veces durante mi embarazo y luego fue asesinado cuando mi hija tenía solo seis meses. Aun así, con todo el dolor que estas historias implicaron para mí, no renuncié a mi proceso de formación doctoral. Estuve en la Universidad de Medellín hasta el año 2015; fui despedida sin justa causa en la navidad de ese año. De mi paso por allí me quedaron Isabel y Lina, dos grandes amigas.

El fin de mi ciclo en la Universidad de Medellín fue la oportunidad para dedicarme más a mi hija y a terminar mi tesis de doctorado, la cual implicaba concentración de tiempo completo por el gran trabajo de archivo que requería. En el 2018 defendí mi tesis, obteniendo una mención meritoria, pero por dificultades de tiempo y planeación, faltaba publicar los resultados en dos artículos académicos; así lo disponía el reglamento de posgrados, lo que retrasó mi graduación como doctora hasta el año 2019.

Entre el 2016 y 2018 fui profesional social en la Alcaldía de Medellín. Esta experiencia fue gratificante por sus aprendizajes sobre el gobierno local de la ciudad de Medellín, teniendo como resultado la formulación de la política de derechos humanos de Medellín y la asesoría de varios acuerdos municipales sobre política social. En el periodo entre 2018 y 2019 obtuve grandes aprendizajes en el Colegio Mayor de Antioquia como docente ocasional tiempo completo. En este lugar aprendí mucho sobre pedagogía social. La motivación era participar en la consolidación de un modelo educativo que cerrara brechas sociales. Esta fue una bonita oportunidad como maestra; sentía cómo cada estudiante de esta institución me enseñaba sobre la vida, la planeación y el desarrollo social. La vida no había sido fácil para mí en muchos sentidos, pero sin duda alguna había sido mucho más sencilla que la que muchos de mis estudiantes tenían. Muchas personas eran víctimas del conflicto armado y de la injusticia económica del país.

En el 2019, la UPB realizó un concurso docente. La Facultad de Ciencias Políticas tenía dos plazas abiertas para docentes: una de medio tiempo y otra de tiempo completo; pasé a la plaza docente de medio tiempo después de varias entrevistas académicas e institucionales. Me parecía atractiva la idea de tener estabilidad laboral para ingresar a un grupo de investigación y desarrollar una vida académica en el área de mi formación. Los colegas de la Facultad me animaron a participar en los proyectos académicos de pregrado, maestría y doctorado y me contaron que el grupo de investigación en Estudios Políticos tenía una categoría A en Colciencias. La idea de poder investigar y enseñar a investigar era lo más atractivo de esta oportunidad que para mí no era laboral ni económica, sino de vida.

La vida personal siempre es algo que se atraviesa en mi concentrada vida académica. Mi hija Sara fue diagnosticada de una enfermedad reumática ese

año, una que le causaría un gran dolor e implicaría un nuevo reto para mí como mamá. Mis compañeros siempre me han reconocido como profesional y mamá. Me han acompañado en las circunstancias más difíciles. Además, la Universidad, a través de su clínica universitaria, me ha ayudado a afrontar esta situación ofreciéndome consultas médicas con especialistas a un menor costo.

En el 2020, la pandemia se atravesó en mi vida académica en la UPB; apenas llevaba un semestre en la Facultad cuando se declaró el confinamiento. Lloré porque pensé que no podría dar mis clases de la mejor manera, pues la mediación virtual no era algo muy explorado por mí; pero la Universidad nos apoyó a través de UPB Virtual, y en la educación remota descubrí algo maravilloso para romper con barreras físicas: explorar el espacio en red y comprender que tras la pantalla había seres humanos maravillosos de quienes aprender y enseñar. Las relaciones humanas son interactivas. También, por esos días, me habían nombrado representante de la Facultad para asumir la Presidencia de ACCPOL, la Asociación Colombiana de Ciencia Política, de la cual somos socios fundadores. Ante las barreras físicas y la necesidad de hacer gestión educativa, la virtualidad me permitió afianzar las redes académicas que tenía en CLACSO y crear nuevas redes con docentes de Colombia, América Latina y Europa.

La presidencia de ACCPOL y la necesidad de tener vínculos con la IPSA (International Political Science Association), la APSA (Asociación Americana de Ciencia Política), la AMECIP (Asociación Mexicana de Ciencias Políticas) y las demás asociaciones de ciencia política de cada país de América me llevaron a capacitarme en los cursos de inglés que la Universidad generosamente nos impartió de forma gratuita. Así logré desarrollar varias conferencias que me permitieron tener la fortuna de contar con amigos en varios países y comparar sus realidades sociales, políticas y científicas. En julio fui invitada a hablar de nuestra Ciencia Política colombiana en el aniversario de AMECIP; fue una experiencia maravillosa porque vi que la virtualidad nos permitió acercarnos a lo que antes de la pandemia era casi imposible.

No obstante, recuerdo que durante la pandemia debía encargarme de enseñar, crear redes académicas, lavar ropa, limpiar la casa, enseñarle a mi hija a leer y a escribir porque no lo lograba a través del modelo del colegio,

en el que jamás pudo adaptarse. Mi esposo, como servidor público en la Alcaldía de Medellín y trabajador social, debía salir a cuidar la sociedad ante la emergencia que vivíamos; poco podíamos compartir con él. Además, mi mamá se enfermó de ansiedad, lo que le ocasionó otros males. Yo pensaba que, si yo vivía todo esto, mis estudiantes quizá estaban viviendo situaciones difíciles en lo económico, en la salud y en sus emociones. Me dediqué a cuidar de mí a través del cuidado de los otros. Todos los días le pedía a Dios que me ayudara a impartir el conocimiento en mis clases, pero más que eso, yo quería, a través de la pantalla, reflejar el amor que le tengo a mi vocación: ser profesora.

En el primer semestre de 2021, vivimos un estallido social que tuvo la participación de estudiantes de universidades públicas y privadas. Allí vimos que la universidad privada de esta década tiene el gran reto de incluir a aquellos que se encuentran excluidos de la universidad pública por los problemas de cobertura. Sentí que las políticas de confinamiento extendidas por más de un año les había cerrado las puertas físicas de las Universidades a los estudiantes y que ellos se habían tomado en su lugar las calles para ser escuchados. Lamentablemente, muchas pérdidas humanas se vivieron ante conflictos sociales permeados por contextos donde confluyen actores armados y la corrupción de nuestra sociedad que se ve reflejada en la institucionalidad política.

En el 2021 retorné a clases presenciales con mis estudiantes y la virtualidad se siguió utilizando como una alternativa para incluir a muchas personas que de otro modo no podrían acceder a la educación. En nuestros programas académicos, hemos recibido a personas de muchas regiones del país que desean obtener una educación de calidad, especialmente en niveles de postgrado. La educación remota ha sido una excelente oportunidad de inclusión social.

Ese año viví lo que significa ser cuidadora primaria de una hija con una enfermedad huérfana. No es fácil para una niña de ocho años vivir con un dolor crónico que le afecta su movilidad y que la hospitaliza varias veces para determinar no solo las causas sino una posible cura para su enfermedad. Encontré, una vez más, apoyo en la Universidad Pontificia Bolivariana: mis compañeros y compañeras me apoyaron dándole ánimo y alegría a mi hija

cuando dejó de caminar debido a un intenso dolor en sus extremidades. Así mismo, fueron flexibles con mi horario para que pudiera acompañar a Sara y me fortalecieron para aceptar lo que no puedo cambiar.

El Colegio de la UPB ha protegido a mi hija al admitirla como una nueva estudiante este 2022 y me apoya en su formación académica y en su fortalecimiento emocional para enfrentar su condición desde la responsabilidad y la exigencia con amor y no desde la debilidad. También tengo que agradecer al padre Edward Posada, capellán de la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas, por su apoyo espiritual y por enseñarme a aceptar la vida en compañía de Jesús y María.

En este nuevo año, 2022, la posibilidad de volver a la Universidad presencialmente y poder estar en las aulas ha sido una experiencia muy bonita, sobre todo porque la pandemia demostró la utilidad de la universidad no solo como claustro donde se imparte conocimiento, sino como instancia donde cuidamos de los otros y donde una sonrisa, un abrazo, un consejo, un dialogo de saberes y la construcción de nuevos conocimientos pueden generar reconocimiento social a través de la palabra. Además, este año tengo la oportunidad de ingresar a un proyecto de investigación multicampus sobre juventudes y protesta social, y deseo con todo mi corazón producir nuevos conocimientos que le ayuden a los cuerpos y los territorios más cercanos que tengo: el de las juventudes y el de las universidades. Mi semillero de investigación me motiva a hacer la tarea lo mejor posible.

La universidad es para muchos el lugar que nos salva la vida, la que da sentido al acto cotidiano de respirar. La vida tiene sentido cuando vemos que somos útiles para la sociedad. Hoy, problemas como la drogadicción y tal vez este deseo de morir, esta ausencia de amor propio o autoestima aquejan a la juventud; quizás puedan prevenirse si abrazamos al otro mediante la palabra y a través del placer que significa asistir a la universidad e imaginar nuevos universos. Muchos de nuestros estudiantes padecen enfermedades como ansiedad y tienen miedo a vivir un mundo de incertidumbre. Los mensajes que transmitimos en el aula son valiosos para hacer críticas sobre nuestros contextos y también para tener utopías y poder seguir caminando.

Una última reflexión, más allá de mi historia de vida, es recordar que me entristece saber que hoy hay jóvenes excluidos y otros que excluyen, que

los sentimientos racistas, sexistas, xenofóbicos y clasistas persisten y que una maestra como yo puede ser un “cuerpo extraño” como única mujer en la facultad. La violencia no está tan lejos como la imaginamos; quizás se encuentra en los bordes de nuestras universidades. He aquí la gran labor cotidiana como pedagogos que somos.

Siempre que dicto una de mis cátedras o desarrollo una evaluación para mis estudiantes, me pregunto si esto es útil para la vida, si la reflexión que hacemos nos hará ser mejores personas y hacer una mejor política para la vida en sociedad. Cotidianamente me pregunto: si la ciencia política es útil para transformar los contextos territoriales y para reflexionar sobre nuestras propias corporalidades, ¿cómo podemos a través de la política verle sentido a la vida desde nuestra condición de raza, clase o género?

Para terminar, quiero expresar que mis estudiantes son, al igual que mi familia, lo que le da sentido a mi existencia, y la UPB la institución que me permite equilibrar roles de madre y maestra. Es una entidad que se esmera por construir una gestión universitaria basada en el cuidado, y quizá ahí está el lenguaje del amor que como institución católica debemos profesar, tal como lo enseñó el maestro Jesús. El reconocimiento como mejor docente de la Facultad de Ciencias Políticas es la afirmación de que me encuentro cumpliendo mi misión de vida en el lugar adecuado. Por el momento siento que he contribuido a la Facultad. Espero poder hacerlo cada vez más para toda la Universidad.

¡Gracias UPB!



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesor distinguido de Escuela:

Jorge Wilson González

Facultad Ingeniería Eléctrica

Comentario general:

En este escrito no se incluyen nombres de personas ni de empresas para evitar omisiones de familiares, amigos y entidades que aprecio de manera especial.

Historia de vida

Educado en el colegio San Marcos de Envigado desde kínder hasta el grado 11. De niño una persona muy tímida pero demasiado juguetona. Como adolescente muy inquieto, casi insoportable y algo descuidado con el estudio por estar entregado al bicicross que iniciaba como deporte en la época.

En los años ochenta y noventa, con alta influencia de la música rock y pop en inglés, se marcaron las preferencias musicales que aún conservo. De igual manera, la adolescencia fue un tiempo difícil por la situación de violencia en el país y hechos del narcotráfico, los cuales afortunadamente no estuvieron de mi lado, pero anduvieron siempre rondando muy cerca.

Me di cuenta de mi gusto al estudio gracias a la influencia de mis queridos padres y hermanos. Mi padre fue una persona muy estudiosa, trabajadora e ingeniosa, lo cual quizás marcó mis preferencias hacia las matemáticas y la física.

En el colegio, un profesor tuvo un papel bien importante que ayudó a definir varios esquemas para mi vida profesional. Era el director de mi curso de décimo grado en el colegio San Marcos. Este docente siempre creyó en la capacidad de superación y en los potenciales de los estudiantes. Por su conocimiento y su disciplina en las ciencias exactas y en la física, me ayudó a definir un estilo de vida y aspirar a una posterior profesión como ingeniero electricista junto con mis padres y hermanos.

Hablando del relacionamiento con los otros, fui un adolescente altamente sociable y conservaba varios grupos de amigos. Es esta época conocí a mi esposa, con quien estuve casi una década como novio. Actualmente, ella y mis hijos han sido de lo mejor que me ha sucedido. Los amo; son la inspiración de todo.

En la actualidad, mi círculo social son mi familia, esposa, hijos, padres y hermanos; somos muy unidos todos y realmente nos amamos y ayudamos. Doy gracias a Dios por mantenernos siempre juntos. Realizamos cálidas actividades y reuniones familiares en casa y en donde mis padres, hermanos, suegros y cuñados; esto es muy bonito. Considero que somos una familia muy sana, honesta y entregada a los principios de la moral y de la iglesia católica.

También, dentro de este tesoro social, están mis compañeros de trabajo, que igualmente son grandes amigos. Somos bien unidos, nos entendemos y complementamos. Agradezco por esto al cielo, ya que son personas colaboradoras, transparentes y honestas.

Proceso de formación académica y profesional – primeros inicios de vocación de enseñar

Cuando estaba en el kínder, la profesora directora de grupo me asignó una compañerita para que le ayudara a aprender a leer, ya que la niña tenía inconvenientes. Esto me gustó. En los dos últimos años del colegio, 10° y 11°, dedicaba algunas horas a servir como monitor de física y matemáticas.

Sobre lo profesional, durante la universidad tuve muchas satisfacciones académicas, además de que para ayudarme económicamente dictaba clases de física y matemáticas. Igualmente, realizaba traducciones del inglés al español y viceversa.

Todo lo anterior, sin saberlo, creo que empezó a marcar un deseo personal o vocación por transferir conocimientos.

Me gradué en la Universidad Nacional de Colombia como ingeniero electricista hace treinta años. De allí pasé directamente a trabajar en una firma de ingenieros consultores del área de la generación, transmisión y distribución de energía eléctrica. Estuve allí durante casi una década; trabajé en diseño, estudios e interventoría. Tuve la oportunidad de llegar a gestionar y coordinar varios proyectos de gran infraestructura para el desarrollo del país.

Dicha empresa ha sido bien reconocida y siempre ha contado con proyectos en todas las latitudes. Debido a sus servicios de consultoría y

diseño, el alcance de proyectos que yo realizaba allí era altamente variado. Se aprendía demasiado del área de ingeniería, y sus clientes eran las más grandes industrias y empresas del área energética del país, así como algunas del exterior. Con esta empresa, fundada por ingenieros egresados de la UPB, aún poseo especiales vínculos. Los jefes y compañeros de allí (sin mencionar nombres porque sería injusto omitir alguno) fueron otros grandes maestros de mi vida profesional. Siempre he reconocido en ellos el conocimiento, experiencia, criterio, empeño y seriedad. Tomé de ellos grandes enseñanzas en todos los ámbitos. Allí me acabé de convencer que había seleccionado la mejor profesión, de lo cual siempre estaré en firme. También era curioso que la gran mayoría de los jefes y compañeros eran graduados de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Como bolivariano, he tenido el honor de graduarme de la UPB en tres programas: la especialización en Transmisión y Distribución de Energía (1998), la maestría en Ingenierías (2003) y el doctorado en Ingenierías (2006).

Proceso de formación docente

Me casé con mi amada esposa en el año 1995. Rápidamente, tuvimos nuestros tres hermosos hijos. Con el nacimiento de mi hija mayor me di cuenta de que necesitaba un dinero extra para ayudar a la familia; ahí fue cuando le pedí a un compañero de la empresa que me ayudara a conseguir unas clases como docente. Este compañero era profesor y decano de Ingeniería Eléctrica y Electrónica de la Universidad Pontificia Bolivariana. Gracias a él, inicié dictando cursos de Circuitos Eléctricos como docente de cátedra en 1997. En ese año empezó mi relación directa con la UPB, la cual, gracias a Dios, no he interrumpido nunca.

Previamente, ya había iniciado estudios de la especialización en Transmisión y Distribución de energía en la UPB, la cual formaba parte de los lazos iniciales con esta gran institución que siempre llevo en lo más profundo de mí. Así las cosas, inicié con una vocación formadora desde la industria y hacia la academia. Recuerdo que en varios proyectos trataba de

tomar evidencias y adaptarlas a mis clases de manera que los estudiantes comprendieran mejor las aplicaciones que se tenían en la industria eléctrica; tomaba fotos y construía diapositivas para llevarlas y explicarlas en la clase. Lo mejor de todo era el alto interés de los estudiantes, quienes lo manifestaban de diversas maneras.

En la empresa había otros dos colegas que eran docentes de ingeniería eléctrica de la UPB; recuerdo que me solicitaban el favor de reemplazarlos en algunas clases de subestaciones y protecciones eléctricas durante sus viajes. Esto me gustaba mucho y acrecentaba mi deseo por seguir transfiriendo conocimientos y experiencias.

La empresa también notaba mi gusto hacia las capacitaciones técnicas y, por lo tanto, me asignaban como instructor en proyectos que incluían capacitaciones a otros ingenieros del sector eléctrico y pertenecientes a sus empresas clientes. Esta labor fue bien significativa porque la mayoría de las personas a instruir eran de mucha experiencia y criterio, lo cual me exigía una alta preparación y didáctica. Además, era la oportunidad para la retroalimentación y plantear otros retos estimulantes como para continuar con este ejercicio.

Estando como docente de cátedra en UPB, también estuve dos semestres en la Universidad de Antioquia en el Departamento de Ingeniería Eléctrica dictando un curso de último semestre. Fue placentero, pero me di cuenta de que no podía con la carga de la empresa y de dos universidades consecutivamente. Entonces, decidí pedirle el favor a un compañero que continuara con la U. de A., y así fue.

Siendo docente de cátedra del curso de Alta Tensión en UPB durante las noches, el decano le pidió a uno de los docentes, quien era mi amigo, que me consultara si estaría interesado en vincularme con la UPB de tiempo completo. Este amigo me echó el cuento y me gustó la idea. El decano, que además era gerente de una importante empresa del sector eléctrico, me manifestó que también deseaba que yo continuara con mi vínculo o cercanía con la industria a través de la empresa donde estaba laborando, y que podría seguir haciendo proyectos a la par de ser docente. Esta solicitud particular surgió porque el decano consideraba que era necesario tener un docente con experiencia y vínculos con el sector productivo y porque,

de otro lado, se veía venir un cambio generacional por la cercana etapa de jubilación de distinguidos docentes de la Facultad. Adicionalmente, me manifestó que, de cierta manera, consideraba estratégico que le ayudara con el relacionamiento industrial, ya que opinaba que como consultor podría contar con una red de relacionamiento con diversas empresas del sector industrial que eran clientes de la compañía para la cual laboraba.

En contravía con los curiosos pronósticos de compañeros de trabajo de la industria, acepté la propuesta de UPB y lo informé a la empresa donde estaba desempeñándome, manifestando que además estaría interesado en un esquema que me permitiera no alejarme de la industria. Para ello, fue crucial el apoyo del gerente general, a quien también considero un mentor ejemplar, que siempre me apoyó a la par de otras personas y jefes que también lo hicieron. Dicho gerente me aprobó conservar esta relación hasta el día en que decidí dedicarme ciento por ciento a la UPB como docente interno de tiempo completo, además de investigador.

En los primeros años de labores en la UPB, tuve la fortuna de relacionarme con profesores que ya admiraba, dado que los conocí porque también me enseñaron durante mi pregrado (uno de ellos dictaba clases en varias universidades), y de quienes aprendí a partir de su calidad profesional y disciplina. Actualmente, sigo muy agradecido con ellos y trato de imitar sus estilos académicos y rigurosidad técnica.

En este inicio como docente interno de planta, mucho tuvo que ver el jefe y nuevo decano de la época, a quien considero además un gran mentor y apoyo; una persona muy consciente, estratégica e incondicional. Esta persona, además, me animó y apoyó a realizar estudios de maestría, y posteriormente, de doctorado. A la par, apoyó la creación de nuestro grupo de investigación en transmisión y distribución de energía eléctrica, del cual también ha hecho parte desde su creación.

De la mano del decano se crearon sinergias en pro de la Facultad, de manera que el programa fuera pertinente y actualizado y que tuviera el grupo de investigación bien conformado y unido, para que sirviera de apoyo a los programas de ingeniería eléctrica y electrónica.

El ejercicio investigativo me permitió acrecentar fortalezas y métodos para mejorar como docente e integrar experiencias y conocimientos estruc-

turados. Esto incrementó aún más los deseos de transferir conocimientos, yendo desde lo más fundamental hacia lo aplicado en el ejercicio profesional. Con esta perspectiva, se lograba que los estudiantes se motivaran por una capacitación rigurosa pero pertinente.

En general, todos los directores de la facultad de ingeniería eléctrica y electrónica han contribuido mucho en mi formación como docente. Realmente, resalto todo el apoyo que siempre me han brindado y las mejores soluciones a los retos que se presentan. Este apoyo es fundamental para crear una armonía sistémica. Los directores han permitido mi continuidad en la formación docente y académica me han apoyado en proyectos para el grupo de investigación y a su vez para participar de manera intensiva en la formación de los estudiantes.

De forma especial, el apoyo del director, de la mano de la dirección de investigaciones, las vicerrectorías y la rectoría, me han permitido lograr propósitos complementarios para optimizar mi ejercicio. Fue el caso particular de otorgarme una licencia de alrededor de dos años en total para laborar en empresas relacionadas con el sector eléctrico, ya que mi deseo era participar de proyectos de alto impacto y tecnología. Esta experiencia tuvo dos etapas. Una primera fue en Alemania durante mis estudios doctorales en la UPB; la segunda fue en Colombia en una importante empresa del sector energético. En ambos casos considero que amplié las experiencias y a la par con el deseo de transmitir conocimientos, o, mejor dicho, las posibilidades de beneficiar a mis estudiantes con estas prácticas adquiridas.

Cómo me defino a mí mismo como persona y como profesor

Soy una persona católica gracias a la influencia de mi familia y del colegio. Incluso deseo agregar que el Colegio San Marcos siempre ha tenido estrechos vínculos con la UPB. Me siento feliz de que varios de mis compañeros de trabajo e incluso el padre vicerrector actual de Pastoral también fueron mis compañeritos de salón y del colegio a quienes estimo de manera especial.

Como persona me considero calmado, un poco reservado, pero con muchas energías de aprender, investigar y deseo por transferir conocimientos. Respeto mucho a las personas y considero que nunca tengo prejuicios, soy convencido que todos podríamos convivir siendo felices y sin afectarnos entre sí. En lo personal me afectan cosas como que hay personas que no pueden capacitarse por diversas razones contrarias a sus deseos. Otra cosa que me afecta es que haya personas que deban dejar sus hogares por fuerza mayor y deban salir a aventurarse sin disponer prácticamente de nada de recursos.

Experiencia docente

¿Qué me lleva a ser docente?

Como lo indiqué, siempre he tenido vocación por enseñar y compartir conocimientos y experiencias, y me agrada hacerlo tratando de llegar a identificar lo que buscan los estudiantes y a impartirlo desde dicha base. De otro lado, me hace sentir muy bien cuando las personas aprenden y hacen lo mejor a partir del conocimiento.

Disfruto cuando me encuentro con egresados y me comentan sobre sus avances y progreso en la industria; incluso agradecen toda la formación y valores adquiridos en la Universidad. En muchas ocasiones me los encuentro durante la ejecución de proyectos de investigación y desarrollo realizados desde nuestro grupo de investigación.

Se siente muy bien cuando las empresas solicitan a nuestros egresados y reconocen su formación y diversidad de calidades humanas, técnicas e integrales en general. Pasa lo mismo cuando uno se entera de los progresos de los egresados, tanto en Colombia como en el mundo.

Sobre insatisfacciones... en este momento no recuerdo alguna que pueda resaltar y que sea directa del proceso docente; espero que esta no se presente, se lo pido a Dios. Este trabajo lo hago con el mayor de los gustos. Es innato. Lo que sí me preocupa es una tendencia global de temor a las ingenierías por parte de los jóvenes, y que estos las consideren como com-

plejas o menos atractivas. Este escenario intranquiliza, ya que los ingenieros son requeridos, y esto va de la mano con el progreso de las naciones. En mi opinión, esta situación podría estarse dando por desconocimiento del valor de las ingenierías.

Mensaje que quiera dejar a la comunidad educativa

De manera respetuosa, y conociendo que gran cantidad de colegas poseen estrategias similares y mejores, me atrevo a presentar recomendaciones para el ejercicio docente. Estas son personales y no provienen de un experto:

- Apasionarse por compartir conocimientos y experiencias, tratando de llegar a identificar lo que buscan los estudiantes en el contexto del curso o lo que podrían encontrarse en su ejercicio profesional.
- Evitar los prejuicios y saber que la persona que está atendiendo a la clase está en la búsqueda de algo que tenemos para compartirle. Se debe tratar de identificar cómo le puede servir nuestra clase para la vida del dicente y hacérselo saber.
- Compartir experiencias profesionales y de la práctica es muy constructivo y apasionante, tanto para los discentes como para quien lo imparte.
- Tratar de hablar sobre situaciones complicadas de la práctica profesional que podrían afectar la toma de decisiones. Comentar sobre casos positivos y negativos basados en experiencias.
- Algo muy técnico, que tal vez podría estar más dirigido a ingenierías, es tratar siempre de fundamentar o presentar las raíces del contexto, por ejemplo, para ecuaciones, métodos y procedimientos empleados. Los estudiantes no quieren, en general, tragar entero o solamente aprender de analogías (las cuales respeto porque también ayudan a acercar los conocimientos).
- Cultivar siempre la capacidad de escuchar al otro y de analizar en detalle las inquietudes expuestas. Toda pregunta es valiosa y hay estudiantes que poseen limitaciones para exponer sus inquietudes.

- En el mismo sentido anterior, tratar de interpretar muy bien las preguntas de los estudiantes antes de remitirlos a otras fuentes que tal vez ocasionen confusión.
- En ingenierías, tratar de dar el salto de la teoría (modelo físico - matemático) hacia la práctica.
- Estar abierto a las nuevas tecnologías y técnicas en todos los frentes, tanto en lo temático del curso como en métodos de enseñanza.
- Concentrarse al máximo en ser equitativos con todos los estudiantes.



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesor distinguido de Facultad:

José Valentín Antonio Restrepo Laverde

Facultad de Ingeniería Electrónica

Muchos años después, frente a un grupo de estudiantes, yo habría de recordar aquella tarde remota en que mis padres me llevaron a conocer un computador. Medellín era entonces una aldea de muchas casas de ladrillo y teja construidas alrededor de un río de aguas oscuras y malolientes que se precipitaban por un lecho de concreto sombrío y de paredes enormes como acueductos romanos. La tecnología era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el “cursor”.

Así, parafraseando a nuestro primer premio Nobel, recojo que la educación es un proceso solitario en donde cada momento y acción ayudaron a formar conceptos y experiencias que, en un futuro que ya es más ayer, serían transmitidas a otros; pero, a su vez, es un proceso colectivo en donde la familia, los amigos y los compañeros, por medio del diálogo, la discusión y el ejemplo, propiciaron el curso y destino que hoy me trae hasta aquí. Es así como comenzaré con describir esos momentos a lo largo de mi vida que a duras penas son la mitad de la novela con la que comencé este escrito.

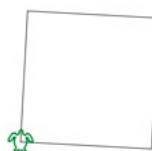
Niñez

Mi primer contacto con las máquinas comenzó en la infancia. Una parte fue con las películas y series al final de los años, historias que narraban mundos como el de *Buck Rogers en el Siglo XXV* con su robot que solo emitía una serie de sonidos (*bi-ri-bi-rip*), o el de *Sankukai* con sus naves y ninjas espaciales, o el de *Galáctica* con la guerra entre los humanos de otra galaxia y los robots Cylon que amenazaban con aniquilar a los primeros en todo el universo. Mi primer pensamiento en el momento fue que la tecnología sería un elemento fundamental de nuestra sociedad y que para vivir en ella sería necesaria su comprensión.

Un segundo elemento fue una calculadora electrónica que existía en mi hogar. Esa calculadora, de marca Canon, era una fantasía en mis manos. A pesar de que aún no sabía las operaciones aritméticas, la sola forma de presentar los números y de observar cómo se iluminaba su pequeña pantalla con cada cifra y observar cómo estas saltaban por la pantalla al presionar sus teclas me maravillaban. Sobre todo, me generaba gran impresión escribir

en esta un número de muchas cifras para luego verlas bailar y saltar en la pantalla con sucesivas presiones de una tecla con un símbolo extraño para mí que tiempo después conocí como *raíz cuadrada*.

Pero mi primer contacto directo con la tecnología llegó con una visita a un lugar lúgubre que más tarde supe se llamaba *Comfama San Ignacio*. En una de las áreas de esa casona la oscuridad era reemplazada por el brillo de unas seis pantallas. Allí conocí una máquina que me permitía dibujar líneas en una pantalla usando comandos muy simples. Siguiendo las instrucciones sencillas de un desconocido, yo hacía que una figura en la pantalla, a la que llamaban *tortuga*, se moviera dejando un rastro. “FD 40 RT 90 FD 40 RT 90...” repetíamos hasta que, para sorpresa nuestra, el rastro se transformaba en un cuadrado u otra figura.



fd 200 rt 90 fd 200 rt 90 fd 200 rt 90 fd 200 rt 90

Luego, vinieron las clases de computadores. En ellas nos sentábamos al frente de una pantalla a teclear comandos como “chdir” o “mkdir” o “cd.”, y en ese momento comencé a descubrir que la tecnología era fácil para mí. De alguna forma, mi cerebro comprendía lo que hacía la máquina y anticipaba lo que iba a pasar con cada comando. El orden binario se volvió un orden lógico y comprensible.

Finalmente, algo programable llegó a casa: era una calculadora Casio PB-770 con todos sus manuales en japonés. Tenía una pequeña cinta de papel que funcionaba como pizarra para graficar (plotter) y una casetera mini para almacenar los programas. La calculadora se programaba en lenguaje BASIC. Sin entender ningún texto, comencé a transcribir uno a uno los programas existentes en los manuales. Poco a poco, descubrí que podía cambiar algunas instrucciones para lograr que la pequeña máquina hiciera operaciones sencillas o graficara aviones en el



papel o creara juegos con gráficos mediocres. Luego, los cambios fueron más radicales y, de un momento a otro, ya comenzaba a controlar el equipo con la pericia de un tégua: las cosas funcionan sin saber por qué.

El segundo elemento que me formó capacidades fue la ciencia. Todo comenzó con la llegada de un kit de telescopio y microscopio de la marca TASCOS. Era el comienzo de los 80 y parte de mi tiempo era enfocar los diferentes objetos que podía ver con el poderoso telescopio de 70 mm. Durante el día, y gracias a un filtro solar que vino con el equipo, podía mirar al sol. Sin embargo, me advirtieron el riesgo que ello tenía y además pensé que estaba malo porque el sol salía con manchas; al atardecer, lo ponía en la entrada o en el balcón de la casa y me ponía a observar la luna u otros astros. Más tarde descubrí que, efectivamente, las manchas eran solares.

Con dicho artefacto llegaron los programas de ciencia de la National Geographic que se emitían todos los miércoles a las 8 p.m. Estos programas divulgaban la información del planeta Júpiter, con su gran mancha roja, de y sus lunas, visitadas por las sondas espaciales Voyager 1 y Voyager 2. Lo siguió un programa sobre el planeta Saturno con sus anillos y fue como anillo al dedo. Me enamoré de los cielos. Los programas fueron grabados y se los enseñé a mis compañeros del colegio en las clases de ciencia. Yo traducía las historias y respondía las preguntas que surgían durante las presentaciones de las películas en un betamax y un televisor en una pequeña capilla del colegio.

Después llegó la aventura del transbordador espacial y la excitante noticia de los viajes espaciales; más tarde conocí también sus peligros con el accidente del Transbordador Espacial Challenger. Me acuerdo muy bien del día que llegue a casa del colegio y mi madre me dio la noticia. No lo podía creer y esperaba los noticieros para mirar qué sucedió (aunque siempre miré noticias, ya era una costumbre).

La otra fuente de inspiración —aunque suene cliché— fue la serie *Cosmos*, como también lo fue para muchos de mis compañeros y amigos. Recuerdo muy bien el día que la descubrí. Fue durante unas vacaciones. Era un miércoles y me encontraba ese día en alguna casa campestre en una visita aburrida por la zona de San Cristóbal cuando observé el televisor. El aburrimiento inmediatamente se convirtió en curiosidad por escuchar y quedé

atrapado por las historias y las imágenes que en él se emitían. Grabé todos los capítulos que pude para no perderlos y poderlos repetir. Luego compré el libro en la Librería Nueva en la calle Junín. Lo leí sin parar por días en la biblioteca de la casa.



Llegó el cometa Halley y llegó el planetario de Medellín, y con ellos aprendí que para ver los cielos en Medellín hay que salir de Medellín o volar sobre Medellín. Sobre esto último recuerdo que se organizó un vuelo chárter para volar en la noche y ver el cometa Halley en todo su esplendor desde la máxima altura posible por un avión. La idea era hacer círculos en un sentido para que unos vieran por algún momento el cometa y luego círculos en otro sentido para que los de la ventana opuesta también pudieran mirar. Asistimos a una reunión en un club de la ciudad donde se explicó todo el proyecto. Estaba fascinado con la cantidad de gente que compartía este mismo interés, así fueran muchos años mayor que yo (en ese momento tenía once años). Me cuenta mi madre que cuando pasó a recogerme al término de la reunión, no me encontraba. Su angustia terminó cuando encontró a un montón de adultos rodeando a un niño que contaba las historias y las diferentes trayectorias por donde pasaría el cometa y qué podríamos esperar en cada punto. Lastimosamente, el viaje se canceló porque el cometa no colaboró: el astro que muchos esperaban solo era una bola borrosa con una coma (cola) pequeña y poco visible. Pero puedo decir que, con un telescopio más grande que me prestaron, sí lo pude ver desde el balcón de mi casa en una de tantas noches que me trasnoché antes de ir al colegio.

El tercer elemento fue mi interés por entender el mundo actual. Desde muy pequeño me interesaba ver el noticiero. Era normal que sintonizara las noticias de las 7 p.m. o de las 9:30 p.m. para mirar qué pasaba en Colombia y el mundo. Con estas, me podía dar una pequeña idea de la situación y lo que sucedía más allá de las aulas de clase o de la cuadra y el barrio.

Otro componente que me conforma es la lectura. Me gusta leer cuentos, libros y novelas de todo tipo, pero en especial me gustan las de ciencia ficción. Las primeras historias que recuerdo son los resúmenes ilustrados de Julio Verne. Luego, estos se convirtieron en las novelas reales las que leía acostado entre la hora de dormir y la hora de salir al colegio. Vinieron otros textos y otros autores y con ellos más riqueza en las ideas y conceptos de otros.

Juventud

Comencé a desarmar desde niño, pero lo interesante vino cuando era joven. Ya no era solo desarmar, mirar y tratar de entender para luego volver a cerrar, armar y buscar el tornillo sobrante; ya sentía la curiosidad por reparar u organizar una parte de algo. Ya no solo me sobraban tornillos, me sobraban piezas. Por esos destornilladores pasaron grabadoras, caseteras, calculadoras, juguetes y cuanto aparato había en una casa. Con esto llegó también la forma de integrar un elemento con otros, experimentar; fue así como un día me pregunté: si por la línea telefónica llegaba el audio, ¿qué pasaría si conecto la entrada de audio de una grabadora a la toma del teléfono? Descubrí que podía grabar las llamadas y, de paso, dejar la casa sin teléfono, ya que algún día no la desconecte y se quedó con la línea levantada.

Los nuevos aprendizajes en ciencias exactas, como física y matemáticas, cerraron brechas y juntaron cabos sueltos que resultaron de todo el proceso experimental. Fácilmente relacioné el mundo real con los números y las expresiones que se enseñaban en estas clases. Conocía cómo utilizarlas y como sacar provecho de ellas. Por lo anterior y con algunos compañeros decidimos ingresar en el mundo de los juegos; no solo como jugadores, sino como creadores. Cada uno de nosotros construía un juego en lenguaje BASIC luego se compartía con los demás para que lo resolvieran. Esa dinámica mejoró nuestras habilidades en programación, tanto así que normalmente éramos eximidos de presentar nuestras pruebas en computación. De todas formas, el juego en ese momento desempeñó un punto especial en nuestra relación con las máquinas. La interacción, la instalación y el entender la

filosofía de funcionamiento de un computador nos dieron herramientas suficientes para entender la lógica oculta en estos aparatos.

Un día llegó el primer computador real a nuestra casa: un Tandy 1000 SL con su respectiva impresora. Esta máquina tenía un valor de \$1'386.000 pesos en 1990; en aquella época el salario mínimo en Colombia era de \$50.000 pesos. Realmente fue una inversión en el hogar, ya que nos permitió insertarnos a mí y a mis hermanos completamente en el mundo actual. En esta computadora aprendimos todo lo necesario. Recuerdo especialmente un día en que decidí revisar todos los comandos que existían en el DOS. Uno de los comandos era "CP" que servía para comprimir y descomprimir archivos. En mi curiosidad, escribí el comando "CP *.*" que significa comprimir todo el disco duro, haciendo que la máquina quedara completamente inutilizable. Por ello, debí aprender a repararla, volviendo a formatear el disco e instalar los programas requeridos.

Desde ese momento, ya no tuve temor en borrar y modificar archivos y juegos, ni en detectar virus y borrarlos del sistema. Recuerdo el virus "Michelangelo", el cual llegó con un juego; aprendí a identificarlo y a borrarlo del sistema con solo entender cómo arrancaba el equipo. Esta máquina tenía una tarjeta de audio especial para sintetizar audio y voz. Aprendí a grabar instrumentos musicales y a reproducir canciones utilizando el formato digital (el resultado no era muy bueno, pero era lo único posible en el momento). En ella también jugamos, pero eran juegos que nos obligaban a pensar en cómo solucionar problemas. Era una serie de juegos *Quest* de Sierra Online (una desarrolladora popular en los ochenta y noventa). Todos los hermanos nos trasnochábamos buscando cómo resolver los acertijos que los juegos nos planteaban. *Space Quest*, *King's Quest* y *Hero's Quest* fueron algunas de las series de juegos que nos mantuvieron despiertos fines de semana buscando alcanzar el final.



Tandy's burned MS-DOS and the Desk-Mate shell into its 1000 SL's ROM for fast bootup and anxiety-reducing ease of use.

Todo lo anterior me abrió una puerta a un nuevo mundo. Literalmente, un día la puerta del salón se abrió y entró un profesor preguntando por mí. Me sacaron de clase como a mis compañeros más rebeldes. Pero

el destino no fue la rectoría; fue un salón en donde otros estudiantes se disponían a realizar un examen. Teníamos un par de horas para responder unas preguntas de matemáticas. Luego, otro día, sucedió de nuevo, pero con unos exámenes de física. Y, finalmente, una tercera ocasión, pero con programación de computadores. Unas semanas después de cada una de esas pruebas, me volvían a llamar para desarrollar otras, esta vez en alguna parte de la ciudad. Recuerdo muy bien el sentido de las preguntas. En muchas de ellas la experiencia personal y los conocimientos adquiridos me facilitaban resolverlas. Entonces comenzaron a llegar los resultados: segundo puesto en la competencia departamental de matemáticas y un primer viaje a Bogotá a la final de física, seguido por otro viaje a la final de computadores. En el primer viaje, aún no tenía los conocimientos en integrales que se requerían para resolver los problemas en física. En el segundo, quedé como campeón nacional.

I OCC RESULTADOS FINALES 1990 1

GANADORES 1990

I OCC Resultados Finales Primer Nivel

| NOMBRE | GRADO | COLEGIO | CIUDAD | PTJE |
|-----------------|-------|-------------------|-------------------|------|
| JOSÉ RESTREPO | 8 | COLOMBO BRITANICO | ENVIGADO | 40 |
| FEFER JEFFREY | 8 | COLOMBO HEBREO | SANTAFE DE BOGOTA | 24 |
| FRANCO OBERTI | 9 | COLOMBO BRITANICO | ENVIGADO | 24 |
| LAURA JARAMILLO | 8 | COLOMBO BRITANICO | CALI | 16 |
| ROBERT BUTLER | 9 | COLOMBO BRITANICO | ENVIGADO | 14 |

Después siguieron otro montón de pruebas que me obligaban a faltar a mis clases en el colegio. Estas pruebas servían como preparación para el nuevo reto que era participar en las olimpiadas mundiales de computación. Estas olimpiadas serían en Alemania en 1992. Fue necesario aprender un nuevo lenguaje de programación conocido como C. El paso del BASIC al C fue tan traumático como pasar de montar en bicicleta con rueditas a manejar un monociclo. Pero los resultados pronto comenzarían a salir, en especial conociendo el manejo de estructuras, punteros, grafos y recursividad en el código. Aunque tuvo un poco de drama, como narraré a continuación.

1 <http://oc.uan.edu.co/component/k2/item/136-i-occ-resultados-finales-1990>

Dos semanas antes de viajar a Bogotá para asistir a la eliminatoria mundial estaba jugando un partido con la selección de fútbol del colegio. Faltando unos minutos para terminar, vi la necesidad de rechazar un balón con la cabeza... con la mala fortuna de que alguien consideraba que podía patear ese mismo balón con alguna pirueta acrobática. El resultado es que quien recibió el impacto fue mi nariz y no el balón. Resultado: fractura. Debía ser operado en los siguientes días para que la cirugía fuera más simple. El proceso de convalecencia significaba que debía viajar con los vendajes aún en la nariz a presentar la primera prueba con dos días de retraso. Afortunadamente, la inspiración apareció pronto y pude resolver la prueba de forma rápida. Mi resultado fue tal que yo ya era inalcanzable para los demás sin haber presentado la segunda prueba. Debía de todas formas regresar a Medellín para que me retiraran los vendajes y volver a Bogotá para presentar la segunda prueba y para comenzar con los trámites para el viaje.

La IOI92 se desarrolló en Bonn, Alemania². Fuimos la primera delegación de Colombia en participar en dicho evento (que aún se realiza). A lo largo de diez días se programó, se conoció a personas de diferentes culturas y lugares con historia, se bailó y se comió con gusto. Durante el concurso, el nivel de nuestro equipo era el más bajo dado el perfil de las personas contra las que se competía, ya que eran universitarios, mientras que nosotros apenas terminábamos nuestra educación secundaria. Sin embargo, se pudo hacer un buen trabajo en los ejercicios requeridos y se adquirió una experiencia importante para el organizador del concurso.

Desde lo anecdótico, el viaje me impidió participar en otro evento importante para la juventud: el viaje de conclusión de la secundaria a San Andrés con todos mis compañeros de estudio. Pero eso se reemplazó por un viaje por Bélgica y sus alrededores, en donde se pudo disfrutar la experiencia completa de: dormir en el motel del puerto de Antwerpen (porque llegamos tarde en la noche) y disfrutar allí de



2 <https://ioi.te.lv/locations/ioi92/>

todos los aromas y sonidos de tan simbólico sitio; observar los diamantes y las calles rojas, disfrutar de la comida, la cerveza local y de los museos y otras aventuras; perdernos en Brujas con la suerte de alcanzar el último tren de la noche que nos llevaba a Bruselas; caminar por un bosque en la mitad de la noche porque ya no había servicio de tranvía; y finalmente regresar unos días a Estados Unidos, a Miami, conocer una nueva familia lejana y tener que escapar debido a que se aproximaba una tormenta (que luego se llamaría el huracán Andrew) que destruyó gran parte de la ciudad.

Llegar de nuevo a la ciudad significó presentar las pruebas del Estado, también conocidas como las ICFES en aquel entonces. Al suspender todo el proceso de preparación, fue necesario realizar unos exámenes rápidos de preparación con resultados muy pobres que daban a entender que no sería fácil. Igualmente, el ambiente en el salón de clase se vio influenciado por la magia y la mística de una persona que, en mi opinión, se aprovechó de la “duda” y de la edad de algunos de mis compañeros para convertirlos en “soldados” de una secta religiosa que enrareció la relación que existía entre todos nosotros. Esto me mostró que el mundo es amplio y puede cambiar en cualquier momento y en cualquier lugar; no hay certeza de nuestro entorno por más seguro que sea. Los cambios pueden ocurrir en un ambiente seguro de forma inexplicable.

Pero la incertidumbre nunca debe ser un impedimento para seguir avanzando. Por lo anterior, me tuve que concentrar en desarrollar los elementos faltantes para el examen del Estado. El resultado fue mucho mejor que el inicial.

Sobre los amigos, estos no eran los únicos. Y la vida me mostró que las relaciones de amistad se construyen y se mantiene bajo la sinceridad y el respeto al otro.

Adultez

La adultez comienza con la universidad. Luego de explorar diferentes opciones de vida, encontré una que podía satisfacer mis expectativas. Al decidirme por estudiar ingeniería, sabía que estaba en un mundo específico. Estaba aplicando mis conocimientos y tenía la oportunidad de experimentar y

crear; habilidades y destrezas que fui cultivando desde la niñez. La carrera debe potenciar nuestras habilidades natas y debe permitirnos ser felices haciendo lo que conocemos y sabemos hacer.

Pero descubrir eso no fue del todo fácil. Las dudas siempre existen cuando tienes que decidir qué será tu futuro en los próximos años. Las opciones fueron varias: medicina, ingeniería y hasta publicidad en una última instancia. A pesar de tener los “pergaminos” y antecedentes previos, siempre hay que dudar para poder encontrar una posible verdad. Luego de pasar diferentes pruebas (e inclusive ser admitido en otras instituciones), la decisión final fue fácil (y de hecho la última).

La universidad me permitió acercarme más a ese mundo digital y de las cosas. La formación desde la base del conocimiento despertaba ese interés y curiosidad que siempre había mantenido. Además, la experiencia con personas que compartían mismos gustos e intereses hacia diferente la experiencia del colegio. Las opciones eran más, la libertad mayor y las experiencias más extremas y enriquecedoras en todos los aspectos: morales, sociales, de aprendizaje, etc. Por lo que citando apartes de una canción de un grupo suramericano:

Ya tuve que ir obligado a misa, ya toqué en el piano “Para Elisa”
ya aprendí a falsear mi sonrisa, ya caminé por la cornisa
Ya cambié de lugar mi cama, ya hice comedia ya hice drama
Fui concreto y me fui por las ramas, ya me hice el bueno y tuve mala fama
Ya fui ético y fui errático, ya fui escéptico y fui fanático
Ya fui abúlico y fui metódico, ya fui impúdico y fui caótico
Ya leí Arthur Conan Doyle, ya me pasé de nafta a gasoil
Ya leí a Bretón y a Molière, ya dormí en colchón y en somier
Ya me cambié el pelo de color, ya estuve en contra y estuve a favor
Lo que me daba placer ahora me da dolor, ya estuve al otro lado del mostrador
[...]
Ya probé, ya fumé, ya tomé, ya dejé, ya firmé, ya viajé
Ya pegué, ya sufrí, ya eludí, ya hui, ya asumí
Ya me fui, ya volví, ya fingí, ya mentí
[...]

Y oigo una voz que dice con razón
Vos siempre cambiando ya no cambias más
Y yo estoy cada vez más igual
Ya no sé que [*sic*] hacer conmigo. (Musso, 2006)

La única diferencia es que yo sí sé qué hacer conmigo. Yo ya había descubierto esa facilidad para transmitir el conocimiento y experiencia adquirido a otros compañeros; tanto que ya los temores al error ya desaparecen completamente. No hay temor en decir que, por causas no controladas o errores involuntarios, se ha detenido la operación de una empresa, varado el metro de la ciudad o detenido un bus del sistema integrado de transporte.

Creo que parte del éxito en la actividad de transmitir conocimiento es ser capaz de relacionar el conocimiento con experiencias reales o con similares de la vida real como ocurrió desde la niñez. Otra razón es la paciencia que tengo para intentar múltiples veces y diferentes metodologías para acercarme a un problema. Aplicar la lógica y la experimentación son una consecuencia de la formación creada para desarrollar y aplicar la ingeniería en la vida.

Referencias

El Cuarteto de Nos. (2006). Ya No Sé Que Hacer Conmigo [Canción]. En *Raro*. Bizarro Records.



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesora distinguida de Facultad:

Laura Lotero Vélez

Facultad de Ingeniería Industrial

Mi experiencia como docente

Hay muchas variables que permean la práctica docente, y cada historia puede ser única. Quizás la mejor forma de explicar y agradecer este reconocimiento como docente distinguida sea un relato con un poco de todo: historia de vida, el proceso de formación y algunas reflexiones sobre mi ejercicio actual de docencia en la Universidad Pontificia Bolivariana.

Los primeros años: la escuela

Nací en la ciudad de Medellín, pero mis primeros años los viví en una vereda de la ciudad, en el campo. Allí hice mi primaria y para poder ir a estudiar tenía que caminar dos kilómetros —en una carretera que entonces estaba sin pavimentar— para llegar a la escuela pública de la vereda, algo así como treinta o cuarenta minutos de caminata en la mañana y aproximadamente una hora de regreso. De la vida de campo quizás se me haya quedado impregnada la tranquilidad y la calma; quizás también sea una cualidad que heredé y admiro de mi mamá. Son rasgos de personalidad que creo que hoy me sirven en el ejercicio de la docencia. De esos primeros años también me quedó el gusto por caminar.

De la niñez me recuerdo que uno de mis juegos favoritos era sentar a los muñecos y darles clase, quizás repitiendo y afianzando lo que había vivido en la escuela. Podría decirse que hoy hago lo que de niña soñaba, aunque ciertamente la docencia universitaria dista mucho de los cuadernos con figuras y frases simples que yo misma le hacía a una fila de peluches.



Primer día de escuela.
(fuente: Archivo personal)

Aprendí a leer y a escribir fácil, más por curiosidad o chisme (“Má, ¿qué dice ahí?”). A las tablas de multiplicar logré encontrarles alguna lógica y las aprendí rápido, así hoy a veces se me deslicen en cálculos sencillos en el tablero. En general fui buena estudiante, aunque me iba terrible en educación física y a veces no entendía muy bien las clases de sociales. Disfrutaba mucho las clases de matemáticas y español, pues ambos son lenguajes que me divertía descifrar. Ese gusto y facilidad por las matemáticas en el colegio fueron lo que posteriormente marcaron mi elección por estudiar una ingeniería y es algo que me esmero en transmitir a mis estudiantes: lo bonito que son las bases de muchas cosas que hacemos en ingeniería, la lógica que hay detrás de ellas y cómo todo, de alguna manera, está interrelacionado por medio de la matemática.

La formación en ingeniería y los posgrados

Terminé el colegio muy joven. Decidí estudiar Ingeniería Industrial: entre todas las ingenierías que tenía a la mano (estaba decidida a estudiar alguna ingeniería), ésa me pareció la más versátil. Hoy, que soy profesora en la facultad de Ingeniería Industrial, todavía me lo parece y es algo que le agradezco: la transversalidad y versatilidad que ofrece, sin perder la rigurosidad de la ingeniería. Me presenté y pasé a las dos universidades públicas más reconocidas de la ciudad. Quise estudiar en la Universidad Nacional y pasé en el tercer lugar del examen de admisión de la carrera, lo que me permitió estar becada el primer semestre. El ambiente de la universidad, y especialmente en una pública, era muy diferente al del colegio y al de los primeros años de escuela rural. Considero que en la diferencia se aprende y se crece mucho, aunque a veces sea un poco incómodo.

Cuando estaba en tercer semestre se me dio una oportunidad no buscada: por medio de una familiar empecé a trabajar medio tiempo como analista de procesos en una institución educativa preescolar que estaba organizando su sistema de calidad. Fui guiada por la familiar que era consultora de estos temas en varias empresas. Fue un privilegio y una gran responsabilidad poder aprender haciendo lo que más adelante me enseñarían

en la universidad. También fue una gran lección aprender a organizar el tiempo para estudiar la carrera, trabajar medio tiempo durante un par de años y tener la vida social que una joven normal quiere tener. Agradezco y recuerdo con mucho cariño el tiempo que aprendí trabajando en “El Arca”.

Más adelante, un poco más allá de la mitad de la carrera, me presenté a una monitoría en la escuela de matemáticas para el curso de Álgebra Lineal. Esto requirió que apartara tiempo para dar asesorías a estudiantes de todas las ingenierías, hacer talleres los sábados y apoyar a los profesores en la calificación de exámenes. Quise dedicarle mi atención a esto y a mis estudios, por lo que no seguí más como analista de procesos en el preescolar. Dictar dichos talleres fue mi primera experiencia en frente de un salón lleno (en donde el tablero todavía era verde y se escribía con tiza). Algo volvió a hacer *clic* en mí: una voz interna, eso que quizás llaman vocación. Dictar los talleres los sábados fue una actividad que disfruté mucho durante el par de semestres que fui monitora.

A medida que avanzaba la carrera, fui viendo las diferentes ramas en las que se puede especializar un ingeniero industrial. Las áreas de estadística y optimización fueron las que más me gustaron y las que luego marcaron el camino a mis estudios posgraduales, y finalmente son a lo que me dedico actualmente. El trabajo de grado del pregrado lo hice en el marco de un proyecto de investigación que lideraba la profesora de optimización, Patricia Jaramillo, a quien debo mucho y de quien aprendí no sólo su asignatura, sino a ser profesora. En este proyecto se me ofreció la oportunidad de hacer la maestría en ingeniería. Una vez terminé mi carrera de ingeniería industrial, pude empezar la maestría en ingeniería de sistemas inmediatamente, la cual me ofrecía la oportunidad de hacer una línea de profundización en investigación de operaciones y optimización. Me presenté a una beca y la gané; la contraprestación de esta consistía en apoyar labores de los profesores del departamento. Durante un semestre dicté el curso de investigación de Operaciones I, que es el equivalente a uno de los cursos que hoy en día dicto en la UPB; el resto del tiempo me asignaron labores dentro del proyecto de investigación.

Terminé la maestría y seguí trabajando como auxiliar de investigación durante un año. No estaba segura de querer seguir estudiando, pues la maes-

tría la hice para cumplir con un proyecto de investigación, y aunque aprendí muchísimo, sentía que había sido más por responder apropiadamente por un trabajo que por gusto propio. Fui a una conferencia a exponer mi trabajo de maestría (que era sobre un modelo de optimización de asignación de tráfico en el Valle de Aburrá) y en una de las charlas plenarias descubrí un tema que me llamó mucho la atención: la vulnerabilidad y robustez de las redes de infraestructura física. La expositora usó varios de los términos que ya conocía por mi trabajo de tesis, pero me abrió las perspectivas a otra forma de entender los sistemas complejos como la movilidad y transporte urbano.

Una vez se terminó el proyecto de investigación en el que estuve trabajando después de terminar la maestría, quise quedarme un poquito como un velero al viento a ver para dónde me llevaba. Me presenté a un par de trabajos de ejercicio profesional y docente, pero también quise presentarme al doctorado con este nuevo tema de investigación que me había llamado la atención. Lo dejé un poco al azar, o eso digo yo. La premisa fue: “Si me gano la beca para el doctorado, lo hago; si no, elijo alguna de las opciones de trabajo que tengo a la mano”. Me gané la beca para seguir estudiando. Como requisito de la beca tendría que dictar un curso al semestre en pregrado. Fui realmente afortunada. No sólo por la beca, sino por el apoyo de quienes estaban a mi lado. Eso siempre ha sido muy importante.

La beca duraba cuatro años, y el desarrollo y escritura de la tesis doctoral se tomó un semestre adicional. Di cátedra en varias universidades de la ciudad para poder pagar el semestre adicional y el sostenimiento. Una vez entregada la tesis me presenté a la convocatoria para profesor de tiempo completo en el área de optimización de la Facultad de Ingeniería Industrial de la Universidad Pontificia Bolivariana. Eso fue hace varios años, y hoy puedo describir esta experiencia como docente distinguida de esta facultad. Gracias.

Como complemento, quizás un poco diferente, quise unir uno de mis otros gustos personales a mi vida profesional. Aproveché la oferta de posgrados del lugar donde trabajo, e hice la especialización en Literatura, producción de textos e hipertextos. Fue todo un reto, pues toda mi vida académica había estado volcada hacia las matemáticas y los números, y ahora compartía aula, como estudiante, con profesionales de áreas más enfocadas hacia las

humanidades. Fue una experiencia muy bonita y enriquecedora. Conocí personas que ahora son buenos amigos. Si bien sigo siendo profesora de ingeniería, trato de imprimir un poquito de esa experiencia en mis clases.

Algunas reflexiones sobre mi quehacer hoy

Hacer un doctorado implica una responsabilidad no solo conmigo, mi empleador y mi *alma mater*, sino también con la sociedad colombiana. Aprendí y me gusta investigar y dedicarle parte de mi tiempo a crear y responder preguntas que puedan tener un impacto directa o indirectamente en la ciencia y en la sociedad. No es fácil y es una tarea que requiere tiempo y mucha dedicación. Intento cada día dar la talla y cumplir con los estándares que se esperan de un doctor. Soy humana y a veces me canso; tengo ciclos de mayor y menor productividad. Existen muchas presiones internas y externas en el mundo académico y de la investigación por producir y publicar. Hago lo mejor que puedo, siguiendo la brújula de la ética en publicaciones. Soy consciente de mi responsabilidad.

Amo ser profesora y dedico tiempo para preparar, actualizar y dar lo mejor de mí y de las herramientas que la ciencia y la experiencia me han dado en mis clases. Estar frente al tablero es una gran responsabilidad que asumo con el gusto con el que un artista asume su *performance*. Enseñar puede ser un verdadero arte que, con la experiencia, se va moldeando y mejorando. Pero enseñar también tiene su ciencia. Trato de actualizarme y cualificarme en pedagogía, así no sea mi formación de base.

Tratando de enseñar, lo más claro y sencillo posible, temas que por su naturaleza no lo son, los entiendo mejor. De mis estudiantes aprendo a partir de sus preguntas que me van dando luces sobre temas oscuros para ellos, o de sus comentarios y sus caras, que me indican si vamos juntos en el tema, y si alguno se quedó en el camino, trato de recuperarlo. De mis clases afino y entiendo mejor la ciencia y busco cómo hacerla accesible, fácil para los demás, aunque no necesariamente lo sea. Quiero que mis estudiantes recuerden con cariño las materias en las que los acompaño, pues creo que es mediante el afecto que se crean mejores caminos para el aprendizaje.

Hay algunas estrategias que he implementado en mis clases que considero nos han ayudado, a estudiantes y a mí, a tener un mejor espacio para el aprendizaje. Estas estrategias, que surgen tanto del ejercicio empírico como de las cualificaciones en didáctica y pedagogía que he realizado para mejorar mi práctica docente, consisten, por ejemplo, en siempre empezar la clase con un recorderis del tema que estamos viendo; esto ayuda a que el estudiante entre en el contexto de la clase y que los conceptos y procedimientos que se harán en la clase tengan como sustento y base el conocimiento previo que venimos construyendo. Me gusta que los estudiantes se sientan en confianza de preguntar y comentar sobre la clase y los temas. Trato de motivarlo. Antes de los exámenes, hago simulacros y talleres con ejercicios parecidos, así el estudiante sabe qué se espera de él en una evaluación, cuáles son los resultados de aprendizaje que se le medirán.

En los cursos en los que es posible, trato de que los estudiantes realicen un trabajo práctico por entregas, y que en éste pongan en práctica, así sea de una forma muy guiada, conceptos básicos del mundo de la investigación; por ejemplo, que el trabajo tenga forma de artículo en el que escriban la introducción al problema que van a analizar, revisen algunos antecedentes y otros referentes de la literatura en el mismo, expliquen la metodología y los resultados obtenidos y que cierren con las conclusiones del ejercicio de aplicación y las respectivas referencias bibliográficas. Las entregas son revisadas y esto permite que el estudiante mejore y amplíe a la vez que va profundizando en la solución del problema. En otros cursos, y después de la experiencia de la virtualidad debido a la pandemia, intento que grupos de estudiantes trabajen en la formulación y solución de un problema y lo expliquen de forma sencilla en un video corto. No siempre es fácil resumir y explicar en pocas palabras el mucho trabajo que hacemos los ingenieros. Por eso me gusta este ejercicio.

Sé que puedo mejorar la forma en que compaginen lo que hago en investigación con lo que enseño. Lo intento día a día. Sé que a veces la humanidad que me atraviesa hace que mis clases no sean siempre las mejores, pero siempre doy lo mejor de mí en ellas. Sé que quizás puedo ser un poco más ordenada en el tablero, aunque si miro en retrospectiva ha sido mucho lo que he mejorado. Sé que a veces voy rápido en las clases porque

me emociono con algunos temas, pero la comunicación con los estudiantes me ayuda a regular los ritmos. Quiero que, además de ser un lugar donde se desarrollan competencias y capacidades humanas, se adquieren y afianzan contenidos conceptuales, procedimentales y axiológicos, mis clases sean un espacio seguro para el encuentro de los estudiantes con el conocimiento y con el otro.

Agradecimientos

Esta sistematización de experiencia como docente distinguida es posible gracias a la Universidad Pontificia Bolivariana, que además ha sido mi segunda casa durante los siete años que tengo como profesora bolivariana. Agradezco a los estudiantes, sus bellas palabras y sus siempre valiosas preguntas y comentarios en clase; aunque suene a cliché, son mi razón de ser profesora. A mis compañeros de facultad que, en la diversidad de temperamentos, áreas de experticia, y formas de ser profesores, enriquecen esta experiencia. Es, además, un honor compartir con quienes también estuvieron nominados a docentes distinguidos de la facultad.

A mis profesores, de quienes trato de seguir el ejemplo y son siempre motivo de admiración.

A mi familia, pareja y amigos. Todos ellos son los mejores maestros.



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesora distinguida de Facultad:

Leidy Johanna Rendón Castrillón

Facultad de Ingeniería Química

Mi nombre es Leidy Johanna Rendón Castrillón. Soy docente en la Facultad de Ingeniería Química; normalmente acompaño a los estudiantes en los cursos de Química Orgánica I y laboratorio de química orgánica y bioquímica, y este semestre estoy acompañando el curso de Biología Ambiental en Ingeniería Ambiental.

Llegué a la UPB siendo química farmacéutica de la U. de A. Fui recibida por el Centro de Estudios y de Investigación en Biotecnología (CIBIOT), donde me adoptaron como joven investigadora sin imaginarme que se abrirían puertas del conocimiento que me llevarían al mundo de la docencia, y desde allí he tenido la oportunidad de crecer tanto profesional como personalmente. Cuando estaba culminando mis estudios de bachillerato y pensando en qué pregrado hacer, siempre busqué una profesión donde no tuviese que enseñar pero que sí estuviera relacionada con la química... pero el desarrollo de la profesión me trajo al gran mundo de la docencia.

Llegar hasta acá es el resultado de la dedicación y el amor con el que se hace todo lo que trae el día a día, tal como me fue inculcado desde niña en mi hogar. Preparar clases pensando en cada grupo, en lo que los caracteriza, su alegría, su interés, curiosidad, su búsqueda absoluta del conocimiento y el querer llegar al alto de la cima y cumplir sus sueños... eso es pasión.

Y pasión es lo que siento cada vez que entro a un aula de clase y percibo todas esas miradas puestas en mí, una responsabilidad gigante por transmitir mi saber desde la verdad y desde el amor.

Es claro que la docencia parte de un objetivo académico. Siempre trato de acompañarlos desde la persona, es decir, mencionarles día a día que primero somos personas y, de la mano, somos profesionales y fuentes de conocimiento. Esto significa que no se pueden perder de vista todos los valores que nos hacen ser humanos íntegros, felices, respetuosos y potencialmente generadores de conocimiento con las personas que nos rodean.

Mi proceso académico como química farmacéutica, especialista y magíster en biotecnología y doctora en ingeniería me ha permitido sumergirme desde y hacia muchos puntos de la ciencia y la investigación; se convierte en una herramienta o una filosofía para decirle siempre a mis alumnos que los sueños no tienen límites y que las oportunidades se deben aprovechar desde la transparencia, siempre en pro de crecer y sin obstaculizar el objetivo de quienes se encuentran al lado de uno.

Es gratificante poder leer las observaciones realizadas por algunos de los estudiantes al final del semestre y evidenciar que el objetivo trazado se cumplió. Me motiva a seguir preparándome y ser mejor en esta bella labor, actualizándome y buscando ser más didáctica y permeable para ellos.

Quiero aprovechar para agradecerle al grupo CIBIOT y cada uno de los que han puesto en mí esa semilla del conocimiento. Por ejemplo, la disciplina de Carlos Ocampo y la tenacidad de Margarita Enid Ramírez, quienes me han acompañado en este camino y me han permitido ser parte de ellos para crecer profesionalmente; al profe Yesid Vélez, quien desde un comienzo se convirtió en un maestro para desarrollar esta bonita labor; de igual forma, quiero agradecer a la Facultad de Ingeniería Química por la oportunidad de ser parte de este proceso; y a los estudiantes, quienes se convierten en la fichas claves del rompecabezas para cumplir el objetivo de enseñar con amor, porque es crucial que la pasión con que se haga cada tarea la convierta en algo mágico.

Para finalizar, quiero darle gracias a Dios por los miembros de mi familia, quienes son mi motor primordial para levantarme cada día; por su apoyo, dedicación y entrega hacia mí, quienes justo me han enseñado que Dios es el instrumento y debe ser exclusivo en mi vida, que hay que escuchar el corazón porque en él se guardan grandes certezas.

Gracias.



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesora distinguida de Facultad:

Lina María Vélez Acosta

Facultad de Ingeniería Agroindustrial

Ser profesor es entregarse desde el corazón

Nací en el seno de una familia numerosa, la tercera entre seis hijos del primer matrimonio de mi padre. Este era ingeniero civil, muy trabajador, responsable y de carácter fuerte, oriundo de Salgar, Antioquia. A mi madre, nacida en Venecia, Antioquia, la recuerdo como un ser alegre, soñador y tenaz. Ambas familias, la paterna y la materna, son maravillosas, pero son las hermanas de mi padre quienes en muchas ocasiones a lo largo de mi vida han estado ahí tendiendo su amorosa y generosa mano para apoyarnos. Los recuerdos de mi infancia son muy gratos: mis cuatro hermanas y mi hermano, además de un ejército de amigos, son protagonistas de éstos.

Entre los cuatro a los nueve años viví en una casa cerca a la iglesia de Lourdes. Entre mis hermanas mayores y los vecinos armaban obras de teatro y un circo; los actores y quienes recogíamos las entradas éramos los más pequeños. Allí aprendí a montar en bicicleta entre muchas caídas y ralladas de carros. También aprendí a nadar en la piscina olímpica; era el paseo de todos los sábados, que siempre se acompañaban de panelita y coco. No se me puede olvidar las comitivas —así llamábamos a las comidas que preparábamos en la calle—; casi siempre en lotes abandonados, a escondidas de los papás y que eran organizados por las hermanas mayores y sus amigos... toda una aventura.

En esos años comencé a estudiar en el Colegio de San José de La Salle. Aterricé allí a primero de primaria junto con mi hermana Natalia, que es la que me sigue en edad, pues mi mamá, con un pragmatismo único, esperó a que ella tuviera cinco años para que entráramos juntas al precolar de Santa Cecilia, por la Iglesia de San Joaquín. Por esta razón estudié con ella hasta el grado 11°; siempre fui de las mayorcitas del salón. Eso mismo me pasó con una de mis hermanas mayores cuando perdió un nivel del curso de natación; me tocó repetirlo para que ella no se quedara sola.

En 1989, la familia Vélez Acosta se muda a la Nueva Villa de Aburra, unidad residencial inmensa, llena de árboles, de naturaleza, recovecos, vecinos, amigos, cordialidad, armonía. En las plazoletas de la Villa jugábamos al escondite, chucha (ahora creo que le dicen llévala), policías y ladrones, algo parecido al béisbol y otras tantas que no recuerdo. Las nueve de la

noche era el toque de queda materno; no podíamos entrarnos más tarde porque el regaño era fijo. Fueron tiempos de muchos aprendizajes, moretones, caídas en bicicleta, abrazos, risas, peleas, regaños, lloradas.

Los domingos estaban reservados para el encuentro con la familia paterna en la casa de la mi abuela y de mis tíos en Laureles, quienes recibían a toda la patota que llegaba a almorzar, a romper la tranquilidad, a brincar en las camas, a explorar rincones prohibidos de la casa, a contar historias y a estrechar los lazos. Nos seguimos reuniendo, aún en Laureles; nuestros hijos han seguido las mismas costumbres.

Muchas de las vacaciones las pasamos en la finca del tío en Salgar, Antioquia, una finca cafetera y ganadera inmensa, donde se acogía, y aún se acoge, a todo el que quisiera; donde se aprendió de café, a amar a nuestro suroeste antioqueño, a montar a caballo, el proceso de la panela; donde se organizaron juegos familiares, de los cuales yo era una de las organizadoras, en los que hasta a la abuela le tocó estar en la pista enjabonada y en “agarre a la gallineta”. Cómo olvidar los diciembres haciendo las novenas y organizando para la noche de Navidad una gran entrega de regalos a los niños de la vereda, acompañados de natilla, perro caliente, dulces, juegos y cariño. Fue un disfrute la comparada de cada regalo, la preparación de la comida, los momentos que al leer la novena nos reíamos y nos regañaban. El 31 de diciembre era otro cuento: llegaban los amigos de la familia, se tiraba pólvora y se mataba marrano (eran otros tiempos), se bailaba, se hacían amistades, se estrechaban lazos.

Fuimos creciendo y llegaron los bailes de garaje, los novios, paseos con amigos, nuevos aprendizajes, nuevos amigos. Siempre fui buena estudiante, deportista y responsable. En el colegio fui delegada social y cultural en algunos grados, también organizadora de eventos, del (terrible) desfile de modas y de los juegos los múltiples. Éramos solo cuatro o cinco mujeres en un grupo de cuarenta y cinco a cincuenta estudiantes, lo que permitió unión entre el grupo de niñas y afinar el carácter; de allí la fama de brava durante esa época. En octavo, un grupo de estudiantes logramos que se creara el primer equipo femenino de algún deporte para representar a la institución. Cómo recuerdo el equipo de voleibol: mucho entrenamiento, pero nos faltaba disciplina. Aunque algo ganábamos: era más lo que nos reíamos y

disfrutábamos conociendo colegios y perdiendo clase. Sin embargo, dejamos el camino para que las otras niñas se destacaran en años posteriores. Recuerdo también las vueltas al colegio: competía por el primer lugar con dos o tres amigas, también hice pinitos en el fútbol y en el basquetbol, que quedaron como intentos de explorar nuevos deportes.

En enero de 1988 muere mi mamá. Con ella se fueron los vallenatos, la salsa y la música romántica organizando la casa, se fueron las citas de los amigos para que les cortara el pelo. Duro golpe para todos, una gran tristeza y, en ese entonces, una gran incertidumbre. El sacerdote el día de la misa en la iglesia de Santa Gema dijo: “Este hombre y sus pequeños hijos deben tener mucho acompañamiento y fortaleza”. Así fue. Mi papá, consternado, pero con la necesidad de estar viajando por su trabajo, confió en sus hijos y en el apoyo de sus hermanas, y así pudimos seguir adelante. La mercadería, la organizada de almuerzo y de ropa, la recogida de notas en el colegio, la plancha de uniformes, todo lo que una casa necesita ya era responsabilidad nuestra. Fueron tiempos difíciles. Asimilar la muerte de una mamá y tener que aprender hacer cosas que para nuestra edad no eran comunes en plena entrada de la adolescencia fue todo un reto que formó el carácter y fortaleció los lazos familiares por siempre.

Ese mismo año, 1988, fue el último en el colegio; fue de gran significado para quien soy hoy, pues comencé a dar clases externas de matemáticas a niños más pequeños, fui la profesora de física el día de la autoridad y apoyé a mis hermanos menores en sus tareas. También fue el año en el que conocí a mi compañero de vida, Juan Fernando, y decidí qué carrera universitaria estudiar.

Estudiar en la UPB fue difícil para mí en ese entonces. El puntaje en las pruebas ICFES no fue suficiente para ingresar a Trabajo Social. Además, los costos de la carrera eran altos para una familia de clase media con cuatro hijos en la universidad. Aterricé entonces en la Corporación Universitaria Lasallista para estudiar Ingeniería de Alimentos, carrera novedosa y prometedora que era ofrecida por una institución de la misma línea de mi formación secundaria.

Recuerdo los tiempos en la universidad como tiempos de mucho afán, de estudio hasta altas horas de la noche, de madrugadas para llegar a tiempo a

clase, de montadas en buseta, de responsabilidades compartidas entre la casa y el estudio, de trabajar en vacaciones para tener algo para gastar, de música romántica, de cantar vallenatos, de jugadas de cartas hasta el amanecer, de compartir con amigos. Pero cómo no traer a estas líneas el recuerdo de haber vivido por esa época momentos muy difíciles para todos. La violencia producto del narcotráfico sacudió al país y con ferocidad a nuestra ciudad de Medellín, dejando una huella en lo que hoy soy, en lo que somos, en lo que pensamos y en cómo nos comportamos.

Estando en noveno semestre decidí trabajar para poder tener para mis gastos, además de pensar en cómo pagaría el ICETEX una vez me graduara. Comencé ofreciendo pensiones voluntarias (apenas comenzaba el sistema de Régimen de Ahorro Individual con Solidaridad, modalidad en la cual una persona ahorra para su retiro en un fondo de pensiones privado). Frustración, fracaso, pero mucho aprendizaje, especialmente a través de las capacitaciones que se daban a diferentes empleados (conductores, obreros, secretarías, entre otras). Una vez graduada seguí mi camino laboral en el área de ventas técnicas, un trabajo afín a mi profesión. Llegué a una empresa de equipos para la industria de alimentos reconocida de la ciudad; el reto era abrir un mercado que no se había explorado. De esa experiencia rescato el conocer muchos barrios de Medellín, el trabajo en equipo, el aprendizaje obtenido y el enfrentar clientes que me hacían ponerme a prueba día a día.

Por estos años, una de mis hermanas mayores viaja al exterior y se casa, luego mi compañera de estudios y hermana también contrae matrimonio. Un año después le sigue mi hermana mayor. Quedamos entonces mis dos hermanos menores y yo. Más responsabilidades, especialmente por el reto de ser una adolescente al cuidado de dos adolescentes, aunque mi hermana mayor y demás familiares estuvieron cerca para darnos la mano.

Entre 1994 y 1997, trabajé primero en una cadena de restaurantes desempeñándome en el área de calidad y luego en una multinacional de la industria de alimentos en temas de seguridad industrial. Fueron tiempos de frustración, de retos y de un gran crecimiento personal, especialmente en aprendizaje hacia la resiliencia. En 1997 me vinculé a un hermoso proyecto en la Corporación Universitaria Lasallista: sería la encargada de capacitaciones a pequeños empresarios en la elaboración de producto alimentarios;

asimismo, acompañaría a los estudiantes de ingeniería de alimentos en el desarrollo de su trabajo de grado. Había encontrado mi vocación: enseñar.

Trabajando en el Centro Piloto de Investigaciones de Alimentos (CINPAL) de la Corporación Universitaria Lasallista (Unilasallista), tuve la fortuna de acercarme a personas con grandes expectativas que requerían orientación para sus negocios. Comencé a enseñar a hacer yogures, productos de panadería, embutidos y mermeladas de una manera práctica con elementos que eran fácil de conseguir y aprovechando los recursos al alcance de quienes acudían a nosotros.

Durante mi paso por esa institución Lasallista tuve la oportunidad de enseñar a diferentes públicos, lo que implicaba retos diferentes. Como ya he dicho, enseñar a microempresarios y productores a desarrollar productos alimentarios; también destaco el enseñar a venteros ambulantes buenas prácticas de manufactura en el marco de un programa institucional maravilloso que permitió formar más de ciento cincuenta personas. Recuerdo especialmente la graduación: la organizaban con todos los elementos de una graduación universitaria, pues para ellos había sido la única forma de acercarse a unas aulas y obtener un título, así fuera de formación continua.

En 1999, mi jefe, Lázaro, me presenta a don Arturo Tobón, director de la Facultad de Ingeniería Agroindustrial de la Universidad Pontificia Bolivariana, y, sin ni siquiera preguntarme, le dice que yo podría ayudarlo con lo que busca: ser la profesora de procesos cárnicos para la primera promoción del programa. Y así fue como comencé mi tránsito por la docencia.

La primera vez que di clases fue a un grupo de unos veintidós estudiantes en julio de 1999: dos profesoras del programa (la de biología y la de microbiología) y el mismo Dr. Arturo Tobón; fue una sorpresa mayúscula el primer día de clase al ver que estas tres personas asistirían al curso todo el semestre. Como no podía ser inferior al compromiso, me dediqué a preparar las clases con todo el empeño, estudiando, consultando, preguntando, practicando. Apliqué bastante de los conocimientos adquiridos en los cursos de pedagogía y didáctica educativa que recibí trabajando en la Lasallista. En mi curso de procesos cárnicos las prácticas académicas eran las actividades que más generaban entusiasmo; el desarrollo de alimentos

y poder llevar a la casa lo que se elaboraba era muy bien valorado por todos. El reto fue enorme. Era la primera vez que daba clase a universitarios, con poco tiempo para organizarla y con un público nutrido y exigente... realmente, ¡qué estrenada!

Los resultados de esa experiencia me tienen acá hoy, trabajando con algunos que fueron compañeros como docentes y otros que eran estudiantes por ese entonces, todavía grandes amigos. Esta cátedra la estuve acompañando hasta el año 2001, pues el tiempo que requería para el trabajo, para el estudio y para la familia no me alcanzaba y debí dejar el curso. Lo que no sabía era que los amigos y la imagen que dejaba serían de gran importancia para mi regreso a la UPB después de algunos años.

Para enero de 2001 ya había contraído matrimonio con mi novio desde siempre, Juan, mi compañero de vida, y había comenzado mis estudios en la maestría en desarrollo en la UPB. En la Unilasallista, donde aún trabajaba, mi función era la de liderar procesos de planeación y autoevaluación institucional, actividad que me sirvió para conocer a fondo la institución, liderar procesos de creación de programas académicos y formarme en los temas de calidad educativa. Aprendí bastante de personas como el Dr. Vicente Albéniz y la Dra. Josefina Lopera, líderes de los procesos de autoevaluación con fines de acreditación en Colombia. Para ese entonces también había comenzado a dar clases en esta institución: el curso de Vida Universitaria Lasallista para todos los estudiantes y el curso de Procesos Cárnicos para estudiantes de industrias pecuarias.

En 2003 asumí la dirección del programa de Ingeniería de Alimentos en la Unilasallista, lo cual trajo grandes retos administrativos y profesionales. El aprendizaje en este rol fue muy valioso; conocer el otro lado del asunto académico permite comprender decisiones administrativas, entender dinámicas institucionales y valorar más el oficio del docente. Como líder de un programa académico, una se enfrenta a las expectativas y sueños de los jóvenes y sus familias, a los temores y logros de los estudiantes y, en especial, a su transformación en personas de valor. A la par de mi función administrativa, comencé a orientar el curso de Introducción a la Ingeniería de Alimentos y en este a desarrollar con los estudiantes proyectos de aula, metodología que desde ese entonces ha sido parte de mi ejercicio docente.

Estando en esa función llegó Isabela a nuestra vida. Sin programa, sin expectativas, pero llegó llena de vida y de alegría a torcer los planes que como pareja estaban fijados: mi hija Isabela. Soy mamá desde el 2005; un día antes de nacer mi hija trabajé normalmente, pero según los estudiantes estaba que me explotaba. De esos momentos recuerdo bastante las manifestaciones de solidaridad y alegría de mis compañeros, amigos y estudiantes; sentí un cariño nacido de la confianza y la buena convivencia.

En enero de 2007 renuncié a mi trabajo de tiempo completo en la Unilasallista; un desgaste grande y poco tiempo para mi hija fueron las causas que me llevaron a tomar la decisión. Sin embargo, seguí vinculada con la institución prestando servicios de capacitación para las empresas y como docente de cátedra del curso Bioquímica de Alimentos, un curso muy exigente que me sacó de mi zona de confort y que me hizo tener que estudiar y repasar bastante. En esa época también tuve mucho más tiempo con mi hija y mi esposo, lo que me permitió organizarme y poder estar al frente de asuntos del hogar.

A principios de ese mismo año, 2007, me llamó Juan Carlos Palacio, director del programa de Ingeniería Agroindustrial y antiguo estudiante del curso de Procesos Cárnicos, a decirme que necesitaba un docente para un curso, si mal no recuerdo, de Termodinámica. No acepté. Con sinceridad respondí que me gustaban los cursos más aplicados, en donde los estudiantes tuvieran un buen componente experimental. Para finales del año salió una convocatoria para vincular docentes de tiempo completo a la facultad de Ingeniería Agroindustrial de la UPB, Juan Carlos me la envió y me animó a presentarme.

Presenté una propuesta docente ante el comité de currículo; encontrar allí antiguos colegas y estudiantes me hizo sentir nerviosa, pero a la vez en un sitio conocido. Uno de los aspectos que más recuerdo de ese día fue la intervención de Carlos Hincapié, quien al final de mi presentación me pregunta: “¿Hasta cuándo estará con nosotros en la UPB? ¿Nos dejará como con el trabajo anterior?” Yo respondí como respondería hoy: “Yo estaré hasta cuando sienta que ya no soy feliz”.

El proceso fue favorable y comencé como profesora en propiedad en enero de 2008, vinculada específicamente para los cursos relacionados con

los procesos alimentarios. Adicional a los cursos, se me propuso liderar el Grupo de Investigaciones Agroindustriales (su director estaba realizando estudios doctorales), reto que asumí con gran entusiasmo, responsabilidad, pero a la vez con gran temor, pues mi experiencia investigativa era muy incipiente. De la ayuda de cada uno de los investigadores he logrado consolidar el grupo y se han alcanzado logros importantes que han permitido llevarlo y sostenerlo en los más altos niveles de calidad según las métricas nacionales para la investigación.

Desde el inicio como docente tiempo completo en los cursos de procesos de alimentos y aseguramiento de la calidad en la UPB, pude implementar diferentes estrategias metodológicas y evaluativas que había aprendido. Destaco la programación en detalle de los cursos, a lo que hoy llamamos en la universidad el *proyecto de mediación docente*, así como los proyectos de aula. He utilizado ambas herramientas desde entonces y he ido mejorándolas a partir de las experiencias y de los nuevos avances y retos académicos. Desde ese entonces, los estudiantes han destacado el ejercicio de proyectos de aula como una experiencia significativa de aprendizaje que les aporta elementos valiosos para potenciales emprendimientos.

Me he arriesgado hacer cosas nuevas en el aula, algunas han salido mejor que otras, pues a la metodología del trabajo de curso se le han sumado actividades como: inclusión de componentes virtuales mediante el uso de la plataforma Moodle (mucho antes de la pandemia del COVID-19), acompañamiento en el desarrollo de productos lácteos para empresarios y microempresarios del Norte de Antioquia en sinergia con la Cámara de Comercio de Aburrá Norte, el trabajo articulado con cursos del mismo programa y programas de otras facultades y escuelas, el concurso para el desarrollo de productos cárnicos como reto lanzada por una empresa del sector de aditivos, entre otros. Estas apuestas han sido el resultado de querer transformar lo que se hace en el aula y de vincular a los estudiantes con experiencias reales de la empresa, así como facilitar el trabajo multidisciplinario y fortalecer las competencias de comunicación oral y escrita.

Como docente integral, ha sido parte del proceso el crecimiento de la faceta de investigadora. Mi primer trabajo de investigación en la UPB lo hice de la mano de la profesora Piedad Gañán, a quien invité a ser parte

como asesora de un trabajo de grado de dos estudiantes. Con ellos desarrollamos productos alimentarios utilizando residuos de cítricos, cuyos resultados permitieron hacer la primera publicación en una revista nacional y presentar el trabajo en la Universidad del Cauca. Luego me vinculé a un gran proyecto de investigación sobre la transformación y aprovechamiento del borjón, siendo esta la primera experiencia de investigación que tenía actores externos y en la que debíamos rendir cuentas a una entidad oficial.

Uno de los aspectos que más me ha motivado de la investigación y de la docencia es poder llegar a diferentes públicos, especialmente aquellos más vulnerables u olvidados. De allí que he participado en proyectos que involucran comunidades de amas de casa, productores y microempresarios. Recuerdo el trabajo realizado con una recién egresada para el aprovechamiento del banano de rechazo en productos de panadería, proyecto financiado por Corbanacol, en el cual fue un verdadero desafío la implementación de los procesos productivos en las condiciones de trabajo en Urabá; o el proyecto de panela en la región de Nordeste antioqueño, el cual nos llevó a un grupo de profesores y recién egresados de varias escuelas de la institución a trabajar de amena articulada y a conocer unas realidades de la población bien diferentes a las nuestras. En esta misma línea, el proyecto de miel, en el Suroeste antioqueño, posibilitó el trabajo con la comunidad y la formación de jóvenes investigadores.

También recuerdo, con gran satisfacción, los proyectos que lideré desde la Universidad, los denominados Fruta Pequeña y Oleaginosas; en ambos se nos posibilitó vincular egresados y poder tener recursos para su formación posgradual, una excelente oportunidad para la formación de jóvenes recién egresados en sus inicios de investigación. Asimismo, fue un reto muy grande en la administración de la investigación, manejo de recursos y el trabajo interdisciplinario, pero especialmente la interacción con las comunidades y asociaciones de productores, así como con líderes políticos municipales y regionales.

En este trasegar por la investigación agradezco a compañeros como Robin Zuluaga, Piedad Gañán, Gustavo Hincapié, Andrés Ríos y Diana Giraldo, quienes me han permitido moverme por diferentes temáticas investigativas y crecer como investigadora.

En el año 2012, el entonces director del CIDI, Jairo Lopera, me invitó a ser parte de la estrategia de los Focos de la Institución. Con el respaldo del padre Jorge Iván Ramírez, comencé el proceso de configuración del comité del Foco de Agua, Alimentación y Territorio (FAAT). En este, tenía el reto de rodearme de grandes profesionales para la fundamentación del FAAT y su divulgación. El tránsito por este encargo me permitió conocer cada una de las seccionales, aportar en la construcción de diferentes lineamientos institucionales, me llevó a conocer e interrelacionarme con personas de diferentes escuelas con las que hoy tengo muy buenas relaciones y hemos logrado, cuando los caminos se cruzan, seguir trabajando conjuntamente en temas de investigación.

La labor como docente, desde que comencé en el año 1999 hasta ahora, ha tenido transformaciones importantes. Una de ellas es ser más comprensible con el estudiante sin llegar a ser su amiga, pues creo que cada uno tiene su espacio y su rol, y hay que saberlo diferenciar; sin embargo, estamos para el estudiante más allá de orientarlos hacia una comprensión de conocimientos específicos: estamos para ser parte de su transformación como seres humanos y como profesionales. Cada estudiante es un ser con sus necesidades y particularidades y como tal debe ser abordado. Pese a esto, y pese a los cambios y nuevos retos, siempre he trabajado bajo los mismos principios: el de enseñar desde la ética y el de asimilar los cambios en beneficio de mejorar los procesos.

Para finalizar, traigo una anécdota que me ha hecho reflexionar muchas veces. Una vez, en una visita a una gran empresa de la ciudad de Medellín, me encontré con un antiguo alumno a quien en el pasado le orienté su trabajo de grado. En la conversación, él me dice: “Usted tan inteligente y se quedó de profesora”; a lo que le respondí: “Por eso mismo he elegido ser profesora”. Hoy esa persona es profesor en una institución de la ciudad.

Para mí, ser docente no fue una consecuencia natural de mi actividad profesional, fue una elección de vida. Como profesora siento que estoy aportando un grano de arena a la transformación de la sociedad hacia un lugar mejor para todos. De allí que no hay nada más satisfactorio para un profesor que encontrar que sus antiguos estudiantes se desempeñan como ciudadanos integrales, profesionales capaces y seres humanos satisfechos con su vida.

Ser docente implica darse desde el corazón, saber escuchar, comprender, brindar la mano, orientar. Es estar ahí para cuando aquel estudiante desubicado, desorientado, te necesite puedas acompañarlo y apoyarlo. Si estamos acá porque es un sitio cómodo, porque tenemos la seguridad de un trabajo remunerado o porque es mejor que otros sitios, pensemos si somos realmente felices, pues solo así se puede dar completamente a otros.



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesor distinguido de Facultad:

Juan Sebastián Gaviria García

Facultad de Ingeniería Aeronáutica

Nací y crecí, debo decirlo, en un hogar amoroso y fraterno con una familia que se concentró en eso: en ser familia, pues he visto en mis padres su dedicación y empeño en hacer del hogar un espacio de amor, convivencia, crecimiento sano, educación y principios. Con buenos y malos momentos, con triunfos y dificultades, con momentos alegres y descontentos, con bonanza y escasez, con aciertos y errores, mis padres, quienes soy afortunado de aún tener, han sabido formarnos a mi hermano y a mí bajo los principios católicos y con ejemplo de esfuerzo, perseverancia, humildad, respeto, prudencia. Digo ejemplo porque, más allá del discurso que en la cotidianidad nos brindaban, en mis padres y abuelos siempre vi acciones reales de estas y muchas más cualidades, no solo frente aquellas cosas que son habituales y familiares, sino también ante situaciones complejas y difíciles a nivel personal, laboral, familiar, entre otras.

Mi madre, Olga Lucía, quien renunció a muchos de sus proyectos para dedicarse primero a ser madre, nos acompañó en las etapas más importantes de la niñez, dedicándonos tiempo de calidad. De ella he tomado muchos aspectos de mi personalidad, como la calidez al relacionarme con las demás personas, el ser organizado y hasta perfeccionista en mis proyectos y labores, el ser cuidadoso y el ser perseverante, el deseo de servir a los demás, así como mi gusto por la estética y el detalle. Crecí viéndola estudiar, formarse como diseñadora de vestuario, trabajar, cuidar de su hogar e, incluso, emprender.

Mi padre, Luis Alfonso, quien se desempeñó siempre como docente de química en la Universidad de Antioquia, ha sido un hombre de estrictos principios, académico y de gran responsabilidad ante su labor y su familia. Él me brindó gran acompañamiento en mi formación de colegio, especialmente en el bachillerato en las ciencias básicas como la matemática, la física y la química. De él he tomado aspectos de mi ser como la responsabilidad y disciplina, el gusto y asombro ante la ciencia, las tecnologías y el conocimiento; considero que de él también aprendí un estilo de enseñanza en el aula basado en ejemplos sencillos, cotidianos y de lenguaje simple al recordar sus explicaciones al ayudarme con mi estudio.

Mi hermano, Santiago, además de ser una gran compañía de infancia, de juegos, de cariño, apoyo y aprendizaje, ha significado también para mí una parte de mi personalidad; como hermano mayor, fui adquiriendo ras-

gos de cuidado, protección, guía y tutor hacia mi hermano menor, tanto en los juegos como en la academia y la vida en general, manteniendo entre ambos siempre una relación y sentimiento de soporte y respaldo mutuos.

No puedo dejar de mencionar a mis abuelos, a quienes, aunque no convivía con ellos en el día a día, crecí viendo en ellos unos modelos determinantes. No tuve la fortuna de conocer a mi abuela paterna, Lía, pero me cuentan de su entrega y abnegación por su familia, su dulzura y amor. En mi abuela materna, Olga, vi disciplina y responsabilidad con los quehaceres del hogar, el servicio, el cuidado de jardines, el orden, la unión familiar. Mis abuelos, paterno y materno, Alfonso y Gabriel respectivamente, me enseñaron la responsabilidad de un hombre frente a su hogar, el trabajo duro, el deseo de aprender y de formarse, el manejo de herramientas.

Todo lo anteriormente mencionado y, estoy seguro, muchos otros aspectos que, consciente o inconscientemente, observaba en los miembros de mi familia fueron dando forma a mi personalidad o contribuyeron al desarrollo de algunos gustos y habilidades en mí, desde pequeño. La familia es el primer entorno de socialización de la persona, y eso, por supuesto, forjó mi ser inicial, el cual continuó formándose durante mi paso por el colegio y la universidad.

Tuve la fortuna de estudiar la primaria y el bachillerato en el Colegio Calasanz, donde recibí una educación en Piedad y Letras, como dicta su misión, con alta exigencia en la disciplina, los valores y el conocimiento. De mi colegio recuerdo, con mucho cariño y agrado, a mis profesores y al personal administrativo, en quienes tuve un modelo formador y estímulo académico. Recuerdo especialmente a aquellos profesores que me enseñaron física, química y matemática en los últimos años del bachillerato de cara a una futura formación universitaria, y que en su docencia alimentaron en mí el deseo y curiosidad por continuar un camino en torno a las ciencias básicas y naturales, como lo es propio de una ingeniería.

Con todo ello, fui creciendo como una persona responsable y muy apasionada por lo que hace. Bastante soñador y ambicioso en conocimiento y crecimiento, curioso, perfeccionista y encaminado al logro, a quien le gusta alcanzar las metas propuestas, culminar los proyectos que inicia y hacer muy bien las cosas. En general, soy un enamorado de la ciencia, la naturaleza, los

desarrollos tecnológicos, la ingeniería como área, pero, sobre todo, y desde muy pequeño, fascinado y seducido por el vuelo, la ciencia que lo explica y los desarrollos y máquinas que lo han hecho posible.

Mi gran pasión por las aeronaves, apoyada y estimulada por mis padres y familia en general y sumada a mi formación académica inicial, me llevaron a formarme como ingeniero aeronáutico en la UPB, carrera que, al momento de culminar mi bachillerato, recién se había comenzado a ofertar en nuestra universidad. En definitiva, sentía que era para mí; conté con el grato apoyo de la beca Juan Pablo II, otorgada por la Confederación Nacional Católica de Educación (Conaced) y para la cual el Colegio me seleccionó como beneficiario.

Gracias a mi formación en este pregrado, pude desempeñarme durante casi siete años en la industria aeronáutica no sólo en el contexto local y nacional, sino también el internacional, permitiéndome visitar varios países de nuestro continente y conocer otras culturas, aprender y reforzar otros idiomas, hacer amistades fuera del país y sentir más cercanas a aquellas personas de tierras y culturas lejanas; eso, sin duda, enriqueció mucho mi percepción del mundo, de la interculturalidad y de la convivencia. Al mismo tiempo, fortaleció mi personalidad, mi carácter y el conocimiento de mí mismo, mis fortalezas y debilidades en cuanto a enfrentarme no solo a entornos físicos extraños, sino también al estar lejos de casa y de mis seres queridos por periodos prolongados, en épocas o estaciones del año diferentes, en fechas especiales y con unas responsabilidades y horarios laborales propios de una industria fascinante, pero a su vez altamente exigente, dinámica, regulada y delicada, sensible en tiempos, costos y competencia del factor humano laborando en la misma.

Mi paso por la UPB como estudiante de pregrado fue determinante en muchos aspectos de mi vida, pues encontré allí profesores (para mi agrado y fortuna, algunos de ellos hoy mis colegas), directivos y otras personas de gran calidad profesional y humana que contribuyeron a mi formación más que en una mera transmisión de conocimiento, de tal modo que realmente me prepararon para ese mundo laboral de alcance internacional y de requerimientos altamente exigentes. Allí también encontré muchas amistades en mis compañeros de pregrado, con algunos de los cuales formaba grupos

de estudio y quienes en ocasiones solicitaban mi apoyo con explicaciones de algunos temas de las clases, lo cual disfrutaba; se me hacía fácil explicar algunos temas con ejemplos que simplificaban, quizá, el entendimiento al punto de que algunos compañeros me decían que yo serviría para ser profesor, algo que me halagaba.

En aquel entonces el programa era nuevo y tuve la oportunidad de servir como representante estudiantil del mismo y, posteriormente, de la Escuela, lo que me brindó más herramientas de interrelación, gestión y liderazgo, cosa que pude reforzar al formar parte de la Escuela de Líderes UPB que iniciaba en aquel entonces y que aún existe en nuestra universidad. A la Escuela de Líderes agradezco y debo importantes momentos de formación en aspectos personales y de liderazgo, como el poder visitar y conocer las demás seccionales de nuestra universidad, así como otros estudiantes líderes de las mismas; pero agradezco también mi mayor oportunidad de vida: el conocer a quien es hoy mi esposa, Eliana Rodríguez, en su momento estudiante de Educación y hoy docente del Colegio UPB. Con ella comparto la bendición de tener dos hijos mellizos que inspiran cada día nuestras acciones y proyectos: Celeste y Gabriel. Son ellos quienes han despertado en mí un interés aún mayor por las teorías y metodologías pedagógicas, como también por las prácticas educativas, de formación en valores, de valioso acompañamiento familiar.

Mi experiencia en la industria me permitió adquirir nuevos conocimientos, así como profundizar los ya adquiridos en el pregrado, y ante cada nueva experiencia me nacía el deseo de poder transmitir ese nuevo conocimiento a futuros profesionales con ejemplos quizá más prácticos, concretos y basados en la propia experiencia, en los propios aciertos, dificultades y errores. Me permitió, también, formarme posteriormente como piloto privado de avión en el exterior para luego convalidar esta formación en Colombia, lo que enriqueció el conocimiento que tenía de la ingeniería con el toque particular que brinda el aprendizaje puramente operativo acerca de la máquina, su dinámica, los requerimientos de seguridad, el sentir el vuelo en las propias manos y algunos de sus riesgos, en carne propia.

Poco tiempo después, y quizá cuando menos lo esperaba, se me presentó la oportunidad de estar al servicio de a mi universidad y mi facultad como

docente de cátedra en el curso introductorio del programa para el primer periodo de 2014, oportunidad que tomé con bastante entusiasmo. Para mi satisfacción, pude continuar con el curso los siguientes dos semestres con buena acogida y satisfacción por parte de los estudiantes, gracias también al apoyo y guía de los otros docentes de la facultad. Recuerdo con especial agrado aquel momento, en 2015, en el que la facultad me ofreció la oportunidad de vincularme como docente interno dada la necesidad que se tenía de crecer la planta docente. Sin pensarlo mucho, dejé mi ejercicio en la industria para dedicarme a la docencia, pues esta nueva labor la estaba disfrutando; me generaba grandes satisfacciones y me estimulaba a dar más de mí en las clases y en los encuentros con los estudiantes. Esta decisión fue, en definitiva, reforzada por los consejos de mi esposa, quien ya se desempeñaba como docente, así como por el hecho de entrar a formar parte de un valioso grupo de trabajo conformado, entre otros, por quienes fueron antes mis profesores y de quienes aprendí no solo las asignaturas sino también estilos y metodologías de enseñanza.

Ahora cuento con poco más de ocho años de experiencia docente en la que se aprende diariamente, una experiencia altamente gratificante pero también exigente por la responsabilidad que implica no sólo enseñar, sino también educar. Estoy convencido de que nuestra labor como docentes, en cualquiera de los niveles de formación, va más allá de la enseñanza, de transmitir un conocimiento; es transmitir y guiar sentimientos frente a lo que se enseña; es transformar pensamientos o conductas para el bien de la persona y de la sociedad; es comunicar gusto, pasión y admiración por el objeto de estudio; es sembrar preguntas, inquietud, curiosidad y mostrar los caminos y herramientas para obtener respuestas, no entregar datos e información a ser procesada o memorizada en un momento dado. Este ha sido para mí un camino de autoexigencia, de mucho estudio para mi formación, actualización e incluso sana comparación con mis colegas, pues sigo aprendiendo de ellos, sigo requiriendo sus consejos y opiniones.

Ha sido un camino de grandes satisfacciones, concretadas en aquellos momentos en que algunos estudiantes se acercan al finalizar el semestre y se despiden agradeciéndome por el curso, porque lo disfrutaron y aprendieron del mismo o porque han encontrado en mí una inspiración. O, como ese

único y especial momento en el que un estudiante me dijo con admiración: “Usted es más que un profesor: es un maestro”, lo que es una expresión de gratitud inmensa y una muestra de que he dejado una huella positiva en aquella persona. Estas son situaciones que, además de ser altamente gratificantes, significan un gran estímulo y a la vez un reto y compromiso para mejorar cada día en la vocación docente, cosa que considero me ha otorgado, también, el gran honor en esta y en otras dos ocasiones anteriores el reconocimiento como docente distinguido del programa, y que recibo con humildad, profundo agradecimiento y con un mayor anhelo de seguir creciendo en mi carrera docente y vincularme de forma indefinida con la Universidad.

Es emocionante, además, ver que ahora muchos de aquellos que han sido mis estudiantes ocupan diversos cargos en la industria aeronáutica y nos colaboran en el programa también como docentes de cátedra.

Están, también, las satisfacciones de logros y proyectos tanto individuales como grupales. Quiero hacer mención de que la formación complementaria que he adquirido entre la ingeniería y el pilotaje de aviones me ha permitido, además: poder aportar al programa de Ingeniería Aeronáutica el diseño y desarrollo, junto con otros docentes, de un curso que se introdujo en la última transformación curricular y que permite a los estudiantes experimentar y entender de forma más cercana, mediante el uso de simuladores de vuelo, características muy importantes de la operación de las aeronaves y los parámetros que influyen sobre su desempeño, capacidades que están siendo especialmente demandadas actualmente en el sector aeronáutico; diseñar y ejecutar un curso de vuelo simulado con los conocimientos básicos para aquellos que quisieran aprenderlo desde cero a través de Formación Continua; y plantear, junto con otros docentes, una idea y propuesta de creación de un nuevo programa, el cual se espera poder desarrollar pronto a través de convocatoria al interior de la Universidad para la formación profesional en las operaciones de vuelo.

En el contexto de la pandemia por COVID-19, se generaron inmensos esfuerzos por parte de la Universidad y de los profesores por mantener la oferta educativa bajo las modalidades virtual y telepresencial. Esto ha dejado satisfacciones comunitarias como el haber logrado dar continuidad a la formación, el haber adquirido nuevos conocimientos y habilidades en

manejo de plataformas y recursos digitales educativos en plazos que no eran imaginables bajo contextos menos apremiantes o delicados.

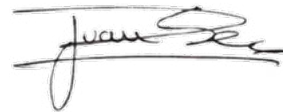
Por supuesto, y como en todas las actividades humanas, en la docencia se encuentran también momentos difíciles, insatisfacciones o sinsabores por diversas razones o circunstancias. Algunas con las cuales me he encontrado son aquellas situaciones en las que, como docente, sientes que la clase no ha resultado como lo planeaste o como lo esperabas porque no captaste suficientemente la atención sobre el tema explicado o porque no fluyó como se esperaba, teniendo una participación baja o desinterés generalizado por parte de los estudiantes. Son situaciones que pueden deberse a la fatiga del docente, de los estudiantes o de ambos, o también por la complejidad del tema tratado, la falta de algunos recursos, el contexto del momento, por mencionar algunos. Otros sinsabores se presentan cuando algún estudiante deja de lado el interés de aprender, de formarse, pasando a centrar su interés principalmente en una calificación numérica para alcanzar el mínimo requerido para aprobar una asignatura o escudando poco compromiso y dedicación en otros factores ajenos.

Para mí han sido más las satisfacciones que insatisfacciones vividas en mi trasegar docente, y a estas satisfacciones se les suman los estímulos a nuestra labor y los apoyos para la propia cualificación que brinda la Universidad a través de cursos, seminarios, recursos, espacios y dotación o apoyo económico para acceder a formación más avanzada. Gracias a dichos espacios de formación he aprendido sobre docencia y pedagogía, como también sobre el diseño, la implementación y moderación de cursos en ambientes virtuales o bimodales. También me he podido mantener actualizado en temas propios de mi ingeniería, especializarme en pedagogía y docencia, e incluso realizar mi maestría en ingeniería (la cual me encuentro finalizando) con una investigación enfocada en aspectos ambientales y de sostenibilidad para la industria aeronáutica y otros sectores, pues soy un convencido de que las nuevas tecnologías y esfuerzos humanos deben garantizar la sostenibilidad (en su amplio sentido pluridimensional) de nuestra humanidad y nuestro planeta.

Mi experiencia en la industria y en la educación me han enseñado la importancia de la adaptación al entorno y al contexto. No se enseña ni

se educa de igual modo en todo lugar, en toda cultura, en todo contexto. Considero fundamental en el docente la capacidad de adaptar su discurso y metodología de acuerdo a su público objetivo y a los mediadores de su enseñanza, sea que la interacción con sus estudiantes sea de forma presencial, telepresencial o virtual, y que se cuenten con otros apoyos tecnológicos o no. A fin de cuentas, considero que lo más importante en la interacción docente-estudiante es que el docente logre despertar el interés por el tema de estudio en sus estudiantes, mantener o avivar en estos su capacidad de asombro, generar inquietud e incluso duda, razón por la cual suelo guiar algunas de mis clases a partir de alguna pregunta central acerca del tema con el fin de llegar a la(s) respuesta(s). De igual modo, ante las preguntas que me hacen los estudiantes, dentro y fuera de las clases, suelo responderles con más preguntas y no con soluciones para guiar de esta manera el pensamiento, la lógica y la aplicación de conceptos por parte del estudiante para que él mismo llegue a las respuestas y construya conclusiones.

No quiero finalizar estas líneas sin antes citar y compartir como mensaje de reflexión aquella hermosa frase del Papa Francisco que tengo presente y marcó gratamente mi sentimiento no solo como docente, sino también como padre de dos pequeños a quienes quiero educar bien y con amor, tarea en la que espero no fallar: “La educación es un acto de amor, es dar vida. Y el amor es exigente, pide encontrar los mejores recursos, para despertar la pasión y comenzar un camino con paciencia junto a los jóvenes” (2014).





ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesor distinguido de Facultad:

John Fernando Vargas Buitrago

Facultad de Ingeniería en TIC

Mi nombre es John Fernando. Nací en Medellín el 26 de abril de 1981, soy un orgulloso hijo de Olivia, admirador de mi hermana Alejandra y enamorado esposo de Carolina. En el año 2004 me gradué como Ingeniero Electrónico en la UPB; soy doctor en Ingeniería de la Universidad de los Andes desde el año 2016 y llevo diecisiete años dedicado a la docencia. En 2005 empecé mi carrera docente en la que hoy es la facultad de Ingeniería en TIC de la UPB enseñando simulación y métodos numéricos.



Mi familia - Carolina, Fernando, Olivia y Alejandra

Mi historia como docente universitario empezó el día en que mi director de tesis de pregrado y gran amigo Roberto Hincapié, hoy decano de la Escuela de Ingenierías, me preguntó si me gustaría dar los cursos que él no podía enseñar porque empezaba estudios de doctorado. Recuerdo que, con un poco de nervios por la sorpresa y con una emoción disimulada le respondí que sí, que yo era capaz de dar los cursos, mientras pensaba “Ro-



Facultad de Ingeniería en TIC, año 2008

berto tiene más confianza en mí de la que debería”, pues en realidad podría tener potencial y actitud, pero en conocimientos me quedaba corto. Pese a que no me sentía con los conocimientos, acepté el reto permanente de ser profesor de universidad, sin pensar que así encontraría un estilo de vida que me llena de felicidad.

He tenido el placer de contar con un ambiente laboral excelente, compañeros de trabajo que se han convertido en amigos, jefes que me han tratado muy bien, una institución que me ha ayudado a crecer profesionalmente; he conocido estudiantes geniales, he visitado muchos países por cuenta de mi profesión, he trabajado con amor por lo que hago y, sobre todo, he tenido la oportunidad de seguir aprendiendo del apasionante mundo de la ingeniería todos los días.

Enseñar no era nuevo para mí cuando empecé a trabajar en la UPB. Antes de graduarme, había estado trabajando en un proyecto muy bonito que se llamaba el Aula Robótica Explora; allí estuve dos años, aproximadamente, enseñando robótica a estudiantes de colegios y escuelas de Medellín, y naturalmente me empezó a agrandar mucho la sensación de enseñar e impactar la vida de las personas. Dio la coincidencia de que mi jefe era John Mario Sepúlveda, quien actualmente también es profesor de la UPB y también recibió el reconocimiento como Docente Distinguido en la facultad de Diseño Gráfico.

Cuando era niño no pensaba en ser profesor; de hecho, todos veíamos a mi hermanita con el perfil y el anhelo de ser profesora. Creo que “la escuelita” era uno de sus juegos favoritos y cuando me dejaba jugar, obviamente yo hacía parte de los alumnos junto a mis primitos o junto a sus fieles estudiantes: las muñecas y los peluches.



Los hermanitos

Creo que ser militar era algo que siempre me llamó la atención, y no estuve muy lejos de la experiencia. Estudié en el Colegio Militar José María Córdoba y tuve tres años de formación castrense que me sirvieron para darme cuenta de que la vida de los “héroes de la patria” es muy



dura, y placeres tan grandes como dormir o “comer rico” normalmente están restringidos. En el colegio fui un buen estudiante; con modestia puedo decir que sobresaliente tanto en el ámbito académico como en el militar: era bueno para el tiro con armas, pero en los deportes más bien malito, pese a que soy un buen espectador. Soy fiel seguidor de Atlético Nacional y uno de mis pasatiempos favoritos es ver basquetbol de la NBA, donde soy hincha de algunos jugadores como Kawhi Leonard, James Harden y Trae Young.



Cumpliendo un sueño

Después de decidir que no quería seguir la carrera militar, empecé a buscar opciones. La electrónica me gustaba mucho y además me motivaba la típica frase “Esa es la carrera del futuro”. Mis notas de bachillerato sugerían que era bueno para las matemáticas, física y demás, así que, creyendo ser bueno para las matemáticas, decidí estudiar Ingeniería Electrónica en la UPB. La carrera me aterrizó en el primer semestre y me enseñó que eso de ser bueno en matemáticas y física había sido un acto de fe, pues no me fue bien. Apenas alcancé a ganar las materias; ni siquiera en dibujo, que era la “fácil”, pude sobresalir, y me sentí un estudiante “del montón” por primera

vez en la vida, pues el nivel de los cursos y de mis compañeros de carrera era mucho más alto de lo que esperaba. Ahora que “soy más estudiado” no me siento “del montón”, sino entre el cuartil uno y el cuartil tres (chiste matemático).

Terminé mi carrera, naturalmente, sin sobresalir; pero creo que sí desarrollé habilidades para el aprendizaje rápido y autónomo por cuenta de todos esos cursos que conformaban un plan de estudios de cinco años y que me impartieron profesores que ahora son mis compañeros de trabajo, como Marisol Osorio (una de las mejores profesoras que tuve, enseñaba Dispositivos de Estado Sólido —DES—), Roberto Hincapié, Valentín Restrepo, Álvaro Ospina, Claudia Cardozo, Marino Franco, Iván Mora, Sergio Cock, Egidio Clavijo y tal vez otros que ahora no recuerdo.

Creo que esas habilidades para aprender fácil las continué desarrollando en la Universidad de los Andes durante mis estudios de doctorado, una experiencia genial, inolvidable, difícil, pero muy gratificante que me ayudó a madurar en muchos sentidos. Acá debo decir que la beca de doctorado la obtuve por recomendación de Roberto Hincapié, de manera que, hasta ese momento de mi carrera profesional, Roberto ya me había ayudado a graduarme de pregrado, a tener un empleo en la UPB, a tener una beca de doctorado y, como si no fuera suficiente, me presentó a mi esposa. Obviamente, siento un gran agradecimiento y cariño por Roberto, quien me ha apoyado desinteresadamente y me ha enseñado muchas cosas tanto en lo académico como en lo personal.

Como docente e investigador de la UPB he podido desempeñar varios cargos, en parte porque no he aprendido a decir que no y más bien he decidido dejarme llevar por la vida aceptando grandes retos, algo que siempre ha valido la pena. De esta forma acepté ser el líder del Grupo de Investigación y Desarrollo de Aplicaciones en Tecnologías de la Información y la Comunicación (GIDATIC), ser el coordinador de la Especialización en Seguridad Informática, trabajar en los procesos de acreditación de los programas de la facultad, incluyendo la acreditación internacional del Sistema de Acreditación Regional de Carreras Universitarias (ARCUSUR) de Ingeniería de Sistemas e Informática. Además, he participado recientemente en proyectos de investigación muy interesantes, como el “Proyecto

Sistemas de Monitoreo de la Calidad del Aire en las Biodiversidades” para el Minambiente Colombia; “Transformación Digital de la Producción de Cemento y Concreto”, en alianza con Argos y EAFIT; “Proyecto KINA: Sistema de Realidad Virtual para Rehabilitación de Miembro Inferior en Víctimas de AEI o MAP”, que reúne varios grupos de investigación de la UPB; “Modelo de Medición de Minciencias de los Grupos de Investigación” para la vicerrectoría de investigaciones de UPB y el “Proyecto Fiware” para la Alcaldía de Medellín.

De manera que la vida de un docente-investigador de UPB es mucho más que dar clases; es un mundo lleno de oportunidades para aprender. Eso sí, requiere mucha dedicación y esfuerzos que en ocasiones no se sienten tanto por la motivación de cumplir las metas personales y hacer un aporte para que la Facultad saque adelante sus proyectos.

Como docente creo que he alcanzado un buen nivel, pero soy consciente de que todavía puede ser mejor. Tras diecisiete años en esta profesión, he aprendido a reconocer mis errores y a corregirlos; creo que he aprendido a conocer a los estudiantes, a saber, qué enseñar y cómo enseñarlo. También creo que un error que se ha cometido históricamente es enseñar muy poco de muchas cosas y, en mi concepto, se debe ser más selectivo. Tal vez lo ideal es “enseñar mucho de pocas cosas”. Considero que, en las clases, el docente debe tener siempre una buena actitud y contagiar al estudiante para que haya motivación por el aprendizaje, el docente es el encargado de llevar un buen ambiente al aula de clase y deben evitarse enojos y conflictos, aunque en ocasiones sea difícil controlar las emociones. Creo que el trato con el estudiante no debe ser tan vertical como suele ser, pero tampoco horizontal; tal vez una pendiente con ángulo de 35° es aceptable. Esto definitivamente facilita la comunicación, una parte fundamental del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Finalmente, deseo agradecer a la UPB por todas las cosas que me ha dado, por abrirme las puertas como estudiante y como empleado, por ayudarme a crecer personal y académicamente, por el apoyo para cumplir mis metas, incluso por algunas rabiecitas que me ha sacado, y muy especialmente por permitirme conocer a mi esposa. A continuación, quiero compartir algo muy personal, “un pedacito” de mis votos matrimoniales:



... de manera que decidí parecer intelectual y recurrí a los libros en lugar de canciones... De inmediato se vino a mi mente uno de los primeros libros que leí (eso sí, obligado por mi profesor Teodoro cuando estaba en 7°), un libro que tiene las frases más bonitas del mundo... de Antoine de Saint-Exupéry, “El Principito”. Estaba salvado... una repasadita al libro y por fin tenía la mejor frase de la historia para dedicarle a mi prometida... “solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos”.

Mi amada Carolina, esposa eterna, hoy te regalo esta frase, “solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos”. Cuando quieras que tienda la cama, recuerda que tender la cama es una acción visible y lo esencial es invisible a los ojos; cuando quieras que organice el escritorio, recuerda que organizar un escritorio es algo que se puede ver y lo esencial... es invisible a los ojos, cuando quieras que recoja la ropa, recuerda que me puedes ver recogiendo, y lo esencial es invisible a los ojos. Cuando quieras que haga el almuerzo... recuerda que te voy a cocinar con todo el gusto y todo el amor porque seguramente almorzaremos juntos, un placer que es invisible a los ojos.

Hasta acá creía que todo había funcionado y tenía unos buenos votos; sin embargo, hace poco me encontré con una frase de una ilustradora que se llama Karen Castilla (sígana en Instagram) que decía: “Lo más bonito que puedes dedicarle a alguien no es una canción, no es un libro... es tiempo”. Así que hoy te quiero regalar mi tiempo, te regalo esta juventud y si aceptas... te regalo mi vejez. Te prometo momentos felices, momentos divertidos, momentos de amor, momentos tristes, momentos de discusiones y todo aquello que incluye un matrimonio real; momentos buenos y malos, pero juntos, con alguien que te seguirá cuidando y que hoy te promete algo que es invisible a los ojos, lealtad eterna.

♪♪♪ Eres la chica perfecta, ¿qué más te puedo decir?, eres la chica perfecta para mí, para mí ♪♪♪



ESCUELA DE INGENIERÍAS

Profesor distinguido de Facultad:

Carlos Alberto Builes Restrepo

Facultad de Ingeniería Mecánica

Un 12 de agosto de 2022:

Hola... me acabo de enterar que he sido nombrado como docente distinguido de mi querida Facultad de Ingeniería Mecánica de la UPB, Medellín, reconocimiento que me hacen mis estudiantes, colegas (compañeros de viaje) y cuerpos colegiados del programa que recibo con mucho agradecimiento, humildad, orgullo y mucha felicidad. La docencia ha sido, es y continuará siendo mi gran pasión en la vida.

En esta invitación que me hace la Universidad a compartir la experiencia docente, quiero iniciar con un recuento desde el hoy hacia el ayer, es decir, describiéndoles cómo es un primer contacto con mis alumnos cuando voy a compartir una experiencia de aprendizaje, llámese curso o cualquier otra modalidad del ejercicio docente que exige estudio, apropiación de conocimientos, procesos investigativos en varios niveles, buenos medios de comunicación, disciplina, entusiasmo, pasión y muchas cosas más. Luego mencionaré algunos aspectos significativos de mi vida familiar, mi formación a lo largo de la vida, el cómo llegué a ser docente y algunas reflexiones a lo largo del texto que caracterizan la misión de ser profesor.

Comencemos pues:

Estoy *ad portas* de iniciar el curso de Dinámica Aplicada (podría ser cualquier otro curso o asunto). Me encuentro en el aula de clase, observo las caras y expresiones de mis estudiantes, cruzo uno que otro saludo con algunos de ellos; me imagino cómo son mis estudiantes en ese primer *feeling*, ese primer contacto. Considero que un docente es un comunicador por excelencia que, mediante diversos medios y experiencias de vida, logra que sus alumnos desarrollen y potencien las cualidades y capacidades que les permitan aprender y apropiarse de valores para ser usados como elementos de transformación y lograr satisfacer necesidades que nos brinden un mayor bienestar y felicidad. En síntesis: servicio; el que sirve logra sentirse feliz.

Inicio entonces la primera sesión con un saludo de bienvenida a todos y les menciono mi postulado estrella (una verdad que no se demuestra por su carácter de obvio): “Este es el encuentro más importante del periodo,

donde, con lo que les voy a compartir, voy a lograr captar su atención para vivir esta experiencia con alegría y pasión”. Si lo logro, gané el año; si no, lo perdí, y ya queda muy difícil lograr conectarlos y captar su atención en lo que resta de la experiencia.

En este primer conversatorio me presento como un *producto bolivariano*, ya que mi formación personal y académica ha sido fundamentalmente en mi familia y en la UPB: primaria, secundaria, pregrado, posgrados y empleado durante treinta y cuatro años... Parece ayer no más cuando inicié mi práctica docente, tiempo en el cual he vivido una experiencia sumamente enriquecedora, pues he tenido la fortuna de desempeñarme en las dimensiones docente y administrativa: profesor de varios cursos de matemática y física, tutor de los estudiantes al inicio de su formación y cuando terminan (periodo de prácticas empresariales), decano de la Facultad de Ingeniería Mecánica entre 1995 y 2001, fungiendo desde el 2000 con la denominación organizacional de director de Facultad.

También fui decano coordinador de la Escuela de Ingenierías de la Universidad entre 1997 y 2000. En alguna ocasión, y fue muy significativo para mí, el padre Julio Jaramillo, vicerrector académico, confió en mí y me dio una “oportunidad bonita” al dejarme encargado de la vicerrectoría durante dos semanas y media mientras él cumplía con otras misiones importantes para la UPB en el exterior. Es bueno también mencionar que fui director administrativo de la Universidad en el periodo entre 2006 y 2011. Gracias a Dios me ha ido bien en estos treinta y cuatro años de ejercicio docente y administrativo. Quiero recalcar que mi gran vocación y alegría en la vida ha sido, es y será ser docente.

Por otro lado, en esta primera conversación con mis alumnos les comento sobre mi experiencia empresarial en una empresa textilera icónica en el país y la región: Coltejer, toda una escuela de muchos ingenieros mecánicos de la época, en la cual estuve en 1984 como practicante empresarial y luego como ingeniero desde 1985 hasta 1988, año en el cual ingresé a la Universidad como docente.

Durante esta experiencia fui ingeniero de proyectos durante los dos primeros años y los tres restantes fui el primer jefe de mantenimiento de una de las plantas de hilatura de alta producción (Open End). Mi paso por

la industria me permitió valorar y poner en práctica la buena formación recibida en la Universidad y desarrollar al máximo mi recursividad (pues el entorno para las empresas textiles era complejo), y, sobre todo, ser muy consciente de que, si uno trata a las personas con respeto, confía en ellas y las hace sentir valiosas y serviciales en su labor, logra uno todo lo que se propone. Ese fue mi gran aprendizaje.

Esta experiencia empresarial fue exitosa y se convirtió en uno de los factores principales que tuvieron en cuenta las personas responsables de mi contratación en la Universidad. Pienso que el éxito en la vida —y en cualquier actividad— se logra con el concurso y el esfuerzo de muchas personas que lo ayudan a uno para que este se dé, y hay que saberlo agradecer y reconocer.

En otro momento de mi presentación personal, les hablo a los estudiantes de mis hobbies: compartir con mis amistades, caminar, leer, ver películas, aprender y el fútbol, el cual ya no practico por tener demasiados kilómetros en la vida (¡esos jóvenes de hoy dan muy duro y tengo la intención de llegar completo al final de mis días en este mundo!) Mi equipo del alma es el Poderoso, el Deportivo Independiente Medellín.

Una vez termino la presentación personal, les solicito a ellos que me cuenten sobre ellos. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿En cuál periodo de su formación se encuentran? ¿Qué otras experiencias simultáneas van a tener? ¿Cuáles son sus expectativas del curso? ¿Qué conocen? ¿Qué les han dicho? ¿Cuáles son sus hobbies?, entre otros aspectos varios que resulten. Se podría decir que hasta este momento ya llevamos unos cincuenta minutos de una buena conversación e inicio a mencionarles los aspectos específicos del curso o experiencia que van a vivir durante los otros cincuenta minutos.

En este propósito me ayudo de varios recursos audiovisuales y de testimonios personales que me permiten motivarlos y captar su atención. Comprende el desarrollo y explicación de los siguientes aspectos:

- ¿Qué van a aprender?
- ¿Por qué es útil lo que van a aprender?
- ¿Cuáles son las interrelaciones de este curso o experiencia con otros que van a vivir?
- ¿Cuáles son mis objetivos hacia ellos?

- ¿Qué pretendo lograr con la presentación de esta experiencia? (En este punto les hago énfasis e invitación a un aprendizaje por convicción y con pasión).
- Les presento la metodología de la experiencia, la cual se caracteriza por un ambiente de mucha interactividad. Yo les digo a mis estudiantes que no les comparto nada, sino que son ellos mismos los que sugieren y aportan con sus ideas, su estudio, sus capacidades de análisis y de síntesis y con sus propuestas; a la solución de las situaciones que debemos resolver. En síntesis, requiero del compromiso de ellos para vivir una experiencia que dé frutos.
- Si bien es cierto busco que mis alumnos mejoren y desarrollen significativamente sus cualidades y competencias, les hago énfasis en que estas se deben adquirir y que ellos deben apropiarse de unos conceptos y conocimientos para toda la vida, pues éstos son el resultado de muchas experiencias valiosas de grandes personas que nos antecedieron. Nuestra misión es potenciar sus aportes y aplicarlos para el beneficio de todos; uno en la vida debe construir con base en los aportes buenos que han hecho las demás personas, no arrancar de cero, y valorar los esfuerzos de otros.
- Por otro lado, soy consciente que todos aprendemos de diversas maneras: unos requieren escuchar y tomar notas, otros son mejores para aprovechar los medios audiovisuales, quizás algunos requieren de poner en acción (actuar) lo recibido y de pronto otros realizan una combinación de todas las modalidades de aprendizaje; sin embargo, en esta primera sesión, me atrevo a sugerirles una metodología de estudio para que se apropien de los conceptos y conocimientos, sepan aplicarlos y logren los propósitos de la experiencia o los superen. Esta metodología está basada en un estudio continuo de los asuntos revisados en cada sesión, un ejercitarse en la solución de los retos (prácticas) que se proponen, en buscar aclarar las dudas que se les presentan a la mayor brevedad posible y todo esto mediante la revisión de los libros (un gran admirador de los textos), ayudas de la web, compañeros de clase y el docente. Les comento a mis alumnos que ellos son una generación afortunada, pues hoy por hoy los medios para aprender son muy diversos y realizados con unas buenas características pedagógicas y didácticas las cuales les permiten

a ellos lograr cosas más buenas de las que nosotros podíamos hacer en nuestra época. Recuerdo que cuando a mí me tocaba aprender y estudiar los textos eran “muy áridos”, “poco amigables”, casi no tenían imágenes y los recursos de la web prácticamente inexistentes. Esto también nos permitió ser buenos profesionales: todo nos lo teníamos que imaginar. Todas las épocas y generaciones son diferentes, cada una tiene sus particularidades y logros muy gratificantes.

- Ya llegando al final de esta primera sesión les presento el cronograma de actividades que se van a realizar (desarrollo de los asuntos), bibliografía y webgrafía disponibles y la forma de evaluar, la cual amerita otro compartir de experiencias; sin embargo, en este último aspecto les doy la tranquilidad de que si uno asume las cosas con compromiso y pasión, los resultados son una consecuencia de estas actitudes y van a cumplir los propósitos y superar de expectativas iniciales que tenían del curso o experiencia.

Finalmente, ya me voy aproximando a la hora y cuarenta minutos, me despido de ellos, no sin antes decirles:

- A mi clase viene el que quiere, el que la considera importante y el que me va a ayudar a construir con sus aportes (lo que mencionaba de la interactividad). Mi clase es un espacio de aprendizaje; yo les garantizo (me tengo confianza) que lo que se va a desarrollar es valioso para ello. Si no van a venir con esas actitudes, más bien no vengán y aprovechen el tiempo (no se recupera) en otras cosas que les ayuden a ser mejores personas. Muy esporádicamente me falta un alumno a la sesión y cuando lo hace, generalmente es por otra causa ajena a su voluntad.

Mi objetivo fundamental con esta forma de presentar el curso es lograr un ambiente cálido, acogedor y de confianza para que se desarrolle una experiencia exitosa. En síntesis, me transformo en el mejor vendedor y comunicador de la experiencia. La “promesa de venta” se debe mantener en todas las sesiones posteriores con mucho trabajo, compromiso y pasión por lo que se hace. Se la pongo toda.

Continuemos ahora con algunos aspectos de mi familia, mi infancia y adolescencia, que estoy convencido tuvieron mucha influencia para iniciarme en la docencia.

Vengo de una familia amorosa conformada por papá, mamá y cuatro hermanos más: los dos mayores médicos de la UPB, luego yo, ingeniero mecánico de UPB, después mi hermana, diseñadora gráfica e industrial de la UPB (quien nos dio la felicidad de una hermosa sobrina, diseñadora gráfica y actualmente se forma en psicología) y, por último, el menor de los hermanos, que es ingeniero mecánico de EAFIT y egresado del colegio UPB. La diferencia de edades entre los hermanos está entre uno y dos años, excepto el menor, al cual le llevo siete años.

Considero que mi posición del medio entre los hermanos ha tenido más ventajas que desventajas, pues quizás me permitió una mayor autonomía e independencia para hacer cosas sin necesidad de consultar tanto, no me hacían tanto caso. ¡Mentiras! Fueron siempre muy amorosos conmigo. Normalmente, los papás concentran mucho su atención y cometen sus bisonadas y errores en los hijos mayores, en la única niña de la casa y en el menor; al de la mitad casi no le ponen atención, pues asumen que se forma por inercia, y más cuando éramos una comunidad (llenábamos la banca del templo cuando íbamos a misa). De este núcleo familiar primario, mi papá, hermana, hermano menor y sobrina hemos sido permeados por la maravillosa docencia. Hay un ADN familiar docente y no exagero.

Mi papá fue un gran médico internista: honesto, responsable con su familia y trabajo, con un ojo clínico que asustaba por su asertividad en los diagnósticos, humano con sus pacientes; sostenía que escuchar a los pacientes era alrededor del 85% de la curación del mal que los aquejaba; sus consultas eran de una hora o más si se requería; curaba con uno o dos medicamentos a lo sumo; de mucha generosidad y paciencia. Durante toda su vida profesional fue un gran maestro; formó alumnos en la U. de A. y a más de diecinueve promociones, de pensamiento de derecha y de izquierda, cuyos estudiantes lo invitaban a aparecer en sus mosaicos de promoción. También fue docente de Semiología en la UPB hasta que su salud no se lo permitió más.

Fue un hombre del que aprendí mucho. Destacaría tres cualidades de las muchas que tenía: la prudencia, la paciencia y la generosidad. En cuanto a

la prudencia, él nos enseñó a mis hermanos y a mí que tuviéramos mucho cuidado con la lengua; solía decirnos: “A unos les tocan verdes y a otros maduras”, queriéndonos decir con esto que cuando fuésemos a emitir juicios o conceptos sobre algo, no lo hiciéramos a la ligera o sin un conocimiento del contexto riguroso que regía una situación determinada. Nos ponía de ejemplo que muchos colegas de medicina hablaban mal de otros y los descalificaban porque se equivocaban en determinado diagnóstico. Lo que estos descalificadores no sabían es que al médico que se equivocó con el paciente posiblemente le llegaba la enfermedad con unos síntomas y signos poco claros, inicio apenas del mal (circunstancias verdes); pero al que acertó en el diagnóstico le tocó la enfermedad cuando estaba completamente evolucionada (circunstancias maduras). Nunca olvido esta enseñanza y la he practicado durante toda mi vida.

Mi mamá fue una mujer muy bonita, fuerte de carácter, franca y sumamente inteligente. Si bien es cierto solo tuvo oportunidad de estudiar hasta quinto de primaria, yo le decía a ella que, de haber concluido sus estudios, la percibía con cualidades y competencias para triunfar y ejercer en cualquier disciplina. Aquí entre nos, me la imaginaba como una ejemplar abogada litigante. Mi madre fue una excelente ama de casa y la columna vertebral de la familia: estaba atenta a cualquier inquietud o necesidad; era la que establecía la disciplina.

Tres cosas fundamentales, entre las muchas cosas que aprendí de ella, fueron:

- Defendernos en la vida: con firmeza y respeto debemos hacer defender nuestros derechos, no ser condescendientes y acomodados con las injusticias. Obviamente, también se debía cumplir con nuestros deberes. Fue una gran maestra en estos sentidos.
- Sustener posturas: nos invitaba a ser muy auténticos y guardianes de nuestros principios (no se negocian). Nos recomendaba a mis hermanos y a mí que sostuviésemos posturas, con argumentos y razones, así no nos fuera bien con las decisiones y consecuencias de la forma como se resolvía un asunto en el cual nosotros posiblemente no controlábamos, ni teníamos la sartén por el mango. Lo que yo le interpretaba y ya

mencioné era que no nos acomodásemos a una situación de bienestar sabiendo que está fundamentada en situaciones injustas. Estas enseñanzas y recomendaciones busco tenerlas muy presentes en mi vida.

- Ella era el mejor ejemplo de “insistir, persistir y no desistir”: lo que se proponía o quería siempre, lo lograba. No descansaba hasta obtenerlo.

En síntesis, nuestros padres nos enseñaron a ser personas de bien: honestas, auténticas, responsables, leales, comprometidos con nuestros trabajos y causas, a amarnos y ser solidarios los unos con los otros. Ellos constantemente nos decían el siguiente mandato: entre hermanos no hay cosas de nadie, sino de quien las necesita. Un hermano que esté en dificultades o pasando momentos difíciles debe ser apoyado y ayudado por los otros. Obvio que se daban los disgustos naturales en algunos momentos entre nosotros, los cuales eran superados rápidamente. El mandato de nuestros padres lo cumplimos con mucho agrado y satisfacción.

Y ya para iniciar un recuento de algunos aspectos de mi niñez, adolescencia y el cómo me hice docente, quiero expresar que todos estos valores y enseñanzas que se dieron en la familia fueron magistralmente complementados y reforzados en mi *alma mater*: la UPB, mi universidad, para la cual guardo un agradecimiento eterno.

Comienzo diciendo que de niño era muy inquieto y preguntón (esta cualidad no ha desaparecido). En los primeros tres años de vida, mi mamá me decía que casi no pelechaba, pues me mantenía frecuentemente con ataques de amigdalitis y enfermedades respiratorias, las cuales desaparecieron cuando fui operado de las amígdalas y adenoides a los cuatro años.

Todos los juguetes de mis hermanos duraron buenos hasta que estuvieron en mis manos. Obvio, yo era el ingeniero: desbarataba todo y nada regresaba a su estado natural, había originalidad e innovación. Mi ingreso a la UPB fue prematuro; ahora pienso que es porque no se aguantaban mi despliegue de energía. Entré a primero de primaria cuando apenas iba cumplir seis años; en esa época recibían a los niños cumplidos los siete. Siempre fui el “niño” de los casi cincuenta y cinco compañeritos con los cuales me

tocaba estudiar. Esta situación me convirtió, desde muy pequeño, en alguien muy estratégico, calculador y bueno para relacionarme con el público.

De los aspectos que más valoré en mi formación del colegio fue que me tocaba estudiar con niños y jóvenes de todas las capacidades económicas y estratos sociales, lo cual me permitía ser muy consciente de la sociedad en la cual se vivía, sus aspectos positivos y los aspectos críticos y por mejorar. En mi concepto, esta circunstancia fue de mucho impacto en mi formación y manera de ser.

Por otro lado, quiero ampliar un poco más lo de estratégico con algunas anécdotas. Siempre me fue muy bien en todos los cursos, tanto en primaria como en bachillerato, en lo académico era el primero o segundo del grupo y me destacaba especialmente en los cursos de física y matemáticas, lo más difícil para muchos. Desde mis primeros cursos de matemática yo les ayudaba, explicaba o les hacía las tareas a los “los fortachones” del grupo, y cuando jugábamos a batalla de caballos yo siempre era el jinete y ellos mis equinos, casi siempre salía victorioso... hasta que mis compañeros se dieron cuenta de que la unión hace la fuerza y se nos venían todos contra mí y mi caballo de turno. Éramos derrotados y ahí aprendí, aunque de manera traumática, el impacto de este gran pensamiento.

También era conocido por ser muy buscapleitos durante los primeros cinco años de colegio. Casi todas las semanas había un incidente, todos los cuales eran reportados a mis papás en las reuniones de padres de familia; sin embargo, como era tan bueno académicamente, esos momentos quedaban obviados. Es más, en las fotos que nos hacían en los diferentes grados, siempre aparecía con los labios reventados. Yo casi siempre iniciaba las peleas y pasaba una de estas dos cosas: corría a mi segundo hermano mayor para que me defendiera (a quien también cascaban) y luego corríamos donde el mayor (que sí era muy bravo y sí nos defendía); o me defendían los fortachones de turno de cada grupo.

Pasó que me iniciaron un tratamiento de ortodoncia cuando estuve en quinto de primaria; me pusieron un frenillo: *brackets* y alambres arriba y abajo para corregirme lo volado y desviado de los dientes; parecía un Bugs Bunny. Esos tratamientos eran de los primeros que se hacían en Medellín,

y en ese entonces eran muy largos: duré ocho años con el frenillo; me los quitaron el tercer año de la carrera en Ingeniería Mecánica.

Este hecho causó toda una transformación en mi personalidad: de buscapleitos diario me transformé en la persona más tranquila, calmada y paciente de este mundo, quizás por instinto de supervivencia, pues ante cualquier mínimo roce con alguien, sangraba. Mi característica de buen relacionista público seguía intacta y esto me permitía que, en general, me apreciara la mayoría de la gente y de mis compañeros del bachillerato. Soy del pensar que uno tiene pocos amigos en la vida; sin embargo, uno cuenta con muchas personas que lo estiman y quieren porque uno ha sido servicial, las valora y las respeta. Soy del signo zodiacal Acuario, y para las personas que se han dedicado a conocer y buscar coincidencias de rasgos de personalidad en los regidos por este signo, ya pueden intuir varias características de mi personalidad. Las brujas no existen, pero de que las hay, las hay. Me transformé en una persona supremamente cerebral, no tan emocional. A todo le tenía que encontrar la explicación; lo de hacer muchas preguntas y encontrar las respuestas no se me quitaba. Todo esto me permitía seguir siendo de los mejores estudiantes del salón.

Un día, cuando estaba cursando tercero de bachillerato, el profesor de álgebra se dirigió a todos los del grupo y nos propuso que quien quería dar una clase y explicar el Teorema del Residuo. Sin dudarle, me regalé de voluntario y levanté la mano inmediatamente. El profe me dio una semana para prepararme y lo hice con mucho juicio y compromiso usando el famoso Álgebra de Baldor. Tenía una hora completa para presentar la temática, tiempo que tenía destinado antes de que sonara el timbre que indicara el cambio de clase. Se llegó el día y le di la clase a mis compañeros, siempre interactuando con ellos y respondiendo a sus inquietudes; el profe era uno más de ellos y se sentó en los últimos puestos del salón (me pasó desapercibido). Cuando terminé de exponer, la ovación fue grande; me aplaudieron mi profesor y mis compañeros, quienes me manifestaron que me entendían más a mí que al mismo profesor titular del curso, lo cual me dio mucha alegría. Salió a flote el ADN de docencia inculcado por mi padre y me confirmó que yo era bueno para esto. Me quedó la sensación de que en algún momento de mi vida me iba a dedicar a esta bonita labor. Esta experiencia la catalogo como mi inicio en la docencia.

Pasaron los años y ya me encontraba en sexto de bachillerato, momento en cual debía decidir qué haría en el resto de mi vida, un momento importante, crucial y difícil. No sabía qué hacer, me gustaba todo: ser médico, ingeniero, comunicador social, sicólogo, arquitecto, diseñador, entre muchas más profesiones. Al final me decidí por ser ingeniero mecánico, quizás influenciado por mi entorno familiar (en la familia había principalmente médicos e ingenieros mecánicos). Me llamaba mucho la atención todo lo que se moviera; a los ingenieros mecánicos nos define el movimiento por excelencia. Recuerdo que mi papá me decía que yo tenía vocación para ser el médico de la familia. En fin, elegí ser ingeniero mecánico, pues consideraba que tenía las cualidades y capacidades para ello. No me equivoqué ni me arrepentí, gracias a Dios.

Recuerdo que cuando estaba en el primer año de mi carrera, el decano de ese entonces, Francisco Restrepo Gallego, más popularmente conocido como “Pacho Cohetes”, nos llevó a una convivencia de evaluación y retroalimentación del periodo. Éramos unos ciento veinte estudiantes y en el algún momento del encuentro nos preguntó: “¿Qué quieren ser cuando ‘grandes’?”, refiriéndose a como nos veíamos finalizando nuestros estudios de ingeniero. Levanté la mano y le respondí que en algún momento de mi vida quería ser docente, me salió del alma. Él me preguntó: “¿Y decano?”, inmediatamente le respondí que de pronto. Todo esto se cumplió unos años más tarde. Fui el único de mis compañeros que se expresó en este sentido.

Me demoré seis años para finalizar mis estudios de ingeniero mecánico, el plan de estudios estaba diseñado para cinco años. ¿Qué pasó? En parte, el trabajo de grado se llevó más tiempo del presupuestado, y lo otro es que perdí unos cursos y los tuve que repetir. ¿Cómo así? ¡Builes repitiendo cursos! ¿El acostumbrado siempre a obtener los mejores resultados en el colegio? Pues sí, mis calificaciones no eran las mejores. No se alcanzan a imaginar lo formativo que fue vivir estas experiencias; hoy se constituyen en elementos fundamentales en mi docencia, un proceso docente caracterizado por ser integral, humano y de gran comprensión de los fenómenos que afectan el aprendizaje en los alumnos.

Si hoy me pidiesen una explicación de estos resultados, yo se lo atribuiría quizás a factores tales como: una dificultad natural de los cursos, los ritmos en que se desarrollaban que no permitían una apropiación adecuada de

los contenidos (recuerden que ya yo era más calmado y profundo), la poca claridad de las explicaciones del docente (siempre me preguntaba y hacía el ejercicio de cómo lo explicaría yo para ser más comprensible) y quizás una última causa a momentos emocionales que no me daba el permiso de sentir; tenía unos mandatos de *ser fuerte* y *muy cerebral* arraigados. Hoy soy más equilibrado entre lo emocional y cerebral.

En fin, me hice un ingeniero mecánico convencido y confiado de la excelente formación que me dio mi universidad y sobre todo con el voto de confianza que me prodigaron mis maestros.

Como les comenté en las páginas anteriores, mi experiencia en la industria (cinco años aproximadamente) fue sumamente exitosa, resultado de la buena formación recibida. Y entonces la última pregunta que se viene es: ¿Cómo ingresé a la UPB para ser docente?

Cuando iba transcurriendo el quinto año en la industria y más o menos en el mes de septiembre del año 1987, me dije: “Llegó el momento de ser docente. Me voy a ofrecer y compartir mi experiencia en la UPB”. Le comenté mi decisión al gerente de la planta e inmediatamente me preguntó si estaba loco; le respondí que no, que era uno de mis sueños y debía cumplirlo. Me ofreció mejores condiciones de trabajo y un aumento significativo en el salario, muy por encima incluso del que iba a recibir en la UPB; sin embargo, me sostuve en mi decisión de vida.

Por amigos, me enteré que en la UPB había unas vacantes en el Departamento de Ciencias Básicas y me le presenté al jefe de la misma. Él me entrevistó junto a todos los Decanos de Ingeniería de ese entonces; a todos les parecía muy extraño mi decisión, pues mi trayectoria en la industria era exitosa. Los convencí de mi intención. Muy al final de la entrevista me dijeron que, si yo sería capaz de preparar una clase del tema que eligiera y se la ofreciera a los docentes de la Escuela de Ingenierías la semana siguiente. Recibieron un rotundo *SÍ* y concluyó la entrevista. Ellos me informarían el día, lugar y hora.

Me dijeron que el resultado del proceso de selección se conocería en unos quince días. Nada de esto ocurrió, ni la respuesta sí era el elegido, ni la clase prometida. Entonces me dio por llamar en el mes de noviembre al jefe del Departamento de Ciencia Básica y su respuesta fue la siguiente:

“¿No te han llamado desde Gestión Humana de la Universidad para cumplir los procedimientos de contratación?”. Claro que había sido seleccionado. Ellos habían decidido que yo era la persona que necesitaban; la decisión al Departamento correspondiente la habían informado a la semana siguiente de la entrevista, y por la contundencia de mis respuestas, no consideraron necesario hacer la prueba de la clase propuesta. Lo que es para uno es para uno y al que le van a dar le guardan y le sobra... así ingresé a la UPB el 18 de enero de 1988.

Llevo treinta y cuatro años de feliz trayectoria docente en la Universidad. Doy gracia a Dios y nuevamente agradezco a la UPB, la cual me brindó esta oportunidad de vida; a mis colegas docentes, quienes la mayoría han sido mis alumnos y a quienes he considerado mi “cerebro extendido”, me han superado con creces y eso me ha dado mucha alegría y satisfacción; los veo haciendo cosas increíbles. Finalmente, a mis estudiantes del ayer, del hoy y los que vendrán pues han hecho de mí la persona que soy. Sientan que este reconocimiento que me han hecho es de todos ustedes.



ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

Profesor distinguido de Escuela:

Iván Darío Carmona Aranzazu

Facultad de Filosofía

Trazos de memoria

Todo esto requiere ayuda de los dioses y de la Fortuna

Marco Aurelio

El emperador romano y filósofo estoico Marco Aurelio se dedica, en el libro I de sus meditaciones, a agradecer a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus amigos y colaboradores cercanos; de cada uno aprendió grandes cosas. Las excelsas bondades del carácter se forman en esos primeros contactos con la realidad cotidiana, en el piel a piel, en el cara a cara, en el reconocimiento del rostro y de la palabra que brota sencilla y eficaz, que acaricia o reprende, pero que en cada uno de sus modos educa. Pero, sobre todo, de una manera especial, el filósofo y emperador, agradece a sus maestros por haber formado su carácter y su espíritu, llevándole en cada lección a valorar el tiempo en el que la vida se consume, el amor a la verdad y el obrar desde ella con rectitud y también da gracias de haber recibido lecciones de vida más que lecciones retóricas o sofistas, donde se valora sólo el intelecto y se pone en segundo lugar el buen vivir en orden a la idea del bien. Agradece poder pensar y obrar en concordancia con la vida.

Imitando al filósofo estoico quiero empezar este texto reconociendo y agradeciendo los encuentros fortuitos y divinos a lo largo de mi existencia. Haber nacido en un hogar sencillo, cálido y honesto es el origen más noble al que alguien puede aspirar. El contacto, las caricias, la mirada, la espontaneidad de las emociones, el que mis padres no hayan tenido un libreto y sin embargo sortearan el día a día con coraje y dignidad, viviendo los momentos alegres o tristes sin máscaras, desnudando su alma en cada circunstancia. En su sencillez reconozco, hoy, su enorme sabiduría, aquella que surge cuando encaramos la vida y combatimos contra sus adversidades. Con los años reconozco este regalo tan maravilloso que fue mi hogar y al cual se le sumaron, con los años, los hermanos y hermanas que formaron la primera comunidad donde, entre amores y rivalidades, entre juegos y tareas, se aprende el valor de la diferencia y de la compañía, lo significativo que es poder contar con el apoyo de alguien a quien le duele tu existencia y se alegra con tus pequeños y grandes triunfos. Gracias a esta primera comuni-

dad aprendí a amar con gratuidad, a perdonar las pequeñas e insignificantes ofensas, a solidarizarme, pero también a confiar en la presencia de los otros que siempre están para ti sin reservas; gran aprendizaje que uno traslada de modo natural al conjunto de la sociedad donde se desenvuelve como adulto. De alguna manera, uno será el amigo que aprendió siendo hermano. De ahí mi doble gratitud a los dioses y a la Fortuna, siguiendo a Marco Aurelio. De esta época de mi vida me queda una vocación por el afecto y por reconocer en la cercanía con los otros el lugar más seguro y cálido.

Los amigos son refugio, oasis y circo. Con los amigos de la infancia se forja una parte importante del carácter futuro, el encuentro para el juego, pasajero y eterno, y aunque mis recuerdos de estos primeros días son vagos, se van haciendo más nítidos a medida que pasa el tiempo; los amigos de la escuela, la crueldad amistosa de la edad que no perdona defecto o equivocación y que al conseguir pasarla te fortalece... de allí aprendí que vivir en grupo exige el desarrollo de ciertas capacidades para aceptar, tolerar u oponerse con criterio a lo que no conviene, daña o lastima. Son refugio en los momentos complejos de la cotidianidad cuando uno experimenta la soledad, la incomprensión o el simple malestar que provoca la disciplina de los mayores. Uno busca asilo en aquellos que no tienen ni idea de cómo resolver la situación, pero que se cuegan de inmediato en el dolor o la rabia que uno está sintiendo. Esta emoción que hoy puedo leer a distancia del tiempo recibe el nombre de ternura; agradezco haberla aprendido allí. Cómo duele esa primera decepción amorosa de la adolescencia, pero qué fácil que se va disolviendo en cada juego de pelota, en cada incursión por los laberintos del barrio en compañía de otros exploradores, en busca tal vez de otra mirada en la que engancharse por un momento.

Con el tiempo pude darme cuenta del valor que tenía la amistad para la filosofía; estoy seguro de que en parte elegí ser profesor gracias a ese vínculo. Nunca fui bueno en materias como matemática, física o química, pero los amigos que sí lo eran se encargaron de que al final comprendiera algo del secreto que tienen esas disciplinas. Después del colegio nos reuníamos, por lo general en mi casa, algunos que hacíamos de alumnos con uno de esos compañeros que se transformaba en nuestro profesor de matemáticas, física, química, etc. Con los amigos aprendí a tener maestros, a respetar y

valorar el talento y la capacidad del otro. Yo mismo fui, en su momento, el profesor de español, historia o filosofía, y aprendí a poner al servicio de los otros mi capacidad y mi placer por estos discursos. En aquellos días éramos profesores y alumnos a la vez; la solidaridad ante la emergencia de estos tiempos me fue gestando, sin yo darme cuenta, un perfil, un gusto por la docencia de la filosofía, la literatura y la historia fundamentalmente. Desde allí empiezan el azar y la búsqueda personal a coquetearme, a merodear los predios del futuro más inmediato: la universidad.

Nuevos amigos llegaron, por caminos diferente, al interés común, a la frontera que abrazábamos todos desde insospechados modos: el libro, el que cada uno de nosotros cargaba como talismán, como compañía o como fuente de poder. Yo era parte del grupo de aspirantes a Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede de la Playa; hacía parte de una gran familia sin que fuera muy consciente en ese momento de lo que significaría en mi vida. Los amigos brotaban detrás de las lecturas, de los libros compartidos, comentados y sugeridos. Lo más extraordinario es que, con el tiempo, desde el fondo de los libros empiezan a asomarse otros amigos: personajes de cuentos y novelas, conceptos, palabras, poemas, autores, etc., un mundo en el que aún sigo sumergido y desde el que de vez en cuando asomo la cabeza para darme un paseo por la otra cara de la realidad.

El tiempo en el que fui estudiante en la universidad está por fuera de cualquier comparación, y sí que me han sucedido cosas buenas después de ello; sin embargo, haber pasado por la Facultad de Filosofía y Letras marcó mi vida. Recuerdo la variedad de discursos, de pensamientos, de creencias, de interpretaciones, de estilos de vida que hacían presencia en las aulas de clase, en las cafeterías, en los auditorios, en el patio donde jugábamos futbolito, donde nos reuníamos profesores y estudiantes de varios programas para celebrar la amistad... esos momentos fueron esencialmente formativos por la gratuidad de lo que allí sucedía. Los amigos de aquellos días fueron mis grandes maestros. Cada uno de nosotros incursionaba en una disciplina, en un autor o en unos temas que convocaba el respeto y hasta la veneración de los demás, aunque a veces tendíamos a ignorar lo grandioso de los hallazgos de los otros; en fin, eso nos colocaba de nuevo

del lado de lo imperfecto humano, algo con lo que seguimos luchando todas las generaciones. Después de las clases, pasábamos horas en la biblioteca y terminábamos con unas cuantas cervezas en las afueras de la universidad. Amigos, cerveza, poesía y, resguardado en el fondo de la mochila, el novelista, el pensador con el que continuaríamos nuestra conversación al día siguiente. Estos momentos significan hoy para mí el enlace entre amistad, conocimiento y libertad, la vocación por las lecturas compartidas, amistad a través de los libros, la poesía y los sueños.

Los profesores y maestros ocupan un lugar de primer orden en este recuento, donde trato de narrar cómo he llegado hasta este momento queriendo ser una mezcla de todos ellos. La Escuela primaria llega a mí a través de recuerdos fulminantes, circunstancias que pasan fugaces por la memoria, espacio y tiempo sometido por brumosas emociones. Tengo la impresión de unos maestros laboriosos que se manifestaban entre la firmeza y la delicadeza según lo pedían las circunstancias; recuerdo los compañeros de clase como una masa informe, pero las miradas, los gestos y los rostros cargados de palabras de algunos maestros aún me abrigan en la distancia, los veo descolgarse de algún atardecer y apoderarse de mi nostalgia. Si me detengo lo suficiente, capto el eco musical de las lecciones repetidas, veo con algo de claridad los libros donde lo colorido de los dibujos era superior al del texto escrito, imágenes que de tanto en tanto merodean la memoria; aquellos textos escolares fueron, en ciertos momentos compañía, un maravilloso pasadizo a un mundo otro que me atraía poderosamente. Me doy cuenta como desde los libros hice contacto con los maestros y empecé a querer imitarlos, a soñar con copiar sus vidas, su profesión, su capacidad para poner en palabras hacia afuera lo que habitaba míticamente entre las páginas. Una vocación empieza a surgir.

Durante doce años, el Liceo nacional Marco Fidel Suarez fue un lugar de altos y bajos, de caídas y levantadas. Allí, sin que me diera cuenta, dejé la niñez; pedazos de ella fueron quedando entre fragmentos de tareas sin terminar. El número de materias, obligaciones y profesores era cada vez mayor justo en la edad en la que la existencia pesa demasiado y los amigos se eligen entre circunstancia azarosas; al final, con sólo uno o dos de ellos se crea la hermandad que nos saca por ese túnel hasta la graduación.

Es igualmente coincidente que de esos años tengo un recuerdo vago de los compañeros de generación; lo que si conservo con nitidez son los rostros, los gestos y los modos de algunos profesores que volvían a ser mis referentes de vida y de aspiración intelectual. Me acuerdo bien del profesor de español de sexto grado, el modo sencillo pero elegante como armaba y desarmaba las frases para hacernos ver el lugar que ocupaban en ella el sustantivo, el adjetivo, el verbo y todos esos elementos mágicos que luego podíamos reconocer en fragmentos de cuentos, novelas o poemas. La lengua española se volvió significativa para mi desde entonces y, sobre todo, yo quería saber lo que mi profesor sabía y jugaba a explicarlo de la manera que él lo hacía. En séptimo, año que debí repetir, en su segunda y mejorada versión el milagro del libro volvió a aparecer de manera doble, la profesora de sociales (Historia y Geografía) nos pedía que mantuviéramos el libro abierto en una determinada página mientras ella explicaba el tema; yo veía esa página y casi nunca resistía la tentación de darle la vuelta y de ver qué sucedía en la siguiente, con lo cual me gané varios regaños por adelantarme a las indicaciones. En ese mismo año, Don Silvio, como todos lo llamaban, nos impartió el curso de religión, hecho que no sería significativo si no fuera porque cada que pasaba por la sala de profesores lo veía a él, y su escritorio estaba completamente vacío de objetos y en el medio siempre un libro; a veces lo sostenía abierto en sus manos y en otras ocasiones reposaba sobre la madera a la espera de su lector. Me intrigaba lo que leía; en ocasiones me animaba a saludarlo y conseguía ver que se trataba de alguna una novela histórica; han sido mis favoritas durante estos años. De este tiempo me ha quedado el tic de husmear entre las manos de mis compañeros o estudiantes de la universidad los títulos de los libros que cargan como rasgo de su ser. Dime qué lees y te diré quién eres.

En octavo y noveno el reencuentro con la historia y la literatura parecían marcar un camino. El profesor de sociales poseía una manera especial de llevarnos por la historia de Colombia: llevaba consigo a clase una pila de libros y nos pedía que, en pequeños grupos o de manera individual, tomáramos uno y leyéramos ciertos fragmentos de capítulo. Todos apuntaban desde diferente lugar al mismo tema; cada uno de nosotros era dueño de un punto de vista y con ello nos lanzábamos a la discusión. ¡Maravilloso!

El profesor estaba ligado al libro y a su horizonte de pluralidad y matices; eso ha permanecido en un lugar de la memoria muy especial, sobre todo cuando me doy cuenta de que, de alguna manera, yo repito ese gesto hoy en el aula de clase. También de esos años, donde la escritura se vuelve un modo de expresar la incomodidad, la inconformidad y la necesidad de autonomía, el profesor más generoso que he conocido me regaló horas y horas de su tiempo libre, incluidos algunos sábados, para leer conmigo y corregir una novela que yo había escrito y que pensaba enviar a un concurso literario. A la más cursi y romántica historia este profesor le puso toda la seriedad e importancia, como si de un gran novelista se tratara. Qué gesto tan soberano; impulsó mi necesidad de escribir, y aunque nunca puede concretar una obra de ficción, jamás he dejado de aspirar a exponer lo que pienso y a sentir profundo respeto por la hoja en blanco y, sobre todo, por el posible escritor que habita en cada uno de mis alumnos.

En décimo y once la fuerza de mis profesores de filosofía fue arrasadora: los libros, las discusiones, el modo como se interpretaba el libro leído, cómo de la historia del pensamiento se pasaba a las posturas críticas de algunos pensadores. Durante este tiempo la biblioteca del colegio se convirtió en refugio; leí obras que no tenía la capacidad de entender, pero que me hacían sentir superior, que me daban un aire de intelectual, como *El ser y la nada* de Jean Paul Sartre. Sigo sin entenderlo, pero la diferencia es que hoy lo sé. Algo tenía claro para ese momento era que quería ser escritor y estudiar filosofía. Soy, de alguna manera, la suma de esos profesores, de sus libros, sus discursos y los modos de transmitirme su conocimiento.

El siguiente nivel de profesores y maestros está en la universidad. Cada uno me fue sorprendiendo con su saber, con su manera particular de ordenar su discurso y de ponerlo en el tapiz del asombro. Sin embargo, hay maestros que se tornan muy significativos y, sin que uno consiga saber de qué manera, el respeto y la admiración terminan construyendo un tejido de amistad alrededor del conocimiento, pero sobre todo de la actitud y el modo como este encaja con la vida y con el horizonte interpretativo; uno se enamora de lo que su maestro sabe y del modo como lo sabe. El diálogo y la conversación que llamábamos de cafetería o de oficina se vuelve más frecuente, y a la vez es la otra universidad, la del maestro y el discípulo, la

de las preguntas vitales, la que desemboca en investigaciones, en los autores comentados, en las incursiones hacia lo desconocido. Aquí el profesor del curso se vuelve tutor; sale del aula y de su discurso general a la conversación individual o en pequeños grupos como maestro de una disciplina como gestor de un modo de vida. El maestro, sus libros y su manera de ponerlos en escena. Ahora, estos maestros se transformaron en grandes amigos. Uno es los maestros que lo formaron, porque no sólo recibe teorías y conceptos, sino porque uno se impregna de un aire vital, de un espíritu que extiende sus alas hasta el día de hoy, donde como profesor de literatura y de filosofía siento la responsabilidad de sostener el hilo conductor de este discurso y de este vital modo de pensar y poetizar el ser y su historicidad, el ser y su estar en el mundo, el ser y sus modos de existir.

Cada uno de estos profesores y maestros forjaron en mí un querer ser, un querer hacer y un querer vivir. La relación con ellos dejó algo más que conocimiento, marcó el temperamento, el amor por la academia y por todo lo que desde allí se gesta: lectura, pensamiento y escritura. Cada maestro es una vida proyectada más allá del tiempo y del espacio de la vivencia, cada uno de ellos es un instante vuelto eternidad. Hoy lo sé; he sido profesor gracias a estos fragmentos de vida de otros que me habitan y que me abrieron su alma y su pensamiento, sin negarme sus contradicciones ni sus paradojas. Todo eso gracias a que se mostraron frágiles y humanos, pero persistentes y soñadores; sin duda me revelaron un camino que serviría de modelo para, entre erros y aciertos, construir el propio. Algunos de ellos hoy siguen mostrándome perspectivas nuevas y abriéndome mundos insospechados, como Gonzalo Soto Posada, ante cuya lucidez enmudezco y cuya amistad me regocija y me hace sentir la gratitud de estar habitando en tierra de gigantes.

Dice el filósofo alemán Hans Georg Gadamer: “Esta convicción se basa también en el apasionado deseo, que me anima desde siempre, de transmitir lo que en mí se ha convertido en conocimiento y comprensión, se aprende de aquellos que aprenden de uno” (1995). Con el talante de este pensamiento quiero expresar, ahora, mi gratitud enorme a quienes han sido estudiantes de mis cursos durante estos treinta y nueve años de docencia, doce años como profesor de colegio en la educación media y veintisiete como docente en la universidad.

Los primeros doce años fueron la escuela de la docencia; trabajar con niños y adolescentes tiene una importancia que sólo es medible con el paso del tiempo, cuando desde la orilla se puede contemplar el caudaloso río que se ha atravesado. Gracias a ellos aprendí que el conocimiento es importante sólo si se abre espacio entre los dolores y las alegrías de crecer, entre los amores y desamores, entre las lealtades furibundas a los ídolos del fútbol y de la música; en todo caso, jugar es mejor que estudiar. Aprendí que no hay pedagogía más valiosa que la del entusiasmo y que no hay realidad más atractiva que aquella que desenvuelve una utopía. Mis primeros estudiantes me midieron el aceite, como se dice vulgarmente; afilaron la herramienta de mi discurso al obligarme a enseñar desde la claridad y la sencillez, pero también desde la exigencia de la coherencia y la verdad, algo que no negocian los jóvenes de ninguna época, solo que nosotros pretendemos ignorarlo. En estos niveles, la vocación se pone a prueba; la tarea es ardua, parece que predicaras a las piedras, pero con el paso de los años te das cuenta de que para algunos de esos a los que nombras estudiantes, fuiste compañía y tal vez referente de vida. Una sola mirada, un solo gesto salva el día y le da horizonte a la labor. Como dice Camus en *El mito de Sísifo*: “El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso” (1995). En este nivel, cada profesor es un Sísifo dichoso. Una pequeña conquista refresca el esfuerzo.

Los siguientes veintisiete años los he vivido de tiempo total en la universidad. La diversidad de seres que pasan por el campus, por las aulas, por las disciplinas, por mi vida son, desde diversos ángulos, fragmentos del cosmos que agregan a mi ser esencia en tanto me devuelve a la incertidumbre y me recuerdan que todo lo pensado debe ser de nuevo pensado, que todo discurso debe estar precedido por un silencio y que todo conocimiento que no se examina nos aleja de la sabiduría, del anhelado y posible encuentro con nosotros mismos. Han sido años de mucho aprendizaje. Cada generación viene con nuevos aires, con preguntas igual de incontestables, con planteamientos igual de utópicos, con sus experiencias y claridades, con sus opiniones y creencias; algunos llegan con el asombro instalado, y para los que no, estamos los profesores en la obligación de despertarlo, de ponerlo al servicio de la investigación, pero, sobre todo, del encuentro consigo mismo.

Dice George Steiner: “El maestro aprende del discípulo y es modificado por esa interrelación en lo que se convierte, idealmente, en un proceso de intercambio. La donación se torna recíproca, como sucede en los laberintos del amor. ‘Cuando soy más yo es cuando soy tú’, como dice Celan” (2005). ¡Qué grandes maestros han sido los estudiantes a lo largo de estos años! Vergüenza me dan los momentos en los que no he estado a la altura de sus inquietudes y su inteligencia, pero siento que también han acogido con amor mis vacíos disciplinares y mis vacilaciones e incertidumbres humanas. He asumido, como principio, algo que fue tomado de todos mis anteriores maestros, aquellos que siguen siendo significativos: la honestidad y el reconocimiento de también ser un aprendiz, de no saberlo todo pero estar dispuesto a aprender, de dar la razón cuando los argumentos son contundentes y la claridad asoma del otro lado. “Se aprende de aquellos que aprenden de uno”; también el agua pura y cristalina brota de pozos ajenos.

Estos años han ido derrumbado la pedantería que a veces me habitaba, han ido borrando el falso orgullo con el que uno toma posesión de un saber; por momentos algo de todo eso asoma, pero gracias al entramado de esta cotidianidad, bastan unas horas de clases, unas cuantas heridas aparecidas en la batalla de los argumentos, y de vuelta a la realidad. Sólo sé que nada sé. Se necesita un momento de reconocimiento de ignorancia para empezar de nuevo la búsqueda y para sentirse de nuevo un aprendiz. Cuántas horas de lectura y de estudio por una suspicaz pregunta, por una insolente apreciación o por un gesto como de Diógenes o por la simple contemplación de una sandalia en el borde de un volcán.

Ahora que me doy a la tarea de mirar hacia atrás, de recomponer con la memoria y la emoción los acontecimientos y los gestos que han hecho posible nombrar esta experiencia, percibo con claridad la dificultad del camino y las escases de herramientas con las que enfrentaba el día a día de maestro. De los errores se fue aprendiendo, a veces con algo de dolor; las dificultades proponían retos que el amor por la disciplina y la vocación se hacían cargo. Ningún tiempo ha sido fácil, todos han gestado momentos de formación. Ser maestro convoca a una eterna conversación sobre lo humano y con lo humano, años de artesanos persiguiendo un arte, años de balbuceo en busca de la palabra, para que al final quede el silencio como

gesto entre la arrogancia de la cual uno se quiere despojar y la humildad que se persigue. Parodiando al siempre recordado poeta argentino Jorge Luis Borges: que otros se jacten de lo mucho que han enseñado; a mí me provoca alegría aquello que he aprendido tratando de enseñar en el eterno diálogo con los otros que azarosamente se reúnen entorno a las preguntas por la vida o, más precisamente, sobre el saber de la vida que todos creemos tener y del cual sólo nos quedan relatos y narraciones filosóficas y literarias. Los últimos versos del poeta argentino lo enuncian con mayor claridad: “la tarea que emprendo es ilimitada/y ha de acompañarme hasta el fin, /no menos misteriosa que el universo/y que yo, el aprendiz.”¹

Un texto del semiólogo francés Roland Barthes ha sido para mí, durante estos años, una clara visión de lo que representa esta tarea de enseñar y de poner en crisis los paradigmas para provocar el movimiento necesario que nos permita develar lo que permanece oculto entre la naturaleza y nosotros.

Intento dejarme llevar por la fuerza de toda vida viviente; el olvido. Hay una edad en la que se enseña lo que se sabe; pero inmediatamente viene otra en la que se enseña lo que no se sabe; eso se llama investigar. Quizás ahora arriba la edad de otra experiencia, la de desaprender, de dejar trabajar a la recomposición imprevisible que el olvido impone a la sedimentación de los saberes, de las culturas, de las experiencias que uno ha atravesado. Esta experiencia creo que tiene un nombre ilustre y pasado de moda, que osaré tomar aquí sin complejos, en la encrucijada misma de su etimología: Sapiencia: ningún poder, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor. (Barthes, 1998)

El énfasis está puesto en el sabor, en la afirmación de la vida, también en la moderación y en la prudencia como punto de llegada, pero en la jovialidad de la ciencia como punto de partida, donde es necesario recuperar la magia y el asombro, la picardía y el juego que representa el lenguaje. Somos palabra, por ello cada uno de nosotros tiene que encontrar el modo particular como esa palabra lo significa y lo pone frente a los otros, como un espejo que frente a otro espejo hace posible visualizar el laberinto, ese que todos habitamos y que es función de los maestros ayudar a parir. El sueño

1 Poema Un lector de Jorge Luis Borges.

de todo filósofo educador es ayudar a parir discursos donde se advierta la verdad y la esperanza por el solo hecho de pensar o de poetizar que es lo mismo. La labor está completa cuando el discípulo se convierte en maestro, más preciso cuando el discípulo-maestro muta, de oruga a mariposa, en maestro-aprendiz. “El orgullo por el trabajo propio anida en el corazón de la artesanía como recompensa de la habilidad y el compromiso” (Sennett, 2008). Siguiendo la pista de Richard Sennett, maestro y artesano comparten la misma condición. Enseñar se transforma en arte y el maestro asume las condiciones del artista, sensibilidad ante la realidad y creatividad para interpretarla con los sentidos del alma.

He dejado para el final a mis grandes maestras, quienes le han dado sentido a mis días y sabor a mis horas. Ellas, mi esposa Gloria María y mis hijas Ana María y María Isabel, que son finos y delgados hilos que le dan movimiento a esta marioneta, que le imprimen emoción y sentimiento a mi vida, que ponen en tensión lo que creo extraer de los libros y las conversaciones, que son la realidad y que son el otro lado de mi pensamiento, ellas que me sostienen para que no me fugue por el hoyo negro de mis divagaciones. Cada una es la narración que complementa la mía, cada una aporta con sus luces y sombras al entramado teatral de esta obra que es nuestra historia. Son maestras sin por qué; en sus palabras y en sus gestos hay gratuidad y sabor. De ellas he aprendido que el amor no se negocia y que es imperfecto porque es humano, pero que es suficiente, es la esperanza en el fondo de la vasija de Pandora. Sólo a través del amor y los afectos podremos hacer resistencia a los absurdos que nos niegan la libertad de pensar y soñar. El maestro al final tendrá que reconocer que no hay mayor vocación que el amor.

Referencias

- Barthes, Roland. (1998) Lección inaugural a la cátedra de Semiología. En: *El placer del texto*. México: Siglo del hombre. p. 150.
- Camus, Albert. (1995) El mito de Sísifo. Barcelona: Altaya, p. 162.
- Gadamer, Hans Georg. (1995) “Sobre los que enseñan y los que aprenden” En: *La herencia de Europa*. Ensayos. Barcelona: Península, p. 145.
- Sennett, Richard. (2008) *El artesano*. Barcelona: Anagrama, p. 361.
- Steiner, George. (2005) *Lecciones de los maestros*: Siruela, p. 15.



ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

Profesor distinguido de Centro de Humanidades:

Jorge Iván Jiménez García

La hoja de mi vida

Hace algún tiempo, cuando me disponía a atender una invitación para trabajar en Medellín, me solicitaron hacer una hoja de vida no convencional. Entonces la titulé *La hoja de mi vida*, pretendiendo que contuviera una descripción cercana y con algún detalle sobre lo acontecido en mis días para llegar hasta ese momento. Por eso, este ejercicio, que muy bellamente nos ha invitado a hacer nuestra Directora de Docencia, lo dividiré en dos partes. La primera, en una reconstrucción de lo que para entonces hice y que, a la postre, se convirtiera en el punto que transformó mi vida para llegar hoy hasta aquí, donde estoy con ustedes, la cual será la segunda parte. Espero disfruten con paciencia esta preciosa regresión por la historia de mi vida puesta en esta hoja de mi vida.

Soy un manizaleño modelo '66, el décimo de una familia de once hijos. Mientras vivíamos de arriendo en el barrio Los Agustinos, mi hermano menor, Jairo Enrique, falleció cuando apenas tenía unos meses de vida, lo que significa que, por herencia forzosa, he quedado como el niño de la familia. Por esa condición de ser el menor y estar en medio del fragor de mis hermanos en su proceso de crecimiento, mi infancia estuvo siempre dependiente de la ropa y juguetes heredados de ellos y de los lugares de trabajo de mis padres que, para entonces, eran una cafetería y una peluquería. Literalmente fui criado en las bancas de la cafetería o de la peluquería. Allí tomaba mi tetero de leche caliente de greca mientras mi padre y mi madre trabajaban.

Cursé mi primaria en la Concentración Escolar Jorge Robledo, una escuela pública en la plaza de mercado Galería a unas cuadas de mi casa y en la que compartía clases con los hijos de los trabajadores de la plaza (léase por trabajadores cuanto oficio ordinario se puedan imaginar). Fue allí donde, en medio de las precariedades de mis amiguitos y mías, muy pronto empecé a experimentar un extraño deseo por ayudarle a la gente que me rodeaba, compañeros y profesores con los que yo buscaba interactuar. Así que a los diez años me enlisté en la brigada de la Cruz Roja y, tras unos meses de haber terminado la primaria, había pasado de ser un brigadista a ser un líder de brigada, empezando una aventura como líder que no ha parado hasta el día de hoy y que siempre ha estado atravesado por la pedagogía.

Dos años más tarde, pasé a hacer el bachillerato en el INEM Baldomero Sanín Cano, colegio que quedaba muy lejos de mi casa, y aunque yo tenía el respaldo de mis padres y me daban los pasajes para que me transportara en bus, muchas veces yo prefería ahorrarme los pasajes, así que me iba caminando del colegio hasta mi casa. ¿Y qué hacía con los pesos de los pasajes? Me hacía regalos: comida, música, ropa, revistas, pero también invitaba a algún amigo a comer algo cuando era posible. En esas caminadas empecé a descubrir el deseo de estar con otras personas a quienes yo les pudiera enseñar lo que había aprendido en la brigada, lo que me llevó a hacerme Scout, pasando rápidamente a ser instructor de tropa y guía de grupo. Con la experiencia recogida, y aprovechando que me codeaba con personas de mayor rango, tuve la oportunidad de empezar a conformar grupos de socorro y rescate a la par que estudiaba en el colegio.

A propósito, no fue una vida de colegio muy fácil que digamos, pues, aunque sus instalaciones eran muy modernas y completas, todo tendía a opacarse por el permanente matoneo que se vivía. Eran grupos de muchos estudiantes y de muy diversas procedencias en los que imperaba la ley del más fuerte. Fue mi condición de vida pasiva y serena la que me salvó de ser presa del mal ambiente. Mis preocupaciones estaban centradas en el estudio.

Sin embargo, empecé una nueva aventura con otros amigos: la creación de un grupo de rescatistas guardabosques. Disfrutábamos adentrándonos en los bosques de Milán, La Sultana o La Enea para practicar y desarrollar técnicas de supervivencia y de autorrescate. Queríamos ser más competentes para seguir entrenando a otros. Sin querer queriendo, estábamos conformando nuestro primer grupo de formación de rescatistas, grupo que me pondría nuevamente en las filas de la Cruz Roja, pero esta vez ya mayorcito y con la experiencia para hacerme instructor de instructores. Allí me reencontré con algunos de los que habían sido mis formadores en mi escuela de primaria y que ahora eran mis compañeros. En este maravilloso momento en el que sorpresivamente encontraba mi futuro, comprendí que había nacido para vivir de la pedagogía, de entregarme a los demás.

Simultáneamente con la Cruz Roja estaba terminando mi bachillerato y empezando mis estudios en el Sena. Aunque mi sueño era estudiar Medicina en la Universidad de Caldas, mi madre se empeñó en que yo debía

estudiar en el Sena porque le resultaba más económico que yo me hiciera secretario auxiliar contable, a que me hiciera médico. Al final eso resultó muy inteligente de su parte, pues me llevó a iniciar mi vida laboral.

Con lo que nadie contaba, ni yo mismo, era que mi paso por el Sena traería a mi vida el tiempo más hermoso y productivo a nivel artístico. Pude explorar a mi placer mis habilidades musicales cantando e histriónicas actuando, declamando, escribiendo obras de teatro y libretos, produciendo discursos para mí y para otros, oficiando como maestro de ceremonias en diversos eventos, evaluando material para actores y presentadores y, sobre todo, formándome para ser director de teatro.

Mi patrocinador fue una fábrica de partes para carro en la que trabajé como auxiliar de tiempos y costos para contabilidad. Como cualquier empleado de esta sección, cumplía con turnos de trabajo: 6 a 2, 2 a 10 y 10 a 6. Fue una de las experiencias más retardoras de mi vida laboral. Sin embargo, el estar en el ambiente industrial fue suficiente motivador para reconfirmar mi vocación, fundando allí un grupo de teatro en el cual actué y dirigí, así como la Brigada de Bomberos, Seguridad y Prevención. Con la brigada y con mi experiencia, se propició la oportunidad para que fuéramos parte de la Asociación de Brigadas de Seguridad (Abrisec) de la ciudad, asociación que tampoco se escapó de mi espíritu pedagógico y en la que llegué a convertirme en instructor líder de las quince brigadas que la conformaban y que sumaban cerca de trescientos brigadistas... todos bajo mi instrucción y liderazgo. Otro hermoso capítulo que recuerdo con especial cariño.

Esa labor educativa, emprendida a través de la Asociación, generó un efecto bola de nieve en términos de la fundamentación de la seguridad industrial y laboral en el sector industrial de la ciudad, la cual dio con la creación de una línea específica de Socorrismo Industrial en Cruz Roja, haciéndonos pioneros a nivel nacional. También recuerdo con cariño cómo este empeño fue el comienzo de lo que en nuestro país se oficializara como Seguridad y Salud en el Trabajo. Desde entonces, he buscado pertenecer al Comité Paritario de Seguridad y Salud en el Trabajo (Copasst) en cuanta empresa he laborado. Siempre hay algo en lo que se puede aportar para mejorar las condiciones físicas y personales en el lugar en el que invertimos buena parte de cada día de nuestras vidas.

Pero esta etapa de mi existencia estaba a punto de estremecerse para dar un giro que lo transformaría hasta hoy: la reactivación del volcán Arenas del Nevado del Ruiz, hecho acontecido entre los años '84 y '85 y que acaparó toda nuestra atención y capacidad como voluntarios de Cruz Roja... amén de los habitantes de los alrededores de la gigantesca y espectacular montaña. Durante esos dos años debimos enfrentar todos los retos que nos planteaba la naturaleza en un país y una época desprovistas de toda experiencia, preparación y equipamiento para responder apropiadamente a grandes desastres. En los grupos de socorro, cada uno de los voluntarios asumió la responsabilidad según su formación y trayectoria, y la mía era la montaña y el socorrismo. Esto me puso en comisión recorriendo la alta montaña por las laderas del Ruíz, tratando de convencer a los moradores del peligro y de la necesidad inminente que había de evacuar la región. Para entonces ya contaba yo con unos cuantos años como guía turístico de montaña en el Parque Los Nevados, por lo que toda esa situación se me hizo familiar sin dejar de ser azarosa por el contexto.

Comprendí que debía aprovechar mi capacidad como educador ambiental para convencer a cuantos pudiera de que debían salvar sus vidas antes que sus pertenencias. Recorrimos esos parajes antes y después de la erupción, por lo que resultó muy gratificante regresar luego de la erupción y encontrar muchas casas incineradas, con los enseres destrozados por los piroclastos o por los flujos... pero con las vidas habiendo sido puestas a salvo. Definitivamente, el haber tenido la oportunidad de estar metido en el lodo o en los pueblos o en la montaña dándole la cara a los desafíos de la naturaleza, hicieron, con certeza, una buena parte de lo que como ser humano he sido desde entonces. Nada fue lo mismo ni para mí ni para ninguno de mis compañeros. Además de haber sido considerados unos héroes, nos hicimos expertos instructores en atención de desastres. Mientras permanecimos en la institución, cuanta promoción de nuevos voluntarios llegaba entraba a ocupar nuestros campos de entrenamiento. Algo bastante grande y significativo para el Teniente Murdock, apodo que me gané por el talante que tenía como formador.

Pero bueno, es momento de pasar la página para reseñar otra de las facetas con las que alternaba en mi natal Manizales para complementar

mis ingresos: el teatro, afición casi obligada en una ciudad con ancestral tradición teatral. Por esta época me uní en matrimonio por primera vez y me convertí en padre de familia, también por primera vez. Por algunos años alterné mi trabajo de oficina con la montaña, el voluntariado, la música y el teatro. Por diferentes azares y capacidades histriónicas con las que nací dotado, desarrollé las habilidades suficientes como para pasar de ser actor a ser libretista y director. Estuve al frente de algunas compañías de teatro con algún renombre en la ciudad. Disfruté esta época a plenitud, pues fue el último peldaño que me permitió dedicarme definitivamente a la academia, a la vida de colegio y de universidad. El teatro, combinado con el idioma inglés que venía aprendiendo de manera autodidacta en mis labores como guía turístico y como cantante, empezaría a dar sus frutos disponiendo mi capacidad humana, pedagógica e intelectual al servicio del primer colegio que aceptó el reto de darme la oportunidad de foguarme como profesor de primaria y de bachillerato... y no fue cualquier reto: se trataba de arriesgarme a enseñar inglés y español mientras fundamentaba un grupo de teatro y un comité de ecología. El Gimnasio Horizontes de Aspaen en Manizales fue ese escenario académico no solo el que me acogió, sino el que me atrapó *per saecula saeculorum*.

No me había desprendido de la montaña; eso resultaba inconcebible. Continuaba con mis ejercicios como guía turístico bilingüe, ahora en un grupo élite que se había conformado con los más expertos. Atendíamos grupos de cualquier parte del país que quisieran recorrer el eje cafetero por rutas que nos tomaba hasta una semana, inmersos 24/7. Pues fue al finalizar uno de estos recorridos, en diciembre del año 1997, cuando los directivos del grupo de turno procedentes de Medellín me propusieron dejar mi ciudad y mudarme para la Tacita de Plata y empezar una nueva vida con ellos. La propuesta incluía una beca para mi hija, empleo para mi esposa y para mí, residencia y provisiones por cuenta de la institución. Nunca se me había pasado por la cabeza dejar mi ciudad; es un excelente vivero: tranquilo, hermoso y familiar. Sin embargo, la propuesta realmente nos dejaba muy poco que pensar. Las oportunidades para un mejor futuro para todos se abrían ante nuestros ojos, de tal manera que, en cuestión de dos semanas, nuestras vidas se transformaron. Empacamos unas cuantas

cosas y emprendimos esta aventura llamada Medellín, dejando atrás todo lo recorrido y acumulado como experiencia de vida, a la postre, la parte más importante de nuestro equipaje. Bueno y aquí también terminaba esa primera versión de *La hoja de mi vida*, con el tránsito del viejo al nuevo mundo. La verdadera odisea estaba por empezar...

Primera novedad: me correspondía terminar un año escolar en calendario B con la carga dejada por el maestro que había renunciado finalizando el primer semestre. Y así fue como un 10 de enero de 1998 me estrenaba como profesor de ciencias naturales en inglés con los grados superiores del colegio, 9° y 10°, estreno que, más que eso, fue un “estrellón”, con un impacto tan fulminante que es difícil de dimensionar. Yo no contaba con la formación específica en el área de ciencias naturales, ni contaba con una fundamentación profesional en inglés... y a eso era que me enfrentaba. Por supuesto que esta osada empresa pronto empezó a pasarme factura; se trataba de un colegio bilingüe de renombre en una gran ciudad en la que absolutamente todo era nuevo para mí y para mi familia... y yo había dado mi palabra como prenda para cumplir con la parte del trato que me correspondía.

Sin embargo, era mi palabra la que estaba quedando en tela de juicio, al igual que toda la confianza que habían depositado en mí quienes confiaron en mis capacidades. Todo parecía indicar que, finalizado mi primer año en el colegio, terminaría mi empresa y retornaría a Manizales, pero no fue así; ya habíamos dispuesto de lo que teníamos allá. Regresar significaría empezar de nuevo y de cero. Entonces, ¿cómo fue que me dispuse a enfrentar, tal vez, el desafío más grande e importante de mi vida? ¿Cómo logré salvar mi futuro y el de mis amados? Una vez más la montaña, el socorrismo, el teatro, la educación ambiental y el amor con el que he hecho las cosas a lo largo de mi vida, fueron mi salvavidas... por supuesto, todo embebido por la pedagogía que encarno. Llegué a un acuerdo con la institución y en un plazo que me otorgaron me dediqué a estudiar ciencias naturales en inglés tanto de manera autodidáctica como en la universidad, al tiempo que fortalecía el idioma. Simultáneamente, me dispuse para la construcción del Programa Ambiental Escolar (PRAE) para el colegio, el de Seguridad y Prevención, incluida la Brigada y —no podía faltar— un grupo de teatro.

Al cabo de seis meses empezaba a estabilizar mi situación con el colegio y con la ciudad. El futuro se dejaba ver más esperanzador y promisorio. Ya empezaba a dictar todas mis clases en inglés fluido; habíamos creado la cátedra de ecología para todos los grados desde preescolar hasta once; implementábamos el programa ambiental que incluía la sustitución de un bosque de pino por árboles nativos y me disponía a empezar mis estudios universitarios en la Santo Tomás: la Licenciatura en Educación Ambiental y Desarrollo Comunitario, modalidad distancia, me acogía en su programa. Fui ganando terreno y credibilidad entre los estudiantes y padres de familia, quienes son los dueños del proyecto de colegio. Ahí estaba la clave: los conquisto a ellos y conquisto el mundo.

Para comprender la siguiente etapa de mi vida en Medellín debo referirme a una sucesión de casualidades por las que me ha conducido mi amada pedagogía. El PRAE crecía al interior y al exterior del colegio. Mientras más elementos abarcábamos, más instituciones de la ciudad tenían que ver con él. “Con los servicios públicos el bosque llega hasta nuestra casa”, era su nombre y tenía la pretensión de demostrar cómo el colegio, por estar construido en la falda de la montaña y lejos de la cobertura de servicios públicos de la ciudad, era autosuficiente en servicios públicos de acueducto y alcantarillado y podría serlo en manejo de residuos, amén de la protección de las especies de flora y fauna que hacían presencia en él. Por esto EPM, Corantioquia, Área Metropolitana, las Alcaldías de Medellín, Envigado y Sabaneta, Emvarias, Codesarrollo, Jardín Botánico y muchas otras fueron las fuerzas que se sumaron a la propuesta... todas con una mirada educativa sobre el medio ambiente desde el contexto escolar, pero con proyección a la ciudad. Fue tal el ruido que se hizo que nos llevó al Comité Interinstitucional Departamental de Educación Ambiental de la Gobernación de Antioquia (CIDEA) como único colegio representante del sector educativo. Allí me encontraba rodeado de varias universidades públicas y privadas que se habían ganado un lugar en representación del sector. Participamos en múltiples eventos en los que se fue ganando un espacio por lo que proponía y se implementaba a través del Comité.

Pues bien, allí asistían los profesores Silvia Puerta y Rainer Puentes en representación de la UPB. Pronto nos hicimos cercanos y empezamos ge-

nerar vínculos, a tal punto que un día cualquiera Silvia, quien era docente de la Facultad de Educación en la Licenciatura en Ciencias Naturales, me convence de cambiar la Santo Tomás por la UPB, también en modalidad a distancia, pero en Marinilla. Yo asumí el reto y comencé mi experiencia de vida en la que es hasta hoy mi *alma máter* por allá en el año 2001.

Fíjense en la belleza: por otra casualidad de la vida, y mientras soy estudiante de la licenciatura, me toca asumir el cierre de la sede de la universidad en Marinilla y, por ende, debo terminar mis estudios en la sede principal en Laureles. Lo mejor es que ya tenía a algunos de mis docentes como amigos cercanos, lo que me permitió empezar a moverme en un campus que se me hacía majestuoso. Una nueva oportunidad se me presentó cuando me enteró de que el Centro de Lenguas requería docentes de inglés. Presenté mi hoja de vida y fui seleccionado, lo que me permitió estudiar y trabajar desde entonces en la U los fines de semana. La historia con el Centro de Lenguas sí que fue maravillosa: un crecimiento vertiginoso y demasiado enriquecedor fue la característica principal. La primera prueba fue con niños, luego jóvenes, después adultos, posteriormente pregrado y, por último, posgrado. El haber aprendido el idioma autodidácticamente me había facultado para enseñar con muy buena didáctica, tanto que esto mismo me permitió crear algunos cursos adicionales al ciclo normal de niveles. En una época se abrió una sede en el Colegio UPB de Marinilla y, aprovechando mi residencia en el oriente antioqueño, fui seleccionado para servir cursos allí. Incluso por un buen tiempo trabajaba los sábados en la mañana en Laureles y por la tarde en Marinilla. ¡Qué preciosa época! He tenido la posibilidad de apreciar todo el crecimiento y desarrollo de la sede del colegio en este municipio en lo que respecta a espacio físico, así como a crecimiento de población estudiantil, y mucho más durante el tiempo que fui comisionado por la Jefatura del Centro para coordinar los cursos y los profes en esta sede. Pero esta historia, una vez más, fue solo un peldaño para subir a otro piso, para este momento ya acompañado por mi Ivo y mi segundo hijo.

La Escuela de Educación y Pedagogía abrió la convocatoria para posicionar un líder de transferencia de posgrados en el oriente antioqueño. Un par de conocidos de la U me motivaron y me *palanquiaron* para que con-

cursara. Presenté una propuesta muy ambiciosa de expansión en la región, ambiciosa pero realizable. Para fortuna mía, resulté seleccionado y logré ingresar a la U como docente interno de tiempo completo con encargo administrativo, el escalón más grande conseguido en lo que llevaba de vida académica hasta entonces. Por cerca de dos años estuve representando a la institución en el oriente antioqueño, ampliando horizontes y presentando propuestas para acercar los servicios de la UPB a este competido mercado. Nuevamente estuve al frente del Centro de Lenguas en Marinilla, pero esta vez como Coordinador de Transferencia para Formación Continua. Cumplí, también, con encargos de Mercadeo y Colegio Universidad, así que la experiencia que adquirí a nivel administrativo fue muy importante; pero a nivel académico, ¡ni se diga!

Recorrí cerca de veinticinco municipios del oriente cercano dejando semilleros de inglés y clubes de conversación para estudiantes y para docentes en cuantos colegios me permitieron entrar, además de promover la imagen de la U. Activamos un par de posgrados en Marinilla para lo cual yo acompañaba logísticamente a los docentes y a los estudiantes desde la oficina de posgrados de la Escuela. Casi dos años llenos de adrenalina pura y de muchísimo enriquecimiento.

Por disposiciones de la administración de turno, este capítulo se cierra y se abre otro todavía más retador: asumo la responsabilidad de coordinar uno de los programas de transición académica más emblemáticos de la U. El Programa de Inducción a la Formación Universitaria se convertiría en mi nueva casa; programa, para entonces, con veinte años de trayectoria y ubicado en la sede central, un momento difícil de describir en lo que significó para mí y el presente que vivía. Ahora tenía docentes bajo mi responsabilidad, secretaria, oficina, nombre, título, tarjetas de presentación, portafolio de programas y servicios por administrar y dimensionar y un lugar entre los directivos de la Escuela de Educación y Pedagogía. Demasiadas novedades y responsabilidades juntas para mi experiencia de manizaleño desprovisto de todos estos niveles académicos y responsabilidades administrativas en empresas de tal magnitud... que, entre otras cosas, no existen en mi ciudad natal. Allí sí tuve personal a cargo y oficina y secretaria en algún momento de mi vida como administrativo, pero aquí

estamos hablando de una de las universidades más importantes del país, ¡mucho por lo que asustarme!, ¿verdad?

Recién graduado de la Licenciatura, con muchos de mis referentes en el Centro de Lenguas y en el pregrado ahora como compañeros de trabajo, emprendí las tareas encomendadas poniendo lo mejor de mi iniciativa, creatividad y experiencia para poner el Programa de Inducción en otra dimensión. Sin embargo, además de mi segunda experiencia en Comisión Administrativa, fue la labor docente la que más me llenó. Mientras en oriente estaba solo contra el mundo, en la sede central la compañía me motivaba y me llevaba a disfrutar mucho más de lo mío... y cuando digo compañía y lo mío, no me refiero solamente a mis compañeros de trabajo; me refiero a los estudiantes. En Manizales apenas había tenido un par de momentos para interactuar con estudiantes en la Universidad de Caldas en cursos de lectura crítica. Ahora tenía muchos jóvenes ávidos de conocimiento y de vida universitaria frente a mí y yo pleno de poder entregar mi experiencia y mi amor por las aulas.

Mi primer curso fue Lengua y Cultura, y fue apenas el primero de muchos y diversos cursos que asumí para compartir con futuros profesionales de diferentes carreras; pero ningún profesional me llevó a experimentar lo que he experimentado al hacer parte del proceso formativo de futuros colegas, los estudiantes de Licenciatura en Español e Inglés. Suelo decir que difícilmente alguna otra experiencia de aula superará lo vivido y aprendido con los docentes en formación, tanto con los de la modalidad presencial como con los de la modalidad distancia, a pesar de los diferente de los contextos.

Pero faltaba todavía un capítulo más por vivir como antesala a lo que hoy disfruto a plenitud: se trata de mi tercer encargo como docente en comisión administrativa. Para ello debo referirme a la satisfacción de haber emprendido mis estudios de posgrado. Primero, dándome el gusto de ponerle un título a mi experiencia como educador ambiental, adquirida toda en vivencias directas con las montañas del eje cafetero; para ello me hice especialista en Educación Ambiental UPB; segundo, capitalizando mi experiencia y trayectoria docente a través del título de Magíster en Educación. Ambos títulos los recibí juntos como doble titulación, lo cual conllevó una fiesta

en mi familia; hasta se organizó para venir en gavilla a mi casa y armar una celebración por lo alto. Fueron quince de mis parientes en la celebración, todos venidos del eje cafetero ¿Cómo no hacerlos parte de esta historia? Y es que para que un manizaleño de mis orígenes y familia alcanzar un nivel académico como ese amerita cualquier celebración. El niño de la casa se convertía en el orgullo de la familia.

Este penúltimo capítulo, como lo mencioné antes, corresponde al encargo recibido por las vicerrectorías académica y pastoral de aquel momento para que aportara mi experiencia y estudios en la construcción del Programa de Permanencia de la universidad. Fueron cerca de dos años de dulces y amargos de altos y bajos mientras se tuvo esa responsabilidad. Pensarse la universidad como una y con los ojos puestos en la solución a las necesidades de sus estudiantes desde todas las dependencias que la conforman debe seguir siendo el horizonte que la guíe. Así procuré dejarlo planteado en mi tesis de maestría, titulada *La transición de la educación secundaria a la educación terciaria desde la perspectiva del estudiante: ¿Camino al fracaso escolar?*, tesis que ha llegado a convertirse en una de las más visitadas en el Repositorio UPB para las temáticas de “transiciones académicas” y “fracaso escolar”. Terminada esta comisión, nuevamente me concentré en las labores del aula de clase, mi campo de batalla preferido, como suelo llamarlo.

Aquí comienza el último capítulo, el que vivo hoy día.

Con el cambio de encargo se propició un cambio de Escuela. Durante los últimos cinco años he estado labrando un nuevo camino, una nueva era para mí en mi amada UPB. He llegado al Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades (TFH). Han sido años de intenso trabajo y estudio. Mucha novedad permanente. Cada curso, un nuevo reto, cada encargo una nueva oportunidad para crecer como persona y como intelectual, pero, sobre todo, como maestro. El Centro de Humanidades tiene la responsabilidad de servir el Ciclo Básico de Formación Humanista, transversal a todos los programas de pregrado y de posgrado de la universidad, con extensión a Formación Continua y al Colegio UPB, lo cual lo convierte en un desafío cada día. Un verdadero fogeo pedagógico en múltiples áreas del saber concentradas en las humanidades. He servido cerca de veinte cursos diferentes, virtualizado no menos de cinco, partici-

pado como representante del Centro o de la Escuela en diversos eventos, publicado en un par de libros y revistas. He evaluado y dirigido trabajos de maestría y de pregrado, he dado rienda suelta a mis estudios doctorales en filosofía, conformado y estructurado el equipo pedagógico de la Licenciatura en Filosofía y Letras en la que he servido cerca de seis cursos en los últimos semestres y, recientemente, he sido convocado para realizar *De las cosas nuevas*, uno de los programas de radio de la Escuela.

En fin. Han sido tiempos maravillosos a nivel académico, pero lo que ha resultado más significativo de todo lo significativo de mi labor docente en esta etapa, sin lugar a dudas, ha sido asumir la responsabilidad como Consejero Integral de los Estudiantes de la Escuela TFH. Nada puede compararse con lo que significa estar al lado de los estudiantes con la mano extendida y el deseo de que encuentren en ella respuestas a sus necesidades, a pesar de que esa mano está realmente extendida para acceder a los servicios de la universidad en su Sistema de Acompañamiento para la Formación Integral —Permanencia—.

Bien, va llegando el momento de cerrar todo este recorrido por mi vida en enamoramiento con la pedagogía, y no puede haber mejor manera de hacerlo que con el reconocimiento alcanzado y que ha dado lugar a la invitación de la Dirección de Docencia para realizar este ejercicio de reconstrucción vívida de la experiencia vivida.

Concluiré con un comentario que suelo hacer con mis hijos y con mis estudiantes, amigos, colegas, etc., con quienes eventualmente dialogo sobre los avatares de la existencia. Todo lo que he descrito y no he descrito aquí, pero que ha sido parte de mi existencia desde mi concepción hasta este instante, ha tenido que acontecer para que pueda yo estar disfrutando de mi atributo como docente distinguido del Centro de Humanidades de la UPB para el periodo 2021-2022, distinción a la que he llegado como candidato y compartiéndola con colegas de mucha trayectoria, con mucha más formación que la mía; por lo que el haber sido elegido por docentes y estudiantes para alcanzar la distinción tiene muchísimo significado en mi vida y en mi familia, por supuesto. Sin ellos, sin su apoyo y constancia —me refiero a mi esposa y mis hijos, mi familia— habría sido muy difícil ser quien soy, lo que soy y cómo lo soy.

Sin lugar a duda, nada de lo que he narrado ha sido completamente fácil. Pero la constancia, la humildad y el empeño que he heredado de mis padres ha sido lo que me ha traído hasta aquí. Por eso me siento tan conmovido de estar hoy disfrutando de esta experiencia de mi vida con tantos y tantos estudiantes, principalmente licenciados que he dejado en mi camino, que guardan una huella importante en sus vidas del paso por mis aulas. Esto que estoy viviendo se lo dedico a ellos, también.

Espero que luego de este trayecto logren comprender cómo la pedagogía es mi vida misma, cómo ha estado siempre persiguiéndome y cómo yo he procurado dejarme encontrar para serle fiel y mantenerla en mí.

Este texto presenta las narrativas de profesores de Educación Superior que han sido reconocidos por la comunidad académica de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia, como profesores distinguidos. En él se narran experiencias de vida que giran en torno a la pregunta ¿quién soy yo como profesor y como ser humano? y ¿cómo he llegado a ser lo que soy?

Las narraciones que se presentan aportan significativamente al “archivo de la docencia universitaria”, que ni recoge el quehacer del profesor en el aula, ni las prescripciones acerca de cómo ser un buen docente, ni un análisis acerca de la calidad de la enseñanza, sino, preferiblemente, la narración que cada educador hace de su propia vida en relación con la pregunta vital ¿qué lo llevó a ser docente universitario?

Este archivo está compuesto por una fuente oral, trasladada luego al código escrito; esta fuente recrea sucesos cotidianos, creencias, pasiones, anécdotas, recuerdos; constituye un fragmento de la vida de quienes narran. Aunque no son biografías llamadas a la rigurosidad del método, un intérprete avezado podría, con base en una lectura juiciosa —y sobre todo empática—, decir qué fue lo que los formó y cuáles fueron aquellas experiencias que les digirió y les permitió habitar la docencia universitaria.